





AÑO 8.º

NÚM. 90

LA  
ESPAÑA MODERNA

---

Director: JOSÉ LÁZARO

—  
JUNIO 1896  
—

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL

1.725.—*San Bernardo, 92.*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

## LA NOVELA SOCIOLOGICA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ANEXO N.º 1 DE LONES

**Q**UE hay necesariamente una exacta correspondencia entre la ciencia y el arte, no puede negarlo nadie que se hubiera parado á reflexionar sobre lo que son cada uno de ellos. Porque se corresponden, más diremos, porque se compenetran el pensamiento y la acción, la teoría y la práctica, el conocimiento pleno y la ejecución adecuada, por eso es posible asegurar que no puede haber divorcio permanente entre lo científico y lo artístico, que vienen en último término á reducirse á un común denominador porque son obra ambas del *espíritu reflexivo* que, cuando conoce con certeza, sistemáticamente y bajo principio evidente procede científicamente, y cuando realiza la existencia en todas y cada una de sus manifestaciones en unidad, variedad y armonía, mostrando en consecuencia en su obra esta propiedad subjetiva que envuelve multiplicidad de elementos, la *habilidad*, se dice que ejercita el *arte*.

En este punto de nuestras afirmaciones, que no hemos de razonar ahora, no cabe distinguir entre artes bellas y artes útiles, por ejemplo, en cuanto no cabe reconocer entre ellas disparidad esencial, siendo la utilidad norma universal de vida y existiendo belleza en todo lo que es artístico, sopena de dejar de serlo; solo se diferencian cuando más unas de otras

por el medio de expresión. Por eso la novela como la pintura, la música al igual que el drama, la escultura y la oratoria, la poesía y la arquitectura, determinaciones artísticas de un estado del espíritu, son útiles porque *sirven* necesariamente al hombre y á la sociedad; mediante ellas es posible la vida en las condiciones en que nosotros la concebimos y la aceptamos, y no por ello pierden, al contrario, su cualidad de bellas, de causantes de una emoción *sui generis*, que se manifiesta en esa armonía inefable que siente el espíritu al ponerse en contacto con la obra de arte, que se acentua más y más á medida que nos reconocemos y sentimos necesitados de tal impresión (relación de utilidad), para nuestra propia vida: estado este superior en donde aparecen en cierto modo confundidas la belleza y la utilidad.

Es pues, el arte uno, como una es la ciencia de donde arranca la posibilidad de ciertos cánones comunes, á la ciencia del arte y á la ciencia de la ciencia, radicantes todos en la unidad de la vida humana, que de tan preciso modo condicionan á aquéllas sus determinaciones, que no se comprende, ni se explica que puedan vivir divorciadas de lo que las da origen y movimiento. Así sin desconocer que ha habido ciencia y arte desde que el hombre existe, es preciso distinguir la ciencia y el arte según las épocas y según los pueblos, y por consiguiente, la ciencia y el arte del Oriente, de los de Grecia y Roma y éstos de los cristianos, de los árabes, de los modernos, como que cada período histórico, cada civilización desenvuelve á su manera los fines de vida: por lo cual ha podido decirse, v. gr., que la arquitectura de los indos expresa perfectamente el panteísmo, el aniquilamiento del hombre ante el poder inmenso y absorbente de una divinidad naturalista; mientras que en Grecia sus monumentos arquitectónicos y sus obras escultóricas, predicán el antropomorfismo, que concibieron á los dioses como una manera superior á los hombres pero hombres al fin; como en Roma se aprecia en el arte la acentuación de la persistencia, que es clara seña de la decisión de

la voluntad, nota distintiva de un pueblo que aspiró por esto cabalmente al dominio del mundo y á la perpetuidad en la historia.

Es entre todas las artes el literario el que marca con mayor fidelidad el adelanto de la civilización de los pueblos. Al servicio exclusivo de lo más interno y fundamental en el hombre; el espíritu, nútrese de su propia sustancia—expresión de estados de la esencia humana—son sus medios propios cosa continua con la persona, propónese alimentar el ansia de belleza y de sublimidad que el artista es capaz de producir con solo las facultades que en sí propio encuentra. Por esto los hombres y los pueblos que yacen en el atraso, que viven apegados á la materia, que todavía no han logrado romper los lazos férreos que los atan á la mera naturaleza exterior sensible; obligados por la opresora imposición de la rudimentaria necesidad, no se han hecho notar por su literatura. Para que brille este luciente faro de la humanidad, para que ante su luz rutilante se disipen las nieblas de la barbarie, es preciso que las razas y los pueblos, vivan la vida superior del espíritu, que cedan un tanto en sus entusiasmos por la naturaleza, que puedan extasiarse ante la suprema belleza de los fenómenos internos y ante la sublimidad de sus causas, que lleguen á emocionarse en presencia del mundo del pensamiento, del sentimiento y de la voluntad—impropiamente llamado microcosmos cuando la órbita de su acción no está limitada como en el denominado macrocosmos por leyes necesarias, ciegas y fatales, sino que boga por la inmensa atmósfera de la libertad—y es preciso más, es preciso, que rebose y se derrame esta vida interior y rompa, primero balbuciente (*infans*) y en rotunda y segura expresión después, buscando afanoso tras mil ensayos de medios naturales exteriores, que por no concordar con el fondo rechaza al fin, y encuentre el propio, el adecuado, el que es en su raíz tan espiritual como el estado del alma que con el se trata de expresar, el lenguaje en sus variadísimas manifestaciones y en sus múltiples tonalidades.

En el arte literario que es cual ninguno trasunto fidelísimo de la vida, y por tanto, de la ciencia humana, existe un género, el novelesco, que más que género es síntesis de géneros, porque á poca costa podría demostrarse que se dan cita en él los que á primera vista parecen más opuestos. Acaso pueda servir esto de explicación al hecho notorio en los tiempos que corremos, de la grandísima extensión que va tomando este género literario con manifiesto perjuicio de otros. Hay que desengañarse, si algo priva á tuertas ó á derechas en el período actual, es el endiosamiento del hombre; á la *fisiocracia*, á la *teocracia* ha sustituido por ley del tiempo la *antropocracia*. El hombre se ha sentido capaz de tal dominio de las fuerzas cósmicas, ha llegado á tales transformaciones de la naturaleza, ha realizado tantos prodigios en este orden, que busca con deleite cuanto tiende á idealizar sus hercúleos trabajos y se siente atraído por aquellos géneros artísticos que sublimizan sus esfuerzos; sin perjuicio de apasionarse siempre por los que, como la novela, hacen fondo del arte la propia y genuina vida de la humanidad.

Es más, la novela se amolda tanto á la próspera existencia moderna, que mejor que la dramática, ha sabido abordar todos los problemas que hoy se ponen en la vida real de la humanidad y desde la novela científica hasta la francamente sociológica, sin olvidar la religiosa, la pedagógica, la económica, recorre todo el diapasón de los fines de la humanidad como si se propusiera hablando al sentimiento, conmoviendo el corazón, cautivando la fantasía de los hombres, abrir las inteligencias al pensamiento y reflexión sobre los asuntos de mayor transcendencia social y preparar las voluntades para una acción decisiva en pro de determinadas soluciones.

La ciencia es seca y árida; sus abstracciones, necesarias porque nacen de la manera como contempla la realidad, hablan á la reflexión, producto de una serie no interrumpida de exámenes de conciencia, que solo puede dar una larga y fatigosa educación. La masa popular sobre la cual obraría muy



á la larga la influencia científica, por su falta de condiciones de asimilación, y que, debido á ello, cuando no la rechaza en absoluto, opone á su saludable acción una resistencia fácilmente explicable, se muestra grandemente dispuesta á sufrir la especie de hipnotización que ejerce la novela con sus fantásticas evocaciones de una vida, teatro de las más altas virtudes y de los más repugnantes vicios, con sus gráficas descripciones de las felicidades, de las miserias, de las injusticias que ensalzan unas clases y atormentan á otras, con sus vivas pinturas del contraste que resulta de la práctica de estos ó de aquellos principios, de unas ó de otras instituciones. Pero todo ello rebosante de vida, palpitando realidad, con personajes de carne y hueso, que piensan, que hablan, que sienten: personificando, en una palabra, lo que en la obra del científico no es más que pura abstracción, sin sangre y sin nervios, sin cuerpo ni espíritu.

La enorme extensión de la literatura novelesca de los países más adelantados de Europa no nos dejará mentir, en cuanto á la repercusión que ha tenido y tiene cada vez más en las muchedumbres: precisamente los novelistas ingleses, alemanes, franceses, italianos, portugueses, españoles, que más éxito han alcanzado son aquellos cuyas obras muestran un carácter francamente tendencioso, á imitación del libro nunca exageradamente enaltecido del inmortal Cervantes, modelo indiscutible en el género. No necesitamos hacer la prueba, que pudiéramos llamar estadística; á parte de que sería poco honorífico para los benévolos lectores, que pueden seguramente comprobar por sí mismos la verdad de nuestras afirmaciones.

\*  
\* \*

No es de ahora precisamente la novela sociológica; por más que haya quien considere modernísima la ciencia de este

nombre. Acaso no sea aventurado incluir en el grupo las famosas concepciones de aquellos socialistas místicos á su manera que se llamaban la *Utopía* de Tomás Morus, la *Oceana* de Harrington, la *República* de Bonifacio, los *Mundos celestiales é infernales* de Doni, la *News from nowhere*, de William Morris y aun el *Emilio* y la *Nueva Eloisa* de Rousseau, en las que, sobre todo en las primeras, se traza el cuadro de una sociedad ideal constituida sobre la base de la más absoluta comunidad de bienes y en la cual la ausencia de la propiedad individual, la participación de todos en los productos del trabajo colectivo, habían proscripto los vicios y los crímenes y procuraban una paz, una dicha, una armonía como solo se imagina que pueden disfrutar los ángeles. Pues bien; en todas ellas se *trata de demostrar* que la completa transformación del orden social existente, el cambio radical de costumbres, la total reforma de las instituciones, proporcionaría seguramente el bienestar á los desheredados de la fortuna, entendiendo por tales á los que se ven obligados, para lograr los medios de subsistencia, de alquilar su trabajo. No es impropia, como al primer golpe pudiera parecer, la frase «trátase en ellas de demostrar», hablando de la novela y refiriéndonos á la impresión que la lectura de obras de este género produce sobre la inmensa mayoría; porque nada hay más convincente que el hecho, que el ejemplo, aun cuando éste sea pura ficción de la fantasía del artista. Y se comprende tal efecto sin más que parar mientes en que el escritor forja una vida ideal toda enderezada al fin que se propone, exenta de lo que puede dañar á la tesis nutrida de hermosuras y de entusiasmos, cuanto libre de las impurezas y defectos de la triste realidad, que el lector de la masa, materia perfectamente dispuesta por su falta de instrucción sólida, por su carencia del hábito de la reflexión y por su sobra de candor que es el modo más simpático de la fe, recibe como relato de historiador ó como canon de dogma infalible.

La novela sociológica hase visto influida, como toda la li-

teratura novelesca, por la corriente positivista que en el arte ha tomado el nombre de realismo, lo cual ha contribuido principalmente á acentuar la importancia de su acción en la generalidad de las gentes: fenómeno que se explica atendida la especial técnica que caracteriza á este movimiento de tanta trascendencia. Considerant, Sué, Daudet, Palacio, Valdés el profesor de economía de la Universidad de Lausanne y sobre todo Zola en el *Assommoir*, *Germinal*, *Terre*, *L'Argent*, son leídos hoy con avidez por los obreros y grandemente comentadas aquellas descripciones tan exuberantes de color del terrible espectáculo del penoso trabajo, del perdurable padecimiento, de la repugnante miseria física, intelectual y moral en que yace el *esclavo del capital*, en tanto que el *vampiro* que convierte en oro la sangre del operario, goza y goza y goza sin tregua ni descanso en un mundo de placeres. De este contraste, ya se adivina cuál ha de ser la lógica deducción, la necesidad inminente de un modo nuevo de organización social, en el que por lo menos se logre una participación proporcional en la labor y en la satisfacción, en el trabajo y en la recompensa.



Novelistas hay que han practicado el sistema con todo rigor, puesto que no se han contentado con dejar al lector que tocara las consecuencias que naturalmente emanan de tales desórdenes, sino que han puesto sus innegables dotes artísticas al servicio, quién de las ideas francamente socialistas ó colectivistas por no decir comunistas, quién de las teorías opuestas, ya haciendo argumento de su obra el régimen que proclaman los Marx, Bebel, Guesde, Hyndman, productor por supuesto de una existencia semiparadisiaca, ora exagerando

con premeditación y ensañamiento los males que traería su aplicación.

Para justificar nuestros asertos hemos de examinar los dos libros que pueden considerarse como *specimen* de cada una de las dos direcciones señaladas.

El ilustre profesor de una de las más prósperas Universidades americanas, en donde hoy tanto y tan bien se trabaja para desenvolver la vida espiritual en correspondencia justa con el grandioso progreso material del país privilegiado del Norte de América, Eduardo Bellamy, ardiente partidario de la escuela colectivista, ha publicado una de las novelas que han tenido más éxito, con ser verdaderamente extraordinario el que han logrado las de algunos conocidos autores europeos; titúlase: *Looking backward*; su traducción aproximada es *Mirada prepostera*: mejor se trasluce su contenido por el nombre que le ha puesto el vizconde Combes de Lestrade al traducirla en lengua francesa, *Seul de son siècle en l'an 2000*. De esta novela se ha hecho últimamente una versión española, como siempre, después de haberse vulgarizado su lectura en todos los pueblos civilizados.

El protagonista de la novela Mr. West, nacido en Boston en 1857, según él mismo cuenta, padecía á los treinta años de edad ó sea en 1887, de la enfermedad endémica en los Estados Unidos, por culpa de la extraordinaria actividad que caracteriza á sus habitantes, de *neurastenia*, que le martirizaba con tales insomnios que de tiempo en tiempo se veía precisado á reclamar los cuidados de un doctor que se titulaba «profesor de magnetismo animal». Recrudescido su padecimiento habitual por lo mucho que le contrariaban las dificultades que oponían, al proyecto acariciado de construir una magnífica casa que había de servirle de albergue después de realizado el vivísimo deseo de casarse con la encantadora Miss Edith Bartlett, las huelgas de los obreros empleadas como medio de impedir la explotación patronal, hubo de someterse á la influencia de un magnetizador para lograr el sueño, que esta vez fué un poco

largo, porque se despertó el *10 de Septiembre del año del Señor 2000*, de modo que durmió exactamente ciento trece años, tres meses y once días, no precisamente en su propio domicilio. en donde para librarse de los ruidos y agitación del exterior incompatibles con el descanso tan difícil de conciliar en un temperamento exageradamente nervioso, había hecho construir su dormitorio subterráneo, sino en la morada del Dr. Leete, que al realizar su propósito de edificar un laboratorio químico en el jardín de su casa, encontróse con la original habitación de Mr. West y con éste en cuerpo y alma, dormido todavía á consecuencia del exceso de celo del hipnotizador. Despierto ya, gracias á los procedimientos deshipnotizadores, va el norteamericano del siglo XIX, de sorpresa en sorpresa, al sentirse vivo y sano en medio de una sociedad organizada con arreglo á los principios del más puro colectivismo. Siéntese aquel vestigio superviviente de las antiguas civilizaciones, maravillado ante el lujo público, ante las soberbias construcciones, los magníficos paseos, los espléndidos establecimientos de baños, la profusión de estatuas, las amplias habitaciones, la exuberancia de luz, de aire por todas partes, la extraordinaria limpieza de las casas y de las calles, al lado de la sencillez, no exenta de gusto artístico en cuanto comprende la vida privada; pero este cambio no le admira tanto como la narración de la transformación evolutiva del gran pueblo americano que organizara su gobierno como un gran sindicato encargado de dirigir la vida industrial del país que debido á su importancia social absorbió á los demás fines de vida, de manera que al nación se convirtió en el único patrono de un inmenso establecimiento industrial, de donde salían los productos adecuados á la satisfacción de todas las necesidades de los ciudadanos que reúnen á este título el de obreros de tan grandiosa institución. Era, pues, una aplicación del servicio general militar obligatorio al régimen de la industria; servicio que debía comenzar á los veintiún años y terminar á los cuarenta y cinco, corriendo á cargo del Estado la educación de los débiles como el manteni-

miento de los niños y de los jubilados ó licenciados del ejército del trabajo y la distribución del contingente entre los diversos oficios según las aptitudes y las disposiciones. Y para mayor equiparación con la milicia hasta en él había grados desde aprendiz, pasando por subtenientes, tenientes, etc., á generales de cada uno de los diez cuerpos industriales y á generalísimo ó presidente de los Estados Unidos. Por supuesto, que uno de los artículos fundamentales de esta Constitución archinovísima era la supresión del saliarato, del comercio y de la moneda, en cuanto que á cada ciudadano en recompensa del trabajo que prestaría á la comunidad, se le abriría un crédito igual á su parte en el producto total de la nación, y se le proveería de una carta-orden de la cual se iría descontando el valor de los artículos que adquiriera en los almacenes públicos, en el bien entendido de que estas supresiones traían su origen de una transformación fundamental en las ideas y en los móviles; puesto que en el siglo xx, al egoísmo, á la exageración del interés personal, al deseo de tener más para gozar más sin reparar en los medios; á estas malas pasiones dominantes en la centuria anterior, había sucedido el amor á la humanidad, el sentimiento del deber, una especie de patriotismo que consistía en trabajar cada cual todo lo que pudiera para aumentar el bienestar común y contribuir á su propia felicidad, y que se sintetiza en esta gráfica frase del autor de la novela: «lo que nos parece evidente en nuestros días, es que un hombre que puede con un mismo esfuerzo producir dos veces más que otro, en lugar de ser recompensado si lo hace, debe ser castigado si no lo realiza.»

Van pasando ante el asombrado Mr. West los cuadros de costumbres más maravillosos, que revelan un estado social tan adelantado que causan extraña impresión nada menos que en un ciudadano de los Estados Unidos en pleno siglo xix; tales son los almacenes de distribución de mercancías y el depósito central que sustituyeron con enorme ventaja á nuestras tiendas y comercios; las audiciones musicales durante todo el

transcurso del día, á voluntad en el propio domicilio, gracias á la telefonía; los establecimientos públicos en donde se practican los más de los antiguos servicios domésticos, cual es la preparación de las comidas, el lavado y planchado de ropas, sin que esto implique ni sombra de comunismo, por cuanto se respeta la desigualdad de necesidades y de gustos y la consiguiente variabilidad de los medios de satisfacción, la unión federal universal para asegurar las relaciones pacíficas entre los Estados y las ingeniosas instituciones establecidas con el fin de regularizar el sistema que ha de reemplazar al comercio internacional, así como para arreglar la difícil cuestión de la emigración, ya con un objeto industrial, ya con un propósito meramente instructivo ó recreativo.

El novelista pasea á su héroe por las calles de Boston, enjutas á pesar de la lluvia torrencial que cae, las cubre un toldo inmenso que ha hecho innecesaria la industria de los incómodos paraguas y de los molestos impermeables, y le conduce al restaurant *oficial* del barrio, en donde comen todos los que no prefieren hacerlo en su casa; á la Biblioteca pública, provista abundantemente de los libros que el Estado edita y de periódicos sostenidos por los lectores por medio de un ingeniosísimo sistema; á Charlestown, prisión nacional en el siglo XIX, que desapareció por inútil, como huyó el crimen ante los efectos de las prodigiosas instituciones que convirtieron el Norte de América en «los nuevos cielos y la nueva tierra, morada del derecho», predichos por el profeta, y sustituyeron á las cárceles y los presidios los hospitales en donde se sujetaron á tratamiento médico las enfermedades morales producidas por el *atavismo*, como sufrieron profunda transformación los tribunales de justicia, la abogacía y demás instituciones concordantes, y como acabó el jurado, «buen correctivo, al decir del Dr. Leete, contra una justicia venal en tiempo de abogados asalariados»; le lleva á visitar las escuelas y las facultades, centros de educación integral y universal, pues que el régimen entero de la novísima sociedad cons-

pira á la total abolición de las clases y comienza, para lograrlo, por proporcionar á todos los mismos medios educativos.

Para que la ilusión sea completa, después de asistir al magnífico espectáculo de la gobernación del Estado por un solo partido político, el partido nacional; después de darse cuenta *prácticamente* de las inapreciables ventajas que para la feliz existencia de la mujer trae la modernísima organización industrial idéntica á la del hombre; después de contemplar *de visu* los efectos del cambio de organización experimentado por la Iglesia, que de institución oficial que fuera en el siglo XIX se convirtió en asociación libre mantenida por los fieles que indemnizan al Estado industrial de la pérdida que le ocasionan los que, dedicados á la profesión sacerdotal, no pueden trabajar en un oficio manual, nos refiere los amores del *resucitado* Mr. West con la hija del Dr. Leete que son un hermoso incidente de la novela, lleno de arte y de poesía, y hasta finge que el protagonista cree que es un sueño lo que ve y presencia, aunque pronto le convence la realidad de que sueña ó delira al suponer que *sueña*.

Realza el interés de la famosa novela *Looking Backward* el entusiasmo realista del autor por la sociedad ideal que describe y la arraigada creencia de que habrá de existir en un período no muy largo. Para convencerse de ello basta leer los siguientes párrafos que traducimos de la carta que M. Bellamy dirigió al editor del *Boston Transcript*:

«El *Transcript* del 30 de Marzo de 1888 contiene una crítica de *Looking Backward*, á la cual os ruego me permitáis contestar una palabra. La descripción que hago en este libro de las instituciones sociales é industriales absolutamente nuevas, que supongo haya de gozar el pueblo de los Estados Unidos en el siglo XX, no es para mí la pintura de un grado de felicidad humana y de desarrollo moral que no podrá ser alcanzado sino en muy largo plazo. Al desconocer esto, la crítica ha juzgado mal al autor. En lugar de colocar la realización del ideal social en el transcurso de cincuenta años, opina que hu-



biera debido señalar para su desenvolvimiento un período de setenta y cinco siglos. Ciertamente que hay una enorme diferencia entre cincuenta años y setenta y cinco siglos, y si la crítica tuviera razón en su estimación de la marcha del progreso humano, el porvenir del mundo sería verdaderamente descorazonador. ¿Pero es verdad esto? Yo lo pongo en duda.

«*Looking Backward*, no obstante su forma novelesca, ha querido ser una especie de vista futura en relación con los principios evolucionistas, del nuevo período del desenvolvimiento industrial y social de la humanidad, principalmente en este país.

»Y el autor estima que su predicción más probable es la que muestra como muy próxima la aurora de la nueva edad; aurora á la cual seguirá de cerca el día brillante. ¿Acaso parezca imposible, atendida la grandeza del cambio? Las lecciones de la historia nos enseñan que esas profundas transformaciones nacionales, aun en los siglos en que nada parecía prepararlas, se han verificado con una rapidez, con una fuerza proporcionadas á su magnitud y nunca limitadas por ella.....

.....

»Como una montaña de hielo flotando hacia el Sur desde el Océano glacial, minada gradualmente por las aguas, pierde al fin su equilibrio, trastornando la tranquila superficie del mar con las olas que levanta al hundirse, así el bárbaro sistema social que nos ha legado la antigüedad salvaje, corroído por el espíritu moderno, desmantelado por las críticas de la ciencia económica, perturba el mundo con las convulsiones que presagian su fin. Todos los hombres que piensan, convienen en que el aspecto presente de la sociedad anuncia grandes cambios.

»La cuestión está en saber si será para mejorar ó para empeorar. Los que creen en la nobleza natural del hombre se inclinan á la primera hipótesis. Pienso lo mismo. He escrito *Looking Backward* en la convicción de que la edad de oro no

la encuentro detrás de nosotros, sino delante y á poca distancia. Nuestros hijos la verán seguramente. Nosotros mismos, la veremos, si lo merecemos por nuestras obras y por nuestra fe.»

\*  
\* \*

Como para contrarrestar el efecto que en la masa popular había de producir necesariamente la novela socialista y sobre todo el más valioso ejemplar de ella *Looking Backward*, un reputadísimo publicista alemán, doblado en político de nota, el diputado Eugenio Richter, jefe del partido progresista en el Reichstag, director del *Freisinnige Zeitung*, orador de los más celebrados en la Cámara y durante muchos años el adversario más autorizado y el más temido del príncipe de Bismark, ha dado á la estampa un relato novelesco que tituló: *Sozial demokratische Zukunftsbilder, Frei nach Bebel* (Cuadro del porvenir democrático social según Bebel) (1), que ha tenido por lo menos un éxito tan grande como el *Looking Backward*.

En Alemania solamente se han hecho de él *doscientas veinticinco ediciones* de á mil ejemplares, desde el mes de Noviembre del 91 al de Abril del 92; ha sido traducido al inglés, al danés, al griego, al noruego, al francés y al italiano. Los antisocialistas se han valido de este libro como medio de propaganda y distribuyen por miles los ejemplares. Los colectivistas dirigen contra él certeros tiros, porque conocen el gran daño que puede hacerles, y las principales revistas científicas del mundo entero se apresuran á dar cuenta exacta de una obra que va adquiriendo fama universal.

---

(1) Véase en la sección titulada «Prensa Internacional», esta importantísima novela.—(N. DEL D.)

En verdad que la merece; como obra de imaginación, no le va en zaga á la novela norte-americana; las descripciones, sin dejar de ser verdaderamente naturalistas, no exceden nunca de los límites trazados por el arte para la producción de la emoción estética, el argumento es interesantísimo en cuanto que se desenvuelve en él un problema que preocupa hoy á todo el mundo; pero el talento del autor brilla más que nada por la potentísima lógica con que se desenvuelve la narración; por la vis cómica que esmalta los principales pasajes de la novela.

Richter transcribe el diario de un obrero de Berlín, de un encuadernador, antiguo afiliado al partido socialista, acérrimo defensor de las ideas de Bebel, Liebknecht y Singer. Ocupa la primera página una entusiasta relación de los sucesos ocurridos el día del triunfo de la revolución social. Todo es gozo y alegría, las calles y las casas aparecen vistosamente engalanadas, la bandera roja de la emancipación universal del trabajador ondea al viento en los edificios públicos; una multitud inmensa circula incesantemente y se entrega á todo género de manifestaciones en honor del nuevo régimen; los execrados burgueses, ó están escondidos ó se han expatriado. La revolución social ha triunfado en toda Europa, excepto en Suiza y en Inglaterra. En los Estados Unidos de América ha abortado el movimiento popular, y hacia este imponente baluarte de la *Constitución antigua* se dirigen con predilección los restos del *capitalismo* europeo. Por de pronto, se ha decretado la nulidad de las escrituras de préstamo, de las acciones, obligaciones, billetes de banco; los señores burgueses, exclamado entusiasmado el encuadernador, pueden empapelar con ellos sus habitaciones. Todos los bienes inmuebles, máquinas, instrumentos, utensilios, han sido declarados inmediatamente propiedad del Estado socialista. Se decretó la obligación general de trabajar, extensiva á las personas de veintiuno á sesenta y cinco años debiendo ser los que no llegaran á esta edad ó los que pasaran de ella, mantenidos por el Estado, que se encargó asi-

mismo de la educación universal é integral. Se abolió la producción privada, atribuyendo al Estado el ejercicio de la industria. Todo ciudadano debe presentar un inventario de los bienes muebles que le quedan después de la confiscación prescrita anteriormente. Recogióse la moneda circulante, y en sustitución de ella se crearon *los bonos de trabajo*. En una palabra, fué proclamado como ley fundamental del Estado el programa socialista aprobado por el Congreso de Erfurt de 1891.

Muy pronto comienzan á advertirse síntomas de descontento entre los mismos obreros. Anuncióse una mala nueva, que era, por otra parte, consecuencia natural de la doctrina que la revolución social acababa de poner en práctica: los operarios honrados y laboriosos, que en vez de permitirse la más ligera expansión, habían ido reuniendo al céntimo, pequeños ahorros que después confiaron á la caja del Estado, se encontraron de la noche á la mañana desposeídos del fruto de sus afanes y desvelos: el gobierno había declarado nulas las libretas de las cajas de ahorros. Entre los perjudicados estaba Inés, la prometida de Francisco, hija del héroe de la novela. La medida suscitó vivísima oposición, que degenera en tumulto formidable, puesto que sólo en Berlín existían más de 500.000 imponentes. Para resolver sobre la protesta que presentaron, y después de amplia discusión en el Reichstag que forma un capítulo de los más interesantes de la novela, en la que no faltan correcciones del presidente, á un orador de la izquierda por la *gravísima ofensa* de haber llamado burgués á un miembro de la Cámara socialista democrática, se votó la orden del día pura y simple, y con ella la confirmación del decreto, lo que ocasionó una verdadera sublevación que la nueva milicia, armada con fusiles modelo inglés, ahogó en sangre. El malestar aumenta á consecuencia de la distribución de los obreros entre los diferentes oficios. Como la demanda de trabajadores no correspondía á la oferta en cada población, tuvieron que separarse los cónyuges y los hijos: los tiernos

niños, de cuya educación se encargaba el Estado, fueron arrancados de los brazos de sus padres para colocarlos en los establecimientos que se crearon al efecto; los viejos debieron también abandonar la compañía y ayuda de los suyos é ingresar en los asilos públicos. En el reparto de las habitaciones, la falta de una independiente para cada familia, hizo preciso la separación de las que la componían; no se permitía reservarse más que los muebles estrictamente necesarios, por lo que la mayor parte de las personas hubieron de desprenderse de objetos adquiridos á fuerza de trabajo y de abnegación, y que tenían un valor de afección inmenso. La obligación de comer en el restaurant público, que es siempre pequeño y muy incómodo por la dificultad, mejor diremos la imposibilidad de encontrar de pronto locales apropiados, da lugar á cuestiones y disputas motivadas por la falta de sitio y por el escasísimo tiempo que para obviar este inconveniente se concede á cada uno para llenar esta importante necesidad, que agrían los ánimos ya demasiado exaltados por la absoluta igualdad en los alimentos y en las raciones, incompatible con la variabilidad de las necesidades.

En esto la situación se agrava: las pésimas condiciones de las casas y la institución de las cocinas públicas había producido hondo disgusto entre las mujeres y fomentado la formación ya adelantada de un partido reaccionario. A tanto descontento se unen las voces que corren acerca de la conducta gran canciller, al cual se tilda de aristócrata porque no lustra él mismo sus botas, y se hace limpiar la ropa por un criado que le lleva al castillo la comida de un restaurant público próximo, en vez de ir el propio funcionario á tomarla en él, según prescripción expresa de la ley. La multitud, desfavorablemente impresionada con tales noticias, aprovecha la vuelta del paseo del canciller para propinarle una gran silba, dando lugar á que la policía, nuevamente organizada, cargue á palos sobre los manifestantes. La cuestión de la limpieza de las botas y de la ropa del primer funcionario del Estado origina una crisis po-

lítica, que pone en peligro las instituciones á tanta costa establecidas, y que termina al fin, después de muchas gestiones, por la aceptación de la dimisión del jefe del Estado y el nombramiento de otro de carácter menos escrupuloso, y sobre todo completamente identificado con la nueva organización social: como que no tiene inconveniente en pasear á pie por los sitios más públicos de Berlín con un gran paquete de ropa debajo del brazo, que lleva al establecimiento de recomposición para que se la arreglen.

Sin embargo, el mal humor popular iba en crescendo, y pronto surgen nuevas dificultades, cuales las proclamaciones de los obreros de la provincia, que se quejan, y con justicia, de que los de Berlín disfruten de espectáculos y diversiones de que no pueden gozar los que viven apartados de la capital. A pesar de los artículos del *Vorwärts*, antiguo órgano del partido socialista, convertido en *Gaceta oficial*, encaminado á calmar la extrema agitación del pueblo y de las medidas contemporizadoras del gran canciller, los alemanes no se dan por satisfechos, y la primera autoridad vese en el caso de dimitir. Además de estas dificultades, acrecentadas por el descontento que producen las tristes consecuencias de la igualdad llevada al extremo, de que el que trabaja con más intensidad es, no sólo retribuido lo mismo que el perezoso, sino hasta mal mirado por sus compañeros, lo que aumenta considerablemente la emigración á países constituidos á la *antigua*, surgen graves complicaciones con el extranjero originadas por los cambios de mercancías, y se siente la necesidad de aumentar el ejército y la marina, porque llega á verse comprometida la paz entre *las naciones socialistas*.

Describe después en todo su realismo unas elecciones con su aparato de programas electorales en que se defiende la necesidad de introducir importantes modificaciones en las comidas, aumento en las raciones de carne, manteca y café, mejora de las habitaciones, baja en el precio de los vestidos, más esmero en el lavado y planchado. Las mujeres, ante la nega-

tiva del gobierno á constituir colegios electorales puramente femeninos con derecho á elegir la mitad de los diputados, hacen causa común con el partido de los *jóvenes*, que para asegurarse el concurso de tan importante fuerza, no dudan en inscribir en su programa el derecho al *matrimonio*. Fieles á las doctrinas bebelianas, sostienen la jornada de trabajo de cuatro horas para la mujer, la alternativa semanal de los oficios, el cambio de ocupación cada mes, incluyendo en la votación todos los cargos hasta el de gran canciller, cuatro semanas de ferias y viajes en el año así como el restablecimiento de las diversiones populares gratuitas. El público, no obstante la profusión de programas y el movimiento teatral de los candidatos, se muestra frío é indiferente; y se comprende esta actitud; porque la libertad tan decantada no existe. La prensa pertenece al Estado, y aunque tienen los periódicos el deber de defender, previa indemnización, las ideas de todos los partidos, como se ha agotado el crédito abierto á los ciudadanos, se niega el *editor oficial* á publicar los programas y las excitaciones y reclamos. Hay libertad de reunión; pero los locales en donde precisamente se han de celebrar las asambleas, son del Estado, y procuran los gobernantes encontrar siempre un pretexto para negar la entrada á los candidatos y á los electores de oposición. En estas circunstancias claro es que el fermento revolucionario, ya en evolución á consecuencia de otras medidas que pugnaban con los sentimientos del pueblo, se activaba sin cesar y exigía del gobierno grandes precauciones, tales como el aumento de la guardia de seguridad, que se organiza como un ejército completo, con artillería, caballería, ingenieros. Naturalmente, y como acontecía en los tiempos *negros* de los *burgueses* aborrecidos, el gobierno gana las elecciones y salvo algunos candidatos del partido liberal que alcanzan el triunfo á costa de homéricos esfuerzos y la mujer del nuevo jefe del Estado, que aunque desligada de todo compromiso gubernamental, es al fin y al cabo la *cancillera*, todos los demás aspirantes á diputados se ahogaron en

las urnas, según la frase consagrada en los *mal llamados años* de la burguesía. A todo esto, los gastos del Estado, en vez de disminuir, como prometían los teóricos del socialismo, aumentan de un modo desmesurado: reducido á un tercio el valor de la producción en la *Sociedad socializada*, como consecuencia de la disminución de las horas de trabajo, de la rotación de los oficios, de las fiestas forzosas, de la regulación del consumo de ciertas especies, del descenso en que otras habían caído por la imposición de hábitos de frugalidad, en cuatro meses perdió la nación una suma igual á la que Francia había pagado á Alemania por contribución de guerra.

En este punto interrumpe Richter el relato de las desdichas públicas para referirnos las amarguras domésticas que sufría el encuadernador socialista como resultado necesario del nuevo régimen. Con frases arrancadas por el dolor al corazón amantísimo de un padre léese en el diario del obrero lo que él titula noticia fúnebre, la muerte de Anita, el último vástago, la alegría de la familia, que encerrada en un asilo público, por disposición de la ley inexorable y sin entrañas y privada de los cuidados y de los cariños de los padres por la sangre, sucumbe víctima de la *maternidad* oficial. Herida en lo más hondo la madre, enferma gravemente, y como la asistencia de los enfermos corre á cargo del Estado, tiene que sufrir en el hospital los fríos cuidados de la caridad oficial. Por cierto que en el momento de ser trasladada á él, desea consultar con el antiguo médico de la casa y ni aun este consuelo se le concede, porque, próximas á terminar las ocho horas de su trabajo cotidiano, contra toda su voluntad se ve precisado á negarle sus auxilios, temeroso de incurrir en la pena que se impone al delito de *plus producción*. Entre tanto el joven Ernesto continúa en el Instituto de educación del Estado y nada adelanta, antes al contrario, los muchachos en él recluidos, ante la seguridad de que lejos de ser premiado el mérito en absoluto respeto á la igualdad, todos han de obtener idéntica recompensa, se entregan al ocio, á la holgazanería mal



encubierta con la hipócrita máscara de afición al trabajo fingida de las mil maneras que les sugiere el abandono en que viven. Los únicos puntos luminosos de la triste existencia del antiguo ardiente partidario de Bebel, son las noticias que recibe de su hijo y de su nuera emigrados en los Estados Unidos, que trabajando y ahorrando dentro del sistema *burgués*, han comprado una casita y preparan su bienestar futuro.

El fin del ensayo colectivista se aproxima á pasos de gigante, conducido por la lógica de los hechos. El novelista describe de mano maestra la primera sesión del nuevo Reichstag, en la que el gran canciller hace esfuerzos inauditos, pero completamente estériles, para convencer á la nación—á los diputados de la mayoría, como en tiempo de los gobiernos *burgueses*, los tenía convencidos de antemano—de que el déficit se debe á las consecuencias del execrado régimen anterior; pero todo es en vano; porque el valiente diputado por Hagen, que habla como lo haría Richter, el autor de la novela, actuando en el Parlamento, demuestra con viva elocuencia que todo lo que pasa es forzoso efecto de los desvarios socialistas, según él, y termina su brillante discurso gritando, ¡abajo el presidio socialista democrático y viva la libertad!

La necesidad de poner en práctica el sistema de reducción de los gastos y de aumento de horas de trabajo subleva los ánimos de la población, especialmente de los obreros que ejercen los oficios más penosos, y háblase de una huelga formidable de los metalurgistas. Corren alarmantes noticias del extranjero, singularmente de Francia y Rusia, que pretenden que Alemania salde la enorme deuda que con ellas tiene contraída por exceso de consumo de productos exportados sobre los importados, en el angustioso término de ochenta días, amenazando con la ocupación de Alsacia-Lorena por los franceses y por la segunda de la región de Posen y de la Prusia oriental, en garantía del pago.

Las amenazas se convierten en hecho; la huelga estalla, y para conjurarla no ve el gobierno mejor medio que privar á

los revoltosos de comida y cena, y reducir á la mitad la ración de los demás para que no puedan prestarles auxilios. La caballería francesa penetra en el Luxemburgo, intercepta la vía férrea de Thionville y de Sarluis, otros cuerpos de ejército invaden la Lorena, mientras que los rusos asedian á Konisberg, Thorn y Graadlenz, y aun cuando no en vano se pone una vez más á prueba el *furor germanicus* y ya la landwehrr y la landsturm corren á la frontera, y no faltan armas, pólvora y proyectiles en los parques que dejara repletos el antiguo régimen, se han perdido los hábitos militares, se ha dispuesto de los objetos de vestuario para satisfacer las necesidades de la población civil, no hay apenas carbón para las máquinas de transporte y se carece de artículos de alimentación preparados para el ejército en guerra. Con soldados hambrientos, desnudos, descalzos es imposible resistir el formidable empuje de los ejércitos mejor organizados de Europa. Sucédense los combates siempre desgraciados para las tropas alemanas; la agitación de los obreros berlineses va convirtiéndose en una verdadera contrarrevolución con caracteres muy alarmantes; obligados por el hambre, saquean los almacenes de víveres, y los descontentos, que son tantos casi como los ciudadanos, aprovechan la ocasión para dirigir el movimiento contra la democracia socialista, produciendo una serie de conflictos sangrientos que dan al traste con el famoso ensayo de colectivismo gubernamental.

Así termina la novela de Richter, llamada á producir honda sensación en nuestro país, como ha sucedido en las demás naciones en donde se han hecho traducciones de ella.

ADOLFO A. BUILLA Y ALEGRE.

Profesor de «Economía» en la Universidad de Oviedo.

## AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

### NATURAL DE BORJA

---

Ni carlista ni liberal. — Mi cuñado el griego. — Ayudante, ni de Dios. — El sastre andador. — Avios. — Polacadas. — Otro contubernio. — *El Padre Cobos*. — La segunda base. — Batalla de las cabras. — Bando célebre. — Un rapista. — Las charreteras. — Las masías. — No juego. — Fusilamiento atroz. — Revolución de Barcelona el 56. — Escoda y Canela. — Un salvaje. — Gano sin pelear. — Guerra de calles. — Por poco la ensucio. — Noche divertida. — Agresión brutal. — Fin del bienio progresista.

**C**onspiraban los carlistas. Un antiguo oficial que no se acogió al convenio de Vergara, pocos aragoneses lo hicieron, encargándonos el secreto á mi madre y á mí nos manifestó que creyéndome lastimado por la revolución, lo comisionaba su partido para proponerme el mando de un batallón que se formaría con gente de Borja y Tarazona. Suponiendo que mi madre por sus ideas á la antigua le ayudaría para que yo aceptase, se sorprendió al oirla. Sólo los pillos cambian de bandera. Mi hijo juró á Isabel II; mientras reine, la defenderá; le aborrecería si hiciese lo contrario. Al ver el chasco que se llevaba el acérrimo partidario del pretendiente, añadí sonriendo:—Ya sabes la respuesta. Mi madre á la edad de ochenta y seis años se enteró del destronamiento de la reina, y exclamó llorando:—¡Pobre señora! lo siento, aunque no era legítima. A la que me dió el ser le importaba más la institución que la persona, la patria que los sistemas de gobierno.

Inutilizado de la mano derecha, me incorporé á mi regimiento como capitán de cazadores del primer batallón, el 1.º de Marzo de 1855. Al pasar por Zaragoza permanecí dos días en casa de un cuñado mío más liberal que Riego, mucho más; nunca se sublevó para hacerse general. Aragonés de pura raza, era alferez á la edad de diez y siete años, le cogieron prisionero los franceses, le llevaron á Holanda, enseñó latín, aprendió literatura, olvidó la milicia, regresó á España, y por odio á los dos últimos reyes, fué exagerado constitucional del 20 al 23. Emigró, volvió y consagró su vida á combatir el despotismo. De puras convicciones, dirigió diez años *El Eco de Aragón*, periódico exaltado, batalló, trabajó, perdió intereses y salud sin aspirar á honores que despreciaba. Adoraba los fueros y glorias aragonesas. Era helenista, explicaba en la Universidad de Zaragoza ó en su casa; jamás estaba ocioso. En estilo extravagante, con abundancia de máximas filosóficas y morales, publicó la historia de Aragón, *Aventuras de Pedro Saputo* y otras obras. Narraba con vivos colores los martirios que sufrió en Francia, y encargaba á los jóvenes no olvidasen la felonía de Napoleón ni la crueldad de sus soldados. Siempre estaba alegre; no creía que tuviera nadie interés en engañarle. A mi hijo, niño de pocos meses que lloraba, le dijo:—Chico, calla, ¿no sabes que estás en casa ajena? Sincero católico, atacó á los jesuitas y repetía:—A los clérigos que mueren ricos no rezarles, es inútil; todos se hallan en los infiernos. Aborrecía los médicos; se curó unas calenturas comiendo tomates crudos. Huía del sol, creía que sus rayos le constipaban, saltaba por encima de los que entraban en la cátedra, fué el primer aragonés que usó sombrilla y si le instaban que durmiese abrigado, ponía la tohalla encima de la cama. Honradísimo y caritativo, se convenció que la política era farsa y publicó:

«Tremolen los libres  
Banderas al viento,  
Aquí nos ca...  
En ellas y en ellos.

O bien los partidos  
Tremolen banderas,  
Aquí nos ca...  
En ellos y en ellas...»

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
AYENEO BARCELONES DEL

Murió en 1865. Le estoy agradecido; me dejó su reloj. A los cuñados llaman hermanos políticos. Adán y yo nos libramos de una calamidad. No conocimos suegra ó madre política.

Siempre que el partido liberal se echa á la calle, el absolutista se sube á la montaña. Al tambor del miliciano responde la corneta carlista. Los barricaderos del 54, engendraron los insurrectos del 55 para destruir unos y otros la nación. El capitán Corrales se sublevó en Zaragoza con un escuadrón mandado por los sargentos, proclamando á Carlos VI. El capitán general Gurrea salió en su persecución con la milicia nacional de caballería y algunas compañías del ejército. A los soldados cansados y sin comer les dieron vino en La Muela, se marearon, observó Corrales que Gurrea iba con sólo los nacionales, los esperó, mató á algunos y cuando llegó la tropa al sitio de la acción no encontró vencidos ni vencedores. La milicia nacional de caballería siempre ha sido peor que la de infantería. En la primera guerra civil, mandada por el general Noguerras, que por el fusilamiento de la madre de Cabrera le llamaban *Mataviejas*, corrió que se las peló. En Alfamén fué vencida sin pelear por los soldados de Corrales. A éste y á los sargentos los fusilaron. Como premiaron á los pronunciados del año anterior, decía un periódico

«El que hoy la ley quebranta  
Que pague su traición,  
Memorias á la santa  
Pasada insurrección.»

La madre de un sargento sublevado pidió á O'Donnell perdonase á su hijo y lo negó.—V. E. se ha pronunciado varias veces, añadió la pobre.—Sí, pero me atuve á las consecuencias, replicó el general. El general Gurrea me nombró su ayudan-

te, lo agradecí y no acepté: recordé que un gobernador militar de Cádiz muy moderado, vió en la muralla una porquería, y dijo al oficial que le acompañaba: «Averigüe V. si es de persona ó de perro.»

Si me hallo en la batalla de Alfamén y tengo la suerte de los ayudantes del exaltado general Gurrea que perecieron en ella, me luzco. Concluyen de matarme los carlistas. Estos probaron fortuna por tercera vez en 1855. El que me ofreció el mando de un batallón estaba enterado. Los partidarios de D. Carlos se reunieron en Calatayud. Acudió un artesano de Borja, al regresar le encausaron, y verificó el viaje tan pronto que probó la imposibilidad de haberlo ejecutado. Le llamaban el sastre andador. Sólo por comprar botones fué y volvió á pie á Zaragoza caminando diez y seis leguas en pocas horas. Le hirieron en la guerra de Africa sirviendo en los tercios catalanes, único bueno que hizo en su vida. En 1868, le vi en Madrid como voluntario de la libertad. Tan consecuente en política como su paisano el Galgo, tambor de los constitucionales el año 20, de los realistas el 23, de los nacionales el 35 y 55, y por tocar, de los soldados romanos que en Borja van en la procesión del Santo Entierro que apaleó á los vencidos de todas las épocas. En cambio murió en Tarazona de sacristán de monjas, por no acogerse al convenio de Vergara, un ex-coronel carlista.

La pasión política vuelve locos á los más cuerdos. Un coronel progresista, buenísimo, refiriéndose á un general moderado exclamó:— ¡Qué puede esperarse del hijo de un realista!— Mi padre lo era; el suyo lo sería, nació V. mucho antes que yo, le repliqué.— Es verdad, entonces no había liberales, añadió sonriéndose.

A los soldados que guisan la comida de los sargentos, para diferenciarlos de los que sirven á los oficiales, les titulaban machacantes.

Para ordenanzas de los cuartos de banderas buscan soldados listos y honrados. El de mi regimiento era gitano y le lla-

maban *Catástrofe*. Unico soldado que he conocido de tal casta. El rancho tiene un gusto especial, y la manera de confeccionarse pasa de unos soldados á otros por tradición. En 1855 se formó en Madrid una sociedad para dar de comer á la tropa. Los del arte culinario, que presentaron los contratistas confeccionaron una bazofia tan pésima que no se pudo tragar. En la libreta ó cuenta del rancho jamás faltaban *avíos*. Generales se han muerto sin enterarse que los avíos eran los ajos, cebollas, pimentón, y los cuartos que el cabo furriel gasta en echar el aguardiente. Es muy difícil y expuesto cambiar las costumbres del ejército. La ordenanza está basada en la experiencia; los hombres han sido, son y serán siempre lo mismo.

Un joven imberbe me dijo que al vástago de un general vicalvarista y á él les concederían la gracia de alférez. — Me alegro por V. y lo siento por el otro que llegará á comandante primero que yo, le repliqué. — ¡Imposible! V. es capitán con grado de comandante y mi amigo paisano todavía. Tenía más de mochuelo que de águila, ni prestó más, ni mejores servicios que los míos, y ascendió siete años antes que yo á jefe. Su padre pasó la vida conspirando, sublevándose, mandando y chupando. Seguían las polacadas. Tal era el sistema de ascensos que se observaba en infantería. La injusticia y el desprecio irritan y hasta enloquecen.

El 27 de Marzo del 55 me nombraron de guardia en el Palacio Real. O'Donnell dispuso que el ejército y la milicia nacional hicieran el servicio juntos para que se odiasen. Más fácil era mezclar el aceite y el agua que ambos institutos. Comi con la reina, se mostró muy amable, atraía por su majestad, señorío y aspecto varonil. Aquella noche hubo alarma. Las bandas de nacionales se reunieron para tocar generala: no lo verificaron. Jamás lei las obras de Aygüals de Izco; eran malas y ponía entre sus títulos literarios el de ex comandante de la milicia nacional de Vinaroz. Llevaban los milicianos tan repetidas las cifras M. N., que yo los titulaba *Lamené* (Lamennais), abate francés, apóstata. En Navarra, durante la primera

guerra civil, lo oí en la última, los carlistas llamaban *guiris* á los liberales, porque los soldados de la guardia real de infantería, primera tropa destinada á sofocar la insurrección, ostentaban en morriones, botones, chapas y cartucheras la cifra G. R. I., que por burla leían Gri ó Guiri.

Había paisanos fanáticos que tomaban en serio jugar á los soldados; los más convertían el fusil en caña de pescar. El año 55, en Madrid, no se oía otra música que el himno de Riego: eran innumerables los que cometían lo tontería de imitar á la tropa. Me hacía gracia cuando los centinales de nacionales decían:—¡Atrás, paisano!—¿Y V. qué es? preguntó uno muy exaltado que sería moderado. La guardia del ministerio de la Gobernación se componía un día de un capitán con soldados del ejército y un subalterno con milicianos. Al otro día el capitán era de nacionales y el subalterno de tropa. Hubo oficial de estos que pasó la noche á la intemperie helándose por no hablar al paisano que vestía de militar. En Madrid había infinitos batallones de milicia nacional: los ingenieros llevaban casco, mochila y la caballería chascás; porque era coronel honorario Espartero, á sus admiradores les llamaban chascanautas. Sus arengas siempre comenzaban: «Nacionales y soldados.»—¿Seré yo extranjero? me preguntaba.

Decían por guasa, que manifestó Isabel II había muchos paisanos armados y replicó el duque de la Vitoria:

«Querida de mi corazón,  
Si os parece mucha milicia,  
Aumentaremos un batallón.»

Me desesperaba que la milicia ó paisanos armados desfilasen al compás de la marcha francesa que tocaban los tambores olvidando la gallardía de la española. Se contoneaban á lo ganso con el tacatacatan, tan, tan, tan, tan, me sacaban de quicio. No debieron llamarse nacionales, sino gabachos. Desde entonces me horrorizan las cajas de guerra. El suprimirlas honró á la república.



Los nacionales de artillería de Madrid tenían diez y seis cañones que arrastraban las mulas de los carros de la limpieza. A tales guerreros podía aplicárseles el siguiente cuento: «Dijeron á un baturro:—Tu novia no es doncella.—Para lo que le había de durar—replicó el aragonés.» En las Cortes del bienio progresista se disparató de lo lindo. Un marqués demócrata dijo que la organización de las legiones romanas era semejante á la de la milicia nacional. La de Pontevedra pidió libertad y franquicia para los liberales, despotismo para los serviles. Un diputado siempre pedía fusiles. Otro llamaba á la reina señora distinguida. El ministro de la Guerra se negó á dar un grado de coronel á un jefe del ejército y lo concedió el de marina, disculpándose que la gracia *sólo servía para pintarla*. *El Padre Cobos* publicó «Bien aventurado sea el de marina, porque es muy gravoso sin ser muy Gravina».

Hubo padre de la patria que llamó á Cuba rincón de la Península. Rios Rosas dijo: «Hay revoluciones que empiezan siendo necesarias, siguen siendo funestas y acaban por ser deplorables.» Fué de lo poco racional que se escuchó.

Espartero repetía: «Puesto á la cabeza del ejército, de la milicia nacional, de la asamblea y de la nación entera, anodaré á todo perturbador del orden.» Vaya una hazaña. En 1840 la universidad de Valencia le nombró doctor. Corría parejas con el ministro de Hacienda. Este dijo en las Cortes que en un libro leyó, sí, en otro no, arrojó los dos. Se conocía. Cuentan que al preguntarle si se había enriquecido con las raciones que suministró á la tropa, contestó: «Con las que no suministré.» En las Cortes se presentó una proposición suprimiendo las quintas. Los progresistas se volvieron locos. Un ministro exclamó que consideraba feliz el día que pasaba sin motín en España. Un diputado propuso suprimir la guardia civil y con lo que costaba indemnizar á los robados. Debió añadir que el sobrante se repartiese á los ladrones.

Las predicaciones socialistas causaban efecto. En Burgos asesinaron al gobernador civil, en Valladolid se destruía la

propiedad, los obreros catalanes se organizaron, y en Sans, mataron, al rico ex diputado Sol y Padrís. El movimiento revolucionario se combinaba con la entrada en Cataluña de los carlistas Marsal, Borges y los Tristany. Otro contubernio nefando como el de marras.

Salí con mi batallón de Madrid el 8 de Julio para Barcelona. El 14 nos acuartelaron en la fábrica de Sans, *La España industrial*; se veía la pared manchada con la sangre de su propietario Sol y Padrís. Nos destinaron una cuadra para los oficiales. Entre estos que jugaban al monte y los mosquitos, no me dejaban dormir. *El Padre Cobos*, periódico satírico, hacía mis delicias. Sé de memoria muchas de sus poesías. Copiaré una estrofa de la *Gran Parada* y fragmentos del referido periódico.

«Sordo rumor se percibe;  
esto me huele á jarana.  
Cierran las puertas. ¿Quién vive?  
El motín de la semana.  
¡Zás... zis... zás...!  
Deténgase V. No quiero.  
¡Cabo de guardia, el chascás  
del general Espartero!»

«La libertad, según varios autores, es marchar al compás de los tambores.—Por eso el español entusiasmado, para ser liberal se hace soldado.—Cuando era menos sabia nuestra tierra, teníamos soldados, mas no guerra.—Ahora que somos ilustrados, tendremos guerra pero no soldados.—Si el progreso progresa y se equilibra, el hombre es libre; la mujer es libre.—El lazo conyugal es ley muy dura, para tener mujer me sobra el cura.—Yo quiero la igualdad, pero soy chato; el que tenga nariz es un ingrato.—¡Sol de la libertad, yo te saludo! Calientame, por Dios, que estoy desnudo.—Libertad de conciencia se nos prepara; libertad ya tenemos, conciencia falta.»

La Constitución nonata de 1855, en su segunda base establecía la libertad de conciencia. La inmensa mayoría de los espa-

ños no la deseaba ni quería. Se hallaba lleno de oficiales del ejército un café de Manresa, pasaba el Viático, ninguno hacía caso de la campanilla, les grité desde la puerta: «¡Acordaos de la segunda base!», y todos salieron á la calle, se descubrieron y arrodillaron.

Desde la fábrica de Sans fué mi batallón por el ferrocarril á Barcelona; sin salir del tren volvimos al punto de partida. Un soldado distraído, al encontrarse otra vez en Sans, exclamó admirado: «¡Hemos andado sin movernos!»

En Barcelona oí á un mozo de café muy demócrata: «Estoy por la libertad de imprenta, pero no dejaría publicar otros periódicos que los de nuestro partido.» Aún no se había inventado

«El pesamiento libre  
proclamo en alta voz,  
y muera el que no piense  
igual que pienso yo.»

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS

Fué destinado mi batallón á operar en la alta montaña de Cataluña. Era preciso exterminar á los carlistas sin misericordia antes de que estallara la revolución demagógica para evitar dos guerras civiles á un tiempo. El 30 de Agosto dormimos en Manresa. El 2 de Setiembre participó al comandante de la columna el oficial del telégrafo óptico de Suria que se habían oído durante seis horas repetidas descargas cerradas hacia Castelladral. El jefe, irresoluto, sin carácter, de los que al salirles algo mal echan el muerto á otro, consultó conmigo; le manifesté no creía fuesen descargas, porque los carlistas eran cuarenta veces menos que en la campaña de los matines, y jamás duró una acción tanto rato. Si vencían, el fuego se acababa pronto, y si huían duraba menos. Conseguí nos dirigiéramos hacia Castelladral. La vanguardia observó que mucha gente, á su parecer con pantalón blanco, se metía en un bosque. Mientras el jefe azorado preparaba el antejo, cuyas correas se enredaron con las de la

cartera y frasco que llevaba, por lo cual le llamábamos el *Curraché*, desaparecieron los facciosos vestidos de verano. «¡Ya no se ven!», exclamaron los soldados, que alcanzan más que un telescopio. Si alguno dice, v. gr., por allí va uno con manta encarnada y escopeta ó fusil, rara vez se equivoca.

Al apurado jefe, de joven, por su facha, le llamaban *Pata-tata*. La figura influye mucho en la milicia. No se comprende á un jorobado mandando un regimiento, no puede impresionar en la imaginación de sus inferiores, imposible los conduzca á la victoria. Si se persuaden que al superior le falta valor ó inteligencia, lo desprecian. La subordinación está basada en que el que manda valga más moralmente que el que obedece.

Borges acababa de copar una columna; al rendirse Clarós que la mandaba, le dijo el carlista: «Si fueran como V. los que defienden á Isabel II, pronto entraríamos en Madrid.» Supuso nuestro comandante que la gente del bosque era la del valiente partidario de D. Carlos, vestida con los pantalones de lienzo de los prisioneros de Comiols. Al *Curraché* le dije que si me sostenía con el batallón, yo reconocería el pavoroso bosque. Lo verifiqué, tomando las mismas precauciones que si fuera solo con mi compañía. No me fié. Los carlistas eran cabras blancas, y las descargas cerradas una tronada en los Pirineos. Volví y no encontré la columna. Se retiró á Castelladral.

El comandante era el mismo que se lució en la famosa batalla de Vall de Eurex, el 45. Ejecutó lo que cantaban los carlistas en la primera guerra civil :

«Ya pujan los cristinos  
y nos dispersarán;  
farme la retirada,  
Cap á Castelladral.»

En Caserras me refirieron que el conde de España mandó cortar la cabeza con un hacha á varios carlistas insubordinados. Un cabo de gastadores sirvió de verdugo; el fusilar no causaba efecto. Consiguió que catorce batallones de catalanes

comieran rancho y usaran corbatín. Concluyeron por arrojarle con una piedra al cuello por el puente de Orgañá. Como militar debían erigirle una estatua.

Para concluir con los carlistas de Cataluña el 55, se organizaron pequeñas columnas á las órdenes de un general, valiente y chiflado. Encargó á un coronel, corto de alcances y largo de osadía, la redacción de un bando, el cual lo encomendó al alférez de mi compañía, que de músico, poeta y loco tenía más de un poco. Este lo escribió, el jefe, que todo se lo ponía por montera, no se enteró, y el general firmó: «Antes de pasar á tomar medidas de rigor, serán fusilados, etc., etc.»

Después de una marcha de doce horas, llegué con mi compañía de cazadores á Cardona. Del gobernador recibí orden de salir sin descansar á sorprender una partida carlista escondida en la masía de Coma. Para servir de guías me dió veinte nacionales, mandados por un barbero. Este me dijo que ni él ni sus voluntarios sabían el camino. Desde chico tenía aversión á los paisanos armados. Ordené al rapista, para evitar que me hiciese la barba aquella noche, tomase dirección contraria á la que yo llevaba. De masía en masía sacaba payeses que me enseñaran el camino. Conforme me acercaba á la de Coma, con mayor repugnancia lo hacían; prueba de que los facciosos estaban en ella, situada en el extremo de un cerro; llamamos á la puerta, abrieron, nos lanzamos armada bayoneta dentro, y... no encontramos á nadie.

La casa tenía otra puerta á la espalda sobre campos en anfiteatro, imposible de rodear no llevando mucha gente. Los ribazos ó escalones eran tan fáciles de bajar como difíciles de subir. Los carlistas huyeron por la puerta exterior de la masía. No los vimos ni oímos... Los olimos.

Fué la vez que estuve más cerca del enemigo que perseguíamos sin cesar.

La milicia es una escuela donde se aprende á obedecer y á mandar. En ella existen tipos inconcebibles. Por eso el que no ha servido en filas, por talento que posea, jamás sabe con-

ducir tropa. La teoría sin la práctica poco vale. Los genios que adivinan, rara vez aparecen. Hay soldados incorregibles. En el año 44 tenía uno el vicio de pedir limosna. Pasaba la vida en el calabozo. Otro, el 48, en la guerra de Cataluña, vendía la pólvora de los cartuchos, que sustituía con carbón molido. Se le apaleó inútilmente.

Un soldado de mi compañía se propuso acabar con mi poca paciencia. Al salir la columna de los pueblos se iba quedando atrás.—Que ande, mandaba yo, los carlistas le cogerán.—Es imposible, está cansado.—Cabo, no le deje V. pararse. A la conclusión de la jornada, disponía que le llevasen al médico; este aseguraba era un maula; al día siguiente se repetía la función. Para aburrirme, aguantaba que todo el camino dos cabos lo empujasen dándole puntapiés.

Cada ocho días recibíamos en Manresa dinero para la tropa y nos mudábamos la ropa interior; llevábamos lo puesto. Molíamos de tanto andar los calzoncillos, que al sacudir los pantalones caía pelusa. Yo usaba gabán; el capitán de granaderos que había dejado su equipaje en Madrid, se metía las manos entre la levita y el pantalón para abrirlas. En Fonollosa conocí un clérigo que sabía de memoria el breviario, el misal y hasta los nombres de los regimientos del ejército. A tal pueblo no llegaron los moros, ni los franceses de 1808.

Siempre por vericuetos, andábamos de catorce á diez y ocho horas diarias á pie. Dormíamos en las masías, y los asistentes nos daban bacalao, arroz y patatas, que engullíamos hasta tocarlo con el dedo. Teníamos las lenguas tan limpias como las hojas de nuestros sables. Juventud y poca aprensión son indispensables para la guerra.

Los cazadores usaban dragonas ó charreteras, en las masías se acostaban entre la paja, al amanecer los revistaba el oficial de semana y me decía: Se ha perdido una dragona en el pajar; prevenía que el soldado guardase la otra en el morral. Al día siguiente me repetían lo mismo. Que echen á cara ó cruz cuál de los dos cazadores ha de llevar charreteras.

El que gane que vaya con dos; el que pierda sin ninguna. —¡Cuándo querrá Dios, que no querrá, supriman en la milicia los muchos chismes inútiles que sólo sirven de incomodidad! pensaba yo.

En la alta montaña de Cataluña hay grandes casas de campo. En la de Montañá, cerca de Berga, dormimos cómodamente el general, su estado mayor, una patulea de francos, una sección de caballería, varios mozos de escuadra, y cuatro compañías de ejército. Los oficiales tuvimos cama.

Era curioso ver comer á la familia. Se sentaban á la mesa desde el dueño hasta el porquero; les servían la señora, hijas y criadas. Al amo, porque en la gorra llevaba una inmensa visera, le llamábamos Lord Biserón.

Varias veces se alojó mi compañía en Santa María de Serroteix, casa de campo muy grande. Para los oficiales nos daban una cocina; en ella asaba patatas un payés anciano.—¿Qué hace V.?, le preguntábamos.—Aperian trufas; pataques que dicen Vds.—contestaba.

Una tarde observé que habían desaparecido todos los soldados menos los de guardia; escondidos en el pajar jugaban á las cartas; los formé á la carrera en guerrilla, y permanecí dos horas maniobrando en un bosque de pinos, que por la niebla heladora parecían preciosos árboles de cristal. Mientras estuve á las órdenes de un superior, los oficiales pasaban la noche jugando. Yo, entre tanto, pedía libros á los clérigos aunque fueran de teología ó moral. Me encajé la colección del periódico carlista *El Católico*, y la de *El Sapo y El Mico*, diario republicano catalán del 40 al 43. En cuanto fui jefe de columna, no toleré se tirase la oreja á Jorge. Sabía que los subalternos murmuraban.—Es un déspota. ¡Ojalá no pase de capitán! Por poco se cumple la maldición. Yo aborrecía el juego. Cuando mi mujer oía:—Su marido no fuma, ni bebe, ni juega.—Porque no le gusta; no es por virtud—repetía.—Tenía razón. Al salir del campamento de Montesquinza en 1875, me dijo el segundo jefe del regimiento que yo mandaba. Todo lo ha con-

seguido menos que los oficiales no jugaran.—Como que era V. el que ponía la banca. Sé que colocaba vigilantes desde mi tienda á la que servía de casino, le repliqué.

Un capellán castrense, siempre que perdía en el juego, exclamaba.—¡Ojalá me traguen los infiernos! Una noche, al repetirlo, se hundió con la silla que ocupaba creyéndose entre las garras del demonio. Los oficiales del regimiento colocaron el asiento del cura sobre la puerta que cubría la bajada de una escalera, abriéndola al oír la maldición.

Dios me libró de los dos vicios más vergonzosos; jugar y beber. En las masías de Cataluña observé que había oficial que se habría matado con el que lo creyera poco caballero y le ganaba el dinero de mala manera, á otro que el aguardiente le transtornaba la cabeza. El jugador pierde dignidad, se envilece y deja en la miseria á su familia. Muchos años después de la época que voy narrando, me preguntó un señorito de la alta sociedad de Madrid:—¿Porqué le da á V. cuando se emborracha? Era un necio, no me incomodé, y respondí:—Por nada; jamás me he convertido en cerdo.

Pasamos por Ardevol, casa solariega de los Tristany, acérrimos carlistas que jamás se sometieron á los liberales. A su tío, el famoso canónigo que fusilaron en 1847, le cantaban en la primera guerra civil:

En Zumalacárregui  
quant era chiquet,  
jugaba á las chapas  
ab Mosen Benet.

En la masía Sala de Liña las dos hijas del patrón eran hermosísimas, quise cenaran con nosotros la noche de Navidad mandé á Cardona por todo lo necesario, el padre solo accedía á que nos sirviesen á la mesa y no lo consentí. En la capilla de la referida casa tenían el retrato de familia de un general que fué en el siglo pasado gobernador de Cartagena de Indias.

A un subcabo de Parrots, fuerza destinada á perseguir el



contrabando, que jugaba al tute, le oí decir para animar á su compañero:

«No os espanteu que ancara tenim  
Cardona, Busa y L'Aseu.»

PERTENECE Á LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONES

Unicas fortificaciones que los franceses no tomaron en Cataluña durante la guerra de la Independencia. Busa es una peña aislada que sirvió á los españoles para depósito de prisioneros franceses. Les hacían pasar por una palanca, la quitaban y no podían escaparse. En una masia al pie del referido peñasco dormimos una noche. Hacía frío, tenía yo apetito, me senté en el hogar y comí riquísimas patatas que me dió la patrona. Las partían por mitad, echaban sal, ponían á la lumbré para que formasen costra donde no tenían piel, envolvían en rescoldo y á los cinco minutos se hallaban asadas.

Un general manifiesta en sus memorias que sabía guisar; que su hermano, también general, tenía vanidad en freir huevos, y que otro general distinguido, que llegó á ministro de la Guerra, planchaba la ropa. Eran generales en todo. Yo, muy torpe, dudé pasar de particular.

Aunque todos los días nos encontrábamos las columnas compuestas de una ó dos compañías, no vi á los carlistas. Por desgracia presencié el fusilamiento de uno que había entrado de Francia y del payés Ramón Balaguer el 6 de Diciembre de 1855. Se publicó un bando imponiendo pena de muerte á los dueños de las casas de campo donde se acogiesen los tenaces partidarios de Montemolin si no lo participaban á las autoridades del gobierno. Los carlistas impidieron que Balaguer lo verificase, y al inocente lo fusilaron en el corral de su casa. Gracias á los consuelos de la religión, murió resignado como un mártir. Después de cuarenta y un años estoy viendo cómo la criada echó por la ventana la sábana de la cama de su pobre amo para que lo amortajasen. Lo horrible es que impusieron tan injusta y tremenda pena los que el año anterior se

habían sublevado. Borges y demás cabecillas volvieron á Francia. Vencidos los absolutistas, el 30 de Diciembre fuimos á Barcelona para batirnos con los liberales. ¡Triste misión la del ejército! En dos años tres guerras civiles. Los que las promovieron, muy satisfechos.

¡Ah! Me olvidaba lo mejor. En premio de correr cuatro meses con calor y frío, comer mal y dormir peor, me dieron la cruz de Isabel la Católica, como si mis servicios fueran los de algún boticario prestados detrás del mostrador. Por no satisfacer los derechos del diploma, renuncié tácitamente la condecoración.

Va de cuento. En la guerra carlista de los siete años á un teniente de cuerpos francos se le enfermó el caballo en un pueblo de Cataluña. El boticario le presentó la cuenta de las medicinas; importaban ocho duros, más de doble de lo que valía el penco. El farmacéutico observó con dolor que la columna salía del pueblo sin cobrar la deuda, y con alegría que el oficial volvía á escape.—Tome V.—le dijo el militar entregándole una moneda envuelta en un papel.—Muchas gracias, caballero—añadió el boticario agradecido y contento de pescar los 160 reales que creía perdidos.—Cuando el jinete desapareció, el mercader en drogas encontró dentro del papel un medio duro en lugar de la media onza que esperaba, conformándose al pensar que las medicinas suministradas al jacucho escasamente valdrían un real.

En 1856 se hallaba de gobernador militar de Gerona un general aragonés que se había casado siendo sargento con la hija de un carnicero de Zaragoza.—Chica—repetía á su mujer que era muy guapa—¿te acuerdas qué ricas costillas de carnero comíamos de las que vendía tu padre?—Le honraba el no ocultar lo humilde de su familia.

El general Basols, al pasarnos revista de inspección en Barcelona, preguntó á un soldado aragonés que tenía el peine sin estrenar:—¿Por qué no te peinas?—Si no nos permiten que llevemos pelo—contestó.—Lo único bueno que hizo Godoy fué

rapar al ejército. Al capitán general D. Francisco Eguía previno Fernando VII se cortase la coleta, única que había en la milicia.—Antes la cabeza —replicó el anciano.—Al rey le hizo gracia la chochez y le dijo:—Haz lo que quieras, abuelo.—Eguía murió en 1827; le llamaban coletilla.

O'Donnell, desde 1854, se propuso lanzar del poder á los progresistas. Si los diputados en las Cortes le exigían que volviera al ejército á los oficiales separados por delitos comunes, respondía:—Bueno, si se convienen los interesados á que se publiquen sus expedientes.—Le negaron el aumentar la fuerza de los regimientos con quintos, y admitió voluntarios. Adivinó que el bienio progresista concluiría á tiros. La manía por la milicia nacional llegó á la cima de la necesidad humana; cuantos más chismes se ponen los paisanos armados, menos valen; la caballería y artillería de nada sirven. O'Donnell, comandante honorario de un batallón de nacionales, les arengó. En vez de «os instruiré», se equivocó y dijo: «Os destruiré». Lo verificó á cañonazos. Uno de sus contertulios le enseñó el furibundo artículo que contra él publicaba un periódico, creyó que el general iba á estallar en cólera y observó que se había quedado dormido. La calma y sangre fría sacó á O'Donnell victorioso de la situación en que se había metido.

Como los militares no están conformes con que los paisanos ostenten las divisas de los empleos que tanto cuesta adquirir, exclamó muy compungido un oficial de mi regimiento:—¡No podremos con los quinientos mil nacionales que hay en España!—Para consolarle le dije:—Cuantos más moros más ganancia.

Es natural la antipatía entre los paisanos armados y el ejército. Siempre que veía yo alguno disfrazado de militar, pensaba sonriendo: «Qué guapo estaría yo con bonete y casulla.» Aunque en 1868 aparecieron con el nombre de voluntarios de la libertad, hasta sus antiguos partidarios se convencieron habían pasado de moda. ¡Si la república en Francia hubiera restablecido la milicia nacional, hubiera caído cien

veces. En la plaza de San Jaime de Barcelona había dos guardias en 1856. Una del ejército en el palacio de la Diputación, y otra de milicia nacional en la casa de Ayuntamiento. Jamás se mezclaban los individuos de tan diferentes institutos. Hallándome de servicio me preguntaron:—¿Qué pensarán los soldados, que miran sin acercarse á los nacionales?—La manera de quitarles más pronto las armas—contesté.

Isabel II aceptó la dimisión del ministerio presidido por Espartero, nombró á O'Donnell, y la milicia nacional de Madrid se sublevó contra la regia prerrogativa la noche del 16 al 17 de Julio. Advirtieron á la reina que se jugaba la corona, y replicó:—«Para llevarla sin dignidad, prefiero no tenerla.»—Si hubiera mostrado igual entereza en 1868, tal vez no la perdiera. En 1856 había leales. D. Francisco Serrano bombardeó el Congreso, y le hicieron capitán general de ejército. Los comandantes de la milicia manifestaron no podían defenderse por carecer de pólvora al presidente de las Cortes, el cual levantó la sesión diciendo sin creerlo:—Para la próxima, se avisará á domicilio.—Cuentan que un capitán general de Cataluña preguntó al gobernador del castillo de Hostalrich:—¿Porqué no ha mandado V. disparar los cañonazos que por ordenanza me corresponden?—Por mil causas: la primera, porque no tengo pólvora.—Suprima V. la novecientas noventa y nueve.

Á pesar del gran número de batallones de nacionales armados hasta los dientes, del chascás de la caballería y de los diez y seis cañones que no llegaron á disparar, la lucha fué corta en Madrid. Faltaba el rabo por desollar en Barcelona; por lo mismo que los paisanos no usaban uniforme, costó más trabajo vencerlos, y corrió la sangre en abundancia. En Cataluña hay gente siempre dispuesta á pelear contra el gobierno, sea el que sea. Los más osados se sublevaron el 17 de Julio en la capital del Principado. La tarde del mismo día varios batallones del ejército formaron en la Rambla de Santa Mónica, dando espalda al mar. Me hallaba á la cabeza de la columna con mi compañía. El capitán general amenazó con fusilar al que diera

cuartel á los insurrectos. Recibí orden por escrito para que en la cárcel me entregasen á Escoda, que debía ponerse al frente de la insurrección, desfilé al paso ligero, se levantaban barricadas, me hicieron disparos, llegué á la cárcel, hice alto, y dije á los soldados:—Nuestra misión es vencer; si alguno toca el pelo á un rendido, le pego una cuchillada.—Tomé las bocacalles inmediatas al edificio, y encargué á un sargento con cuatro cazadores entregase la orden al alcaide. Tardaban en bajar, impaciente subí á las prisiones, pregunté al sargento:—¿Y Escoda? No me encargo de él sin atarlo, respondió.—Señor comandante (yo tenía el grado), ¿le parece á V. bien atar á un comandante?—me dijo Escoda.—¿De qué es V. comandante?—De nacionales.—Atarle.—Le vi en Tarragona el 48 al presentarse á indulto; era jefe republicano. Al dirigirme al fuerte de Atarazanas por el glasis de la antigua muralla, encontré un escuadrón; nos hacían fuego desde los terrados. Á un oficial que me aconsejó pegar un tiro al preso, le repliqué:—Que lo mate Dios, que lo ha criado.—Hacía dos años justos que en Madrid me habían inutilizado. Los jinetes son más crueles que los infantes. La vista de la sangre embriaga. Se dice: «Entró á degüello la caballería, atacó la infantería».

Pasaron doce años, me dejó de reemplazo la revolución del 68, vi de espaldas en la puerta del café Suizo de Madrid á un coronel de carabineros, con trazas de patulea, género que los militares distinguimos á cien millones de leguas, llevaba el morrión echado para atrás, me acerqué, pensé: «Este será de los nuevos». Le oí decir con acento catalán de lo más duro:—Se debe cortar la cabeza á los *Burbónicos*...—y sonriéndome exclamé:—¡Escoda y Canela! Es capaz de atarme. Fué una injusticia no hacer á Canela general. Otros que valían tanto como él llegaron á serlo, y hasta vocales de la Junta consultiva de Guerra, en el reinado de Alfonso XII.

Escodada llamaron los carlistas el acto de querer Canela sorprender por engaño á D. Carlos cuando comenzó la última guerra civil.

El militar, y más en guerras civiles, debe vencer, y si puede, no matar. Se expone á que Dios le diga: «Cain, ¿qué hiciste de tu hermano Abel?» ¡Cuántas veces en España se han batido un hermano contra otro!

Ataqué una barricada cerca de Canaletas y prendí á un insurrecto de fuerzas atléticas, aspecto salvaje, de greñas largas y espesas que casi le ocultaban el rostro. Cuando se revuelve la sociedad, y en Caluña más, aparecen tipos feroces. Dispuse que al prisionero le llevasen al fuerte de Atarazanas. Se arrojó al suelo y repetía furioso.—No iré; que me maten. Mandé á los cazadores lo pusieran en pie y le hicieran andar. A cada paso se volvía á echar en tierra, oponiéndose con todas sus fuerzas á caminar pidiendo la muerte. Tantas veces cuantas con la mayor calma ordenaba levantarlo se tendía en el suelo. Los paisanos, y hasta las señoras desde los balcones de la Rambla, gritaban:—Darle gusto á ese animal; pegarle cuatro tiros.—No, replicaba yo; ha de ir vivo.—Viendo que ni arrastrado se conseguía moverlo, dispuse lo montaran sobre un caballo. Para que no se arrojase del jaco, mandé que si el hombre bestia se inclinaba á un lado, los dos cazadores que lo sujetaban por cada pierna, tirasen de la opuesta. Así lo condujeron por toda la Rambla hasta entregarlo en Atarazanas, con gran algazara de la escolta por que todos creían que acompañaban á un borracho. Las escenas más repugnantes se convierten en diversión cuando producen engaño en los que las contemplan.

Los paisanos armados que tratan de imitar á la tropa en la parte exterior ó de farsa, causan risa, lágrimas y sangre. A los de artillería que había en Barcelona en 1856, se les volcó un cañón desfilando en una gran parada al bajar por la muralla del mar. Sus paisanos los silbaron estrepitosamente. Durante la encarnizada lucha, supo el capitán general que la artillería de la milicia nacional trataba de tomar parte en la insurrección. Me ordenó que con mi compañía á la carrera me apoderase de las cuatro, y envió detrás tiros de mulas para condu-

cirilas al fuerte de Atarazanas. Sorprendí la guardia del cuartel, que no opuso resistencia, los artilleros del ejército engancharon los cañones de los nacionales y salieron á escape. Al acabar la operación y abandonar el edificio, el centinela de la milicia que se hallaba en la puerta con el mosquetón en la mano, que á pesar de su levita con solapas encarnadas y mucho cordón en el morrión, por su gran abdomen tenía más facha de mercader que de militar, me dijo:—¿Y ara que farem?—Res (nada), contesté muy contento de que no me hubiesen herido ni un soldado ni tener que hacer daño á nadie, clase de hazañas que me envanecen. En las luchas civiles la mejor victoria es aquella que no corre sangre.

La guerra de calles es cruel y cobarde. Los pobres soldados se distinguen por el uniforme y sirven de blanco. Van mandados y se baten á la fuerza. Los paisanos insurrectos lo hacen por gusto, por conseguir lo que desean, y algunos por ideas abstractas que no comprenden jamás. Escondidos disparan por instinto de dañar y matar. Yo, al atacar una barricada, colocaba una hilera de mi compañía en cada acera de la calle, ponía el sable con vaina debajo del sobaco izquierdo, metía las manos en los bolsillos del pantalón, bajaba la cabeza y delante de la tropa echaba á correr hasta llegar á tomarla. No me remuerde la conciencia de haber muerto á nadie por mi mano; ahora que soy viejo me alegro mucho no pasar por héroe.

Nos batíamos con los revolucionarios en la calle del Hospital, hacía mucho calor, desde unas celosías corridas me preguntó una señora:—¿Quieres algo?—Beber, contesté. Abrieron un portal y me dieron agua de limón. Llamé á mi alférez que se hallaba medio asfixiado, vió en la escalera la preciosa hija de mi amiga, se entusiasmó, era poeta, olvidó la sed y dirigió á la niña un diluvio de frases galantes que formaban contraste con los disparos de fusil y la escena que se representaba á pocos pasos. El fuego aumentaba, la muchacha se puso encarnada, la madre, también muy guapa, se reía, yo

desesperado miraba alternativamente desde la puerta de la calle á mis amigas, á mis enemigos, y gritaba al oficial que saliese pronto, pudiendo aplicarnos los versos de Tirso de Molina:

«Apéense señores.

¡Cuerpo de Cristo! ¡el tiempo es para flores!...»

La guerra de calles, repito, es innoble, horrible, asquerosa, no hay táctica, sino astucia de zorra, la rabia sustituye al valor y al genio, el arrojo es brutal, se ataca á las barricadas á lo toro, con la cabeza baja, sin orden, siguiendo al que hace punta. No hay gloria ni venciendo á los sublevados que ocultan el arma no siendo conocidos. Una de las muchas veces que pasé con mi compañía por la Rambla, desde una de las calles que desembocan en ella, me hicieron una descarga. Los cazadores sorprendidos se desordenaron un poco. Los mandé hacer alto, dar frente al enemigo, y después de alinearlos despacio, desfilé. Varios extranjeros que se hallaban en el balcón de una fonda aplaudieron. Me sonreí de rabia pensando: «Si creerían íbamos á correr. ¡Buen espectáculo estamos dando!»

Cuando se rindió Irún en la primera guerra civil á las tropas isabelinas, le preguntaron al gobernador carlista:—¿Por qué se ha defendido V. tanto?—Me atacaban ingleses (la legión británica), miraban franceses (desde la frontera), y soy español.—Como recibí cuatro heridas en Madrid el 19 de Julio del 54 y me batía con los revolucionarios de Barcelona el mismo día y mes del 56, temí que me hicieran otros tantos agujeros en la piel y acabaran de convertirme en flauta. Al oír las doce de la noche descansé.

Se sabía que los elementos revolucionarios, que siempre sobran en Cataluña, se sublevarían contra el gobierno de O'Donnell. En la capitania general se formó el plan de ataque y defensa, señalaron las posiciones que debían ocupar las tropas desde Canaletas por la Rambla y Muralla de mar á la Ciudadela. En la plaza de San Jaime se situó Villalonga, ge-



neral de carácter. Contaban de él que al dirigirse por escrito al carlista Arévalo, le tituló cabecilla, y que éste al contestar le llamó cabezón.

Previnieron á los jefes de los cuerpos no obedecieran sino las órdenes firmadas por el Estado Mayor. A éste se le descompuso la máquina y no dió pie con bola. Todos obramos por instinto de conservación. Si al ejército no le divide la política, mal mandado vence siempre en las revueltas populares. Cuando los vecinos honrados se oponen á la revolución, ésta no triunfa. Los de las Platerías de Barcelona se propusieron el 56 que en su calle no se construyesen barricadas y lo consiguieron. A los revoltosos les gritaban:—Fugiu, sino os farem foch.—A mí me dijeron:—Capitán, pase V. sin cuidado.

Desgraciadamente tan noble conducta pocas veces se imita en España. Es mas cómodo dejarse explotar por los danzantes políticos que aplastarlos.

En las acciones de guerra, y más en la lucha de calles, como la que tuvo lugar en Barcelona durante cuatro días en 1856, se conocen los caracteres de los jefes. En mi regimiento, uno de ellos siempre se arreglaba de modo que le diesen comisiones para que sus subordinados no le viesen de cerca, no perder el prestigio y presentarse después como un héroe, recogiendo á manos llenas las recompensas ganadas por sus inferiores. Siempre que á un comandante le daban el mando de alguna operación arriesgada, me encargaba de ella diciendo me correspondía por ser yo capitán de cazadores. Se hallaba el mencionado jefe con bastante fuerza junto al arco del teatro Principal, y le preguntó un coronel:—¿Por qué no toman la barricada de enfrente.—Porque tiene miedo el comandante—respondió un soldado aragonés. Era verdad; todos se callaron. Había empeño en que no se luciese otro comandante que deseaba batirse. Sólo le ordenaron tomar la Barceloneta, previniéndole fuera á pie. Por lo mismo montó á caballo, gritando que en el ataque de calles el jefe debe servir de blanco, exponerse á los tiros que le correspondan,

y que los soldados, si iba desmontado, creerían que se ocultaba. Poco intrigante, murió de teniente coronel; los otros dos jefes llegaron á generales. El comandante que no podía ocultar la lástima que pudiera tenerse si le agujereaban la piel, recibió orden de tomar una barricada construída en la calle de Montserrat. Declinó en mí tan grande honor. Las barricadas de Madrid en 1854, quedaron vírgenes. De seguro no lo eran las bacantes desgüeñadas que en ellas bailaron con borrachos y ladrones celebrando un fácil triunfo. En Barcelona los revolucionarios se batieron desde los terrados, casas y calles. Al llegar á la de Montserrat, comenzaron á lanzar sobre nosotros cántaros, pucheros y hasta una cómoda. Mandé disparar á los huecos por donde arrojaban tales utensilios, y con los picos y hachas, que á prevención llevaban los soldados, romper la puerta, asaltar la casa y prender á los insurrectos que se encontraban en ella. Oí chillidos de mujeres y grité por el hueco de la escalera que cogieran solo á los hombres. Bajaron á cinco tejedores, los rodearon los soldados, uno de los mozos de escuadra que nos acompañaban exclamó:—*Diu lo general els matem á tots*,—y con la llave de la carabina rompió la cabeza á un joven. Los demás mozos hicieron fuego al centro del círculo, mataron á dos más, y á otro que tendría catorce años le destrozaron el vientre, saliendo las entrañas por la herida. Quedé horrorizado; no hay peor cuña que la de la misma madera. Nada les dije á los mozos por su ferocidad; cumplían la orden. Como todos formábamos grupo, á un soldado aragonés de mi compañía le atravesaron la pantorrilla. Observé la mancha de sangre que llevaba en el pantalón de lienzo blanco, y le pregunté:—¿Qué es eso?—Nada; me *paice* que me han *pegao*—contestó sin querer retirarse al cuartel.

En la Rambla de Santa Mónica, un comandante de reemplazo que hablaba conmigo, dió un grito. Una bala de las que llaman impropriamente perdidas, porque alguno se las encuentra, le rompió los dientes. En Morella el año 40, le inutiliza-

ron un brazo los carlistas, y el 69 en Valencia lo asesinaron los republicanos. Glorioso sino.

El 20 de Julio ocupé con mi compañía la calle de San Pablo. Los revolucionarios nos hacían fuego desde una barricada, ventanas y terrados. Cesaba el fuego á las horas de dormir. No querían perder la noche. A una señora que se hallaba en un balcón la grité:—Estoy aquí no por gusto; retírese V.—En el acto que se metió dentro, una bala atravesó las cortinas á la altura de su cabeza. La salvé.

Los oficiales nos mantuvimos dos días con chocolate y pan; los soldados con pan solo.

El 21 por la tarde recibí orden de atacar. Cuando formaba la compañía en dos hileras arrimadas á las paredes presentando el menor frente posible para tomar la barricada de la calle de San Pablo un soldado se cuadró, terció el fusil y me dijo:—Cumplo el tiempo de servicio dentro de tres días, y si ahora me matan... En lugar de pegarle una cuchillada como merecía, le interrumpí en el tono más despreciativo:—Váyase al cuartel, andaluz había de ser.—Le volví la espalda, y corri seguido de los cazadores. El andaluz, herido en su amor propio, se convirtió en valiente. Para sostenernos en la barricada, fué preciso tirar á hachazos las puertas inmediatas y ocupar las casas. Mientras se verificaba, los insurrectos hacían fuego desde el interior de las habitaciones. Como no podían sin descubrirse bajar la puntería, sus balas atravesaban los morriones de la tropa. Al verlos caer en tierra pensaba: Me alegro no ser alto. Si fuéramos granaderos no quedamos uno.

Avancé más, encontré fuerzas de diferentes cuerpos que en barullo desembocaban por varias partes; momentos de lucha que todos dirigen, que nadie obedece y que se adelanta por instinto deseando vencer cuanto antes. Un ayudante del regimiento de Galicia me dijo:—Capitán, los sublevados de la barricada de la calle de Esparters gritan que se entregan si vamos.—Llegamos á ella por la izquierda, nos dejaron acercar, di la mano al que la mandaba y pregunté:—¿A quién ha-

cen Vds. fuego?—A los granaderos del terrado de enfrente. El mismo ayudante apareció de nuevo y añadió:—Estamos perdidos; esos paisanos armados (se hallaban entre nosotros y la posición que antes ocupábamos) han salido de las casas, creyendo nos hemos pasado. Los de la barricada saltaron por encima de ella pensando que fraternizábamos. Uno dijo al teniente de mi compañía:—No sé donde lo conocí á V.—En alguna casa poco decente, repuso el oficial. Calculé que si manifestábamos temor ó echábamos á correr quedaríamos desarmados y deshonorados. Previne á los cazadores que por grupos, muy despacio, se dirigiesen á la esquina de la calle donde á prevención había dejado alguna fuerza, ordenando ocupasen la casa inmediata. Yo marchaba el último, hablando con los revolucionarios. Vi reunida la mayor parte de la compañía, respiré, me consideré feliz y libre de la muerte ó la ignominia. En aquel punto pasamos la noche. Al día siguiente las pocas barricadas que no se tomaron la tarde anterior se encontraron abandonadas. En aquella jornada me mataron un sargento y tres soldados.

Los insurrectos en Barcelona me llamaron tirano por defender al gobierno de O'Donnell, y en Madrid, dos años antes, me insultaron con el nombre de polaco porque no ayudaba en su rebelión al expresado general. Los militares, que en política cumplen con su deber, gracias á la depravación moral que reina en España, nunca ganan.

De mi compañía sólo ascendió el único oficial que no salió de Atarazanas. Por eso el alférez de la misma repetía:

«Si á uno rompen el testuz,  
La cruz.  
Si sale perniquebrado,  
El grado.  
Y si no está en el jaleo,  
El empleo.  
Y satisfecho el deseo  
De nuestro buen coronel,  
Nadie tendría sino él,  
La cruz, el grado y empleo.»

También se sublevaron los pueblos inmediatos á Barcelona. Atacaron á un teniente y á 21 cazadores de Tarifa que se hallaban en Gracia en casa de la marquesa de Cruilles, donde se habían refugiado el coronel Rabell, comandante militar de dicha villa y cinco oficiales de reemplazo. El teniente, á pesar de estar herido, y los cazadores se defendieron bravamente.

En Borja uno de los 21 soldados de Tarifa me lo refirió treinta años después.—Se nos concluyeron los cartuchos, ardió la casa y el coronel trató de capitular con los catalanes. Tres veces ofrecieron respetar la vida de los oficiales y soldados.

—Se portaron *mucho mal*, decía el aragonés, porque después de rendidos asesinaron al coronel y á los oficiales. Uno de carabineros les rogó por Dios no lo matasen porque tenía siete hijos. Otro se arrojó por un balcón al campo. A los soldados querían matarnos; cuando la tropa atacó á Gracia nos cerraron en la iglesia de San José con los soldados que por la cobardía del que los mandaba se entregaron en la Vireyna. Sin comer en dos días, nos dieron sopas. No las quisimos hasta que un capitán de nacionales se tragó dos cucharadas. En Barcelona nos carearon tres veces con varios presos; un soldado dijo conocía á uno de los asesinos. Lo fusilaron. Los demás no los miramos. Castigó Dios al soldado que se vengó de un enemigo que ya no le podía hacer mal. Murió en el hospital. Los insurrectos vencedores en Gracia se dirigían alegres á ayudar á los de Barcelona; 40 caballos que se hallaban detrás de los Campos Elíseos los acuchillaron. El capitán general se empeñó en fusilar á varios revolucionarios en la entrada de Gracia.

Los ayudantes de plaza formaban tipo especial. Los generales los trataban peor que á los de campo, procedían, en su mayoría, de la clase de tropa y se distinguían por ser muy flacos ó muy gordos. Acostumbrados á la exagerada subordinación próxima á la bajeza, hablaban poco. Los considerába-

mos como aves de mal agüero. Al despedirse del oficial que se hallaba de servicio siempre decían:—Compañero, buena guardia.—De uno de ellos, seco y largo, recibí la orden de presentarme al capitán general. Este me preguntó:—¿Cogió V. á uno en la barricada de la calle de Montserrat?—Sí, señor.—Le haría V. fuego. Calculé que si respondía afirmativamente, mi declaración serviría para sentenciarle á muerte y contesté:—No sé.—¿Cómo no sabe usted? Entonces, ¿por qué lo cogió?—Para evitar que me hostilizase.—Ahora, añadió el general, les ha dado á Vds. por tener el corazón blando con los revolucionarios: márchese V. ahí fuera y espere.

Serían las doce de la noche, salió de las habitaciones del general un coronel de artillería de jugar al tresillo, paisano casi pariente mío, le referí mi situación, creía se interesaría por mí, y se marchó diciendo:—Atese V. bien el dedo.—No volví á mirar á D. *Maligno Malapartida*.

El general se levantó á las seis de la mañana, atravesó la galería, no se dignó contestar á mi saludo, quiso entrar por una puerta, no pudo, preguntó:—¿Quién ha cerrado?—D. Pepito, le contestaron.—D. P..., añadió S. E.

Si los jóvenes al entrar con fe y entusiasmo en la milicia hubieran sabido el trato brutal que les esperaba, en pago de exponer su vida, ningún caballero tomara la carrera, que por irrisión, se llamaba entonces del honor.

Veinte veces tiré el morrión aquella noche contra la pared. Cansado, desesperado, busqué al fiscal de la causa que formaban al que yo sentía haber hecho prisionero, y le rogué manifestase al general que estaba yo allí desde las cinco de la tarde del día anterior. El general me recibió segunda vez, se repitió la escena precedente, no cedía, y me mandó llevar cinco ó seis soldados de mi compañía para ver si estaban conformes conmigo. A á los cazadores dije: Cuando tomamos la barricada de la calle de Montserrat cogimos á uno; yo que iba delante ignoro si nos hizo fuego. ¿Y Vds?—Tampoco lo sabemos, contestaron.—Vengan Vds. Y señalé los más listos. Si

hubiera deseado juraran que volaban los burros, lo habrían ejecutado. Al tomar una barricada es difícil asegurar si todos los que en ella se hallan han hecho ó no fuego. Al saber el general que los soldados y yo declaramos lo mismo, gritó airado: —Que se vayan.—Creí me enviaba preso á Montjuich.

Se reunió la guarnición de Barcelona en el paseo de San Juan y glasis de la ciudadela después que se celebraron las exequias por los militares muertos en las ocurrencias del 17 al 21 de Julio de 1856. Los batallones en columna cerrada formaron un gran cuadro, se colocó el capitán general en el centro y al decir ¡Soldados! levantó la espada; el corneta de órdenes creyó le hacía señal, tocó atención, interrumpió al general, que se volvió furioso para pegarle. El soldado se metió entre los caballos del Estado Mayor. El general por segunda vez gritó: ¡Soldados!, pero como muchos de los jefes de batallón no se enteraron de la escena anterior, mandaron á los tambores repitiesen la señal del corneta de órdenes, y sucesivos redobles impidieron continuase la arenga comenzada nuevamente con gran desesperación del orador. Me bañé en agua rosada. Tan cómica escena me vengó de la noche que pasé en el palacio de la autoridad militar del Principado. Una mala interpretación ó pequeño error puede ser causa de poner en ridículo el acto más solemne ó causar en las acciones de guerra innumerables desgracias.

En Barcelona trabajé con fe, estaba yo en el apogeo de mi entusiasmo militar, y mi compañía tuvo más pérdida que juntas las once restantes del regimiento. En él premiaron con empleos á varios que se condujeron mal, lo dije en el cuarto de banderas, llevaron el chisme al coronel, formó el batallón y advirtió que sólo entrase en fila un subalterno por compañía menos en la de cazadores que lo debían verificar todos los oficiales, al hacer conmigo una excepción adiviné iba á ser el heroe de la fiesta, y que estaba de antemano señalado para el acontecimiento que se preparaba. Se colocó el coronel á la puerta del cuartel de la Barceloneta con la mayor

parte de la oficialidad para que en ella causara gran efecto el acto brutal, ordenó desfilase el batallón de á cuatro, saliese á la calle, prolongándose por la izquierda en columna de secciones: dispuesta la escena, cuando mandé á la primera mitad de mi compañía: «Frente á la izquierda», «Guía á la izquierda», evolución sencillísima que los cazadores ejecutaron perfectamente, el coronel levantó los brazos gritando: «Muy mal, señor capitán, muy mal». A tan injusta agresión se me subió la sangre á la cabeza; pensé matar á jefe tan miserable, recordé á mis hijos, me contuve, y repliqué á voces:—No lo sé hacer mejor, no lo sé hacer mejor.—Alto esa compañía—dijo el jefe.—Alto, repetí.—Que siga, añadió.—Que siga, mandé.—El coronel temió se probase que él provocó el escándalo con premeditación y alevosía. Se arrepintió por egoísmo, conciencia no la tenía, y me dijo deseaba continuara siendo amigo suyo. Debí cambiar de regimiento, no lo verifiqué, fui un necio.

Los que en el ejército insultan escudándose con su superioridad jerárquica son cobardes. Si de su mala acción resulta al inferior la pérdida de la vida, como se ha visto en repetidos casos, son asesinos.

A un teniente que huyó, no se creyó seguro en Atarazanas, corrió hasta la Barceloneta y no pasó á Mallorca por falta de puente, le dieron la cruz de San Fernando como al valiente alférez de mi compañía.—¿Por qué no usas la condecoración?—preguntó aquél á éste.—Porque la llevas tú—respondió.

En 1856 D. Leopoldo O'Donnell cambió la forma de la cruz de primera clase de San Fernando para que no se confundiesen las concedidas por mérito de guerra con las que Espartero dió en 1854 á todos los nacionales de Madrid que en 1843, ninguno se batió. Hubo oficial que arrojó su cruz al río cuando se enteró de la orden del ex regente.

No usé jamás la cruz de San Fernando que me dieron por las jornadas de Barcelona.



Por decreto de 15 de Agosto de 1856 se suprimió en España la milicia nacional. En el preámbulo el ministro D. Antonio de los Ríos y Rosas, muy liberal, la puso como no pudiera hacerlo el ministro D. Tadeo Calomarde. Para el auto de fe que se celebró en la Plaza Mayor de Madrid, el 30 de Junio de 1680, á presencia de Carlos II, de su mujer y de su madre, se prestaron para familiares del Santo Oficio, cuya obligación era prender, guardar y acompañar á los acusados hasta el suplicio, 27 grandes de España, 37 títulos de Castilla y 23 señores principales que lucieron sus galas en tal acto. También se formó una compañía de 250 hombres voluntarios, alistándose á competencia los hermanos del trabajo (artesanos), proveyéndose de armas y trajes á su costa, llamados soldados de la fe. Tan corta fuerza armada conservó el orden, sirvió de aparato á la procesión y escoltó á los 86 reos, de los cuales 19 fueron quemados.

Los milicianos nacionales de los años 1854 al 56 hubieran jugado á los soldados con el mismo entusiasmo en el siglo XVII acompañando á los condenados por la Inquisición al quemadero ó brasero de la puerta de Fuencarral. En Zaragoza y Gerona no necesitaron disfraz sus heroicos vecinos para defenderse del infame invasor.

Mandaron los progresistas con el Himno de Riego, la indispensable milicia nacional y se repartieron los empleos. Su desatinada administración, manía de alborotar, clerofobia, arbitrariedades y la anarquía permanente los desprestigió por completo. Disgustaron á la gente que tenía que perder y agravaron al ejército. O'Donnell los echó con más facilidad que los trajo el 54. Espartero se desacreditó más que en 1843, dijo en el Congreso: «Yo con mi gabán de color de castaña agarraré á un revolucionario por la oreja y lo arrojaré á la alcantari-lla»; envainó la espada y se volvió á Logroño. Los progresistas por adularle aseguraban que era el más honrado de los españoles; siendo éstos menos pasaban por pillos.

El famoso bienio acabó en tragedia. Se derramó sangre es-

pañola en abundancia y quedamos peor que en 1854. En un periódico republicano leí años después:

«Si esto ocurre, es igual  
á lo que en el bienio liberal  
observaba un *artista*,  
y ardiente miliciano nacional:  
si la lluvia estorbaba una revista,  
exclamaba:—¿Qué tal?  
Está visto que Dios no es *progresista*.  
(Y no decía mal.)»

### UN SOLDADO VIEJO

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
AT. P. V. D. BARCELONES DEL

## NUEVA BIOGRAFÍA DEL ABATE MARCHENA

I

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS

**P**or iniciativa y generosas expensas de un preclaro vecino é insigne bienhechor de la villa (hoy ciudad) de Utrera, D. Enrique de la Cuadra, marqués de San Marcial, cuya reciente pérdida deploramos todos los que nos honrábamos con su amistad é hidalgo trato, van á ver la luz en dos volúmenes todas las obras inéditas y sueltas que han podido hallarse del famoso humanista andaluz D. José Marchena, más generalmente conocido por el sobrenombre del Abate Marchena.

Ni el Sr. Cuadra, al proyectar esta edición, ni yo, al aceptar el encargo de dirigirla, insertando en ella todos los materiales inéditos que sobre Marchena poseo, tuvimos otro propósito que el de hacer un libro de pura erudición y destinado á correr en manos de muy pocas personas: advertencia que no considero inútil para prevenir escrúpulos y justos recelos que el nombre de Marchena trae fatalmente consigo. Este personaje, más curioso que estimable, vivió una vida de turbulencia y escándalo, difundió incansablemente las peores ideas de su tiempo, tomó parte muy enérgica en la acción revolucionaria de 1793, y ha quedado en la historia como el más radical de los iniciadores españoles de un orden de principios

radicalmente contrarios á los que el Sr. Cuadra profesó toda su vida y á los que yo profeso. Y aunque la mayor parte de los escritos de Marchena que en dicha edición se estampan son de índole puramente literaria, no deja de advertirse en muchos de ellos el influjo de la prava doctrina filosófica y social con que el autor había nutrido su entendimiento. Hemos impreso, pues, estas obras á título de mera curiosidad histórica, y en corto número de ejemplares, para que corran únicamente en manos de los bibliófilos, sin daño ni peligro de barras.

La vida del abate Marchena interesa tanto ó más que sus escritos. Como propagandista en España de la irreligiosa filosofía del siglo XVIII; como representante de las tendencias revolucionarias de aquella edad en su mayor grado de exaltación; como único heredero, en medio de la monotonía ceremoniosa del siglo XVIII, del espíritu temerario, indisciplinado y de aventura que lanzó á los españoles de otras edades á la conquista del mundo físico y del mundo intelectual; como ejemplo lastimoso de talentos malogrados y de condiciones geniales potentísimas, aunque el aire tempestuoso de su época las hizo sólo eficaces para el mal, el abate Marchena sale mucho de lo vulgar, y merece que su biografía sea escrita con la posible claridad y distinción. Varias son las plumas que se han ejercitado en ella desde los tiempos inmediatos á la muerte del turbulento abate. Los apuntamientos de Muriel en su *Historia de Carlos IV* (1) y de Miñano en las notas á su traducción de la *Revolución Francesa*, de Thiers, son breves en demasía, pero merecen mucha atención, por proceder de contemporáneos, que habían conocido y tratado á Marchena. El artículo de la *Biografía Universal* de Didot es digno de consultarse en lo que se refiere á la estancia de Marchena en Francia. Son más extensos é importantes los estudios de D. Gaspar

---

(1) Recientemente dada á luz por la Real Academia de la Historia en el *Memorial Histórico Español*.

Bono Serrano (1) y de M. Antoine de Latour (2), grandemente ampliados por D. Leopoldo A. de Cueto en los tomos I y III de su bella colección de *Poetas líricos del siglo XVIII*. Con todos estos datos y los que pudo proporcionarme mi diligencia, tracé en 1881 un bosquejo de la vida de Marchena en el tomo III de mi *Historia de los heterodoxos españoles*. En los catorce años transcurridos desde entonces, nuevos é importantes hallazgos, debidos en gran parte á un eruditísimo escritor francés, gran conocedor de nuestras cosas (3), han venido á dar inesperada luz sobre los puntos más oscuros de la biografía del abate, y me permiten hoy rehacer aquel primer ensayo, añadiéndole gran cantidad de cosas ignoradas ó mal sabidas hasta ahora.

D. José Marchena Ruiz de Cueto, nació en Utrera, el 18 de Noviembre de 1768. Era hijo de un abogado, y no de un labrador, como generalmente se ha dicho.

Comenzó en Sevilla los estudios eclesiásticos, pero sin pasar de las órdenes menores; aprendió maravillosamente la lengua latina, y luego se dedicó al francés, leyendo la mayor parte de los libros impíos que en tan gran número abortó aquel siglo, y que circulaban en gran copia entre los estudiantes de la metrópoli andaluza, aun entre los teólogos. Quién le inició en tales misterios, no se sabe: sólo consta que antes de cumplir veinte años, hacía ya profesión de materialista é in-

---

(1) En su *Miscelánea religiosa, política y literaria* (Madrid, Aguado, 1870, pág. 308).

(2) En *Le Correspondant*, 25 de Febrero de 1867.

(3) Vid. *Revue Historique*, Setiembre y Octubre de 1890. Art. de M. Alfredo Morel-Fatio, intitulado *Don José Marchena et la propagande révolutionnaire en Espagne en 1792 et 1793*.

Posteriormente, el Sr. Morel-Fatio, que tanto me honra con su antigua y generosa amistad, me ha enviado copias de todas las poesías autógrafas de Marchena, existentes en la biblioteca de la Sorbona, y otros importantes papeles, que iré utilizando en el curso de este trabajo. Véanse también los números de Enero y Febrero de 1889 de LA ESPAÑA MODERNA.

crédulo, y era escándalo de la Universidad. Ardiente é impetuoso, impaciente de toda traba, aborrecedor de los términos medios y de las restricciones mentales, indócil á todo yugo, proclamaba en alta voz lo que sentía, con toda la imprevisión y abandono de sus pocos años, y con todo el ardor y vehemencia de su condición inquieta y mal regida.

El primer escrito en que Marchena hizo alarde de tales ideas, fué una carta contra el celibato eclesiástico, y de paso contra los frailes, dirigida á un profesor suyo, que había calificado sus máximas de *perversas y opuestas al espíritu del Evangelio*. Marchena quiere defenderse y pasar todavía por católico, pero con la defensa empeora su causa. El Sr. de Cueto, que dió la primera noticia de esta carta, hallada por él entre los papeles de Forner, juzga rectamente de ella, diciendo que «es obra de un mozo inexperto y desalumbrado, que no ve más razones que las que halagan sus instintos y sus errores», y que en ella andan mezclados «sofismas disolventes, pero sinceros, citas históricas sin juicio y sin exactitud... sentimentalismo filosófico á la francesa, arranques de poesía novelesca (1)».

Más importante es otra obra suya del mismo tiempo que poseo yo, y que ahora por primera vez se ha impreso, formando parte de la colección á que antes aludi. Es una traducción completa del poema de Lucrecio *De rerum natura*, en versos sueltos, la única que en tal forma existe en castellano (2). El manuscrito

---

(1) El original autógrafo de este escrito de Marchena (17 páginas e 4.º) existe hoy en la rica biblioteca de D. Antonio Cánovas del Castillo. Lleva una nota autógrafa de D. Joaquín María Sotelo, durísima para Marchena. Ha sido impreso tan curioso documento en LA ESPAÑA MODERNA de Febrero de 1889.

(2) En prosa hay dos por lo menos: una (manuscrita en la Biblioteca Nacional) de D. Santiago Saiz, latinista, bibliófilo y *rey de armas*, contemporáneo de Marchena: de la cual ha dado cuenta poco há el Sr. Fabié á la Academia Española; y otra muy reciente de D. M. Rodríguez Navas. En verso hay traducidos varios fragmentos por D. Alberto Lista en sus *Poesías*, por D. Gabriel Ciscar en sus *Ensayos Poéticos* (Gibraltar, 1825), y por

no parece original, sino copia de amanuense descuidado, aunque no del todo imperito. No tiene expreso el nombre del traductor, pero sí sus cuatro iniciales *J. R. M. C.*, y al fin la fecha de 1791, sin prólogo, advertencia ni nota alguna. La versificación, dura y desigual como en todas las poesías de Marchena, abunda en asonancias, cacofonías, prosaísmos y asperezas de todo género, que llegan á hacer intolerable la lectura; pero en los trozos de mayor empeño suele levantarse el traductor con inspiración sincera, porque su fanatismo materialista le sostiene, haciéndole poeta, aunque á largos intervalos. En los trozos puramente didácticos el estilo decae, arrastrándose pesado y soñoliento. Pululan los desaliños y aun las faltas gramaticales, denunciando la labor de una mano atropellada é inexperta.

Marchena, ya por aquellos tiempos era buen latinista, y en general entiende bien el texto; pero su gusto literario, siempre caprichoso é inseguro, lo parece mucho más en este primer ensayo. Así es que entre versos armoniosos y bien contruidos, no titubea en intercalar otros que hieren y lastiman el oído menos delicado y exigente; repite hasta la saciedad determinadas palabras, en especial la de *naturaleza*; abusa de los adverbios en *mente*, que son antipoéticos por su índole misma, y rara vez acierta á conciliar la fidelidad con la elegancia, ni tampoco á reproducir los peculiares caracteres del estilo de Lucrecio. Véanse algunos trozos para muestra, así de los aciertos como de las caídas del traductor. Sea el primero la famosa invocación á Venus: *Aeneadum genitrix, divum hominumque voluptas*:

Engendrada del romano pueblo,  
Placer de hombres y dioses, alma Venus,  
Que bajo de la bóveda del cielo,

---

algún otro. Se sabe también que D. Javier de Burgos tenía terminada una traducción poética de todo el Lucrecio, la cual perdió en Granada el año 1814.

Por do giran los astros resbalando,  
 Pueblas el mar de voladoras naves  
 Y la tierra fructífera fecundas:  
 Por ti todo animal respira y vive:  
 De ti, Diosa, de ti los vientos huyen,  
 Ahuyentas con tu vista los nublados,  
 Te ofrece flores la dedálea tierra,  
 Las llanuras del mar contigo ríen,  
 Y brilla en larga luz el claro cielo.

Al punto que gálana primavera  
 La faz descubre, y su fecundo aliento  
 Recobra ya Favonio desatado,  
 Primero las ligeras aves cantan  
 Tu bienvenida, oh Diosa, porque al punto

Con el amor sus pechos traspasaste:  
 En el momento, por alegres prados  
 Retozan los ganados encendidos,  
 Y atraviesan la férvida corriente.  
 Prendidos del hechizo de tus gracias,  
 Mueren todos los seres por seguirte  
 Hacia do quieras, diosa, conducirlos;  
 Y en las sierras adustas, y en los mares,  
 En medio de los ríos caudalosos,  
 Y en medio de los campos que florecen,  
 Con blando amor tocando todo pecho,  
 Haces que las especies se propaguen.

Tampoco carece de frases y detalles graciosos esta traducción de un lozanísimo pasaje del mismo libro primero:

¿Tal vez perecen las copiosas lluvias  
 Cuando las precipita el padre Éter  
 En el regazo de la madre tierra?  
 No; pues hermosos frutos se levantan,  
 Las ramas de los árboles verdean,  
 Crecen y se desgajan con el fruto,  
 Sustentan á los hombres y alimañas,  
 De alegres niños pueblan las ciudades...  
 Y dondequiera, en los frondosos bosques  
 Se oyen los cantos de las aves nuevas;  
 Tienden las vacas de pacer cansadas  
 Su ingente cuerpo por la verde alfombra,  
 Y sale de sus ubres retestadas  
 Copiosa y blanca leche: sus hijuelos,



De pocas fuerzas, por la tierna hierba,  
Lascivos juguetean, conmovidos  
Del placer de mamar la pura leche.

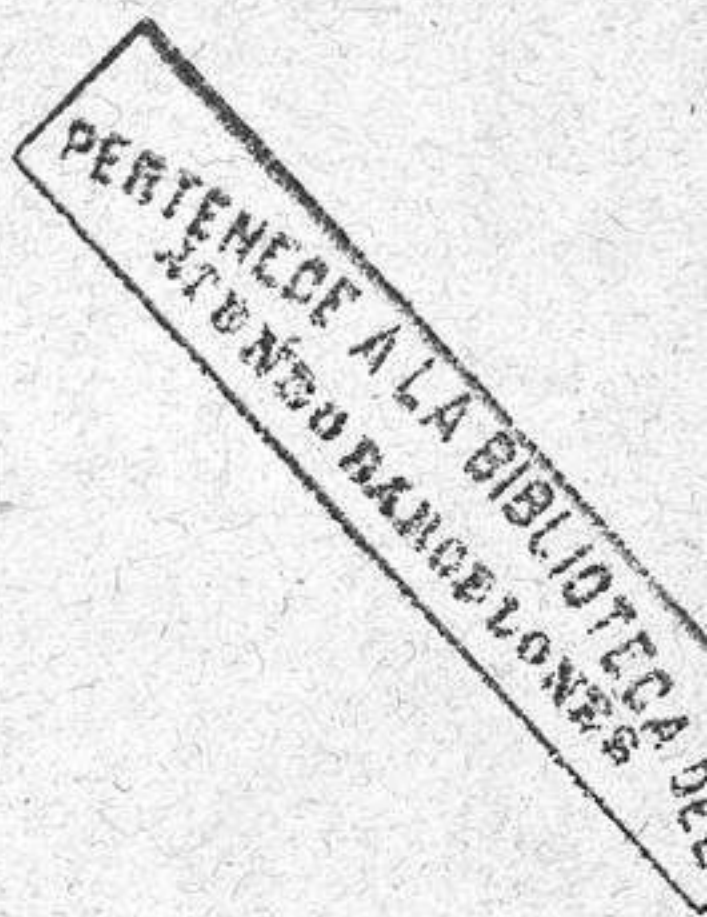
Ni falta vigor y robustez en esta descripción de la tormenta:

La fuerza embravecida de los vientos  
Revuelve el mar, y las soberbias naves  
Sumerge, y desbarata los nublados;  
Con torbellino rápido corriendo  
Los campos á la vez, saca de cuajo  
Los corpulentos árboles; sacude  
Con soplo destructor los altos montes,  
El ponto se enfurece con bramidos  
Y con murmullo aterrador se ensaña.  
Pues son los vientos cuerpos invisibles  
Que barren tierra, mar y el alto cielo,  
Y esparcen por el aire los destrozos:  
No de otro modo corren y arrebatan  
Que cuando un río de tranquilas aguas  
De improviso sus márgenes extiende,  
Enriquecido de copiosas lluvias  
Que de los montes á torrentes bajan,  
Amontonando troncos y malezas:  
Ni los robustos puentes la avenida  
Resisten de las aguas impetuosas;  
En larga lluvia rebosando el río,  
Con ímpetu estrellándose en los diques,  
Con horroroso estruendo los arranca,  
Y revuelve en sus ondas los peñascos...

Quizá en ninguno de sus trabajos poéticos mostró Marchena tanto brío de dicción como traduciendo las imprecaciones del gran poeta naturalista. Parece como que se sentía dentro de su casa y en terreno propio al reproducir las blasfemias del poeta gentil contra los dioses, y los elogios de *aquel varón griego*

De cuya boca la verdad salía,  
Y de cuyas divinas invenciones

E. M.—Junio 1896.



Se asombra el universo, y cuya gloria  
Triunfando de la muerte, se levanta  
A lo más encumbrado de los cielos.

(CANTO 6.º)

¡Oh tú, ornamento de la griega gente,  
Que encendiste el primero entre tinieblas  
La luz de la verdad!...  
Yo voy en pos de ti; y estampo ahora  
Mis huellas en las tuyas; ni codicio  
Ser tanto tu rival, como imitarte  
Ansío enamorado. ¿Por ventura  
Entrará en desafío con los cisnes  
La golondrina, ó los temblantes chotos  
Volarán como el potro en la carrera?  
Tú eres el padre del saber eterno,  
Y del modo que liban las abejas  
En los bosques floríferos las mieles,  
Así también nosotros de tus libros  
Bebemos las verdades inmortales...

(CANTO 3.º)

No era Marchena bastante poeta para hacer una traducción clásica de Lucrecio, pero estaba identificado con su pensamiento filosófico; era apasionadísimo del autor y casi fanático de impiedad; y así, traduciendo á *su poeta*, cobra, por virtud de este propio fanatismo, cierto calor insólito que contrasta con la descolorida y lánguida elegancia de otras versiones anteriores á la suya, por ejemplo, la francesa de Lagrange ó la misma italiana de Marchetti. Los buenos trozos de esta versión me parecen superiores á casi todo lo que después hizo en verso, si es que la vanidad de poseedor (1) y editor no me engaña:

(1) El manuscrito de mi biblioteca (único que conozco) me fué regalado por mi difunto amigo D. Damián Menéndez Rayón, que le había encontrado casualmente en un puesto de libros. Con intento de remediar algunos de los innumerables lunares de estilo y versificación que le afean, he hecho en él varias correcciones al imprimirle.

Los sitios retirados del Pierio  
Recorro, por ninguna planta hollados:  
Me es gustoso llegar á íntegras fuentes  
Y agotarlas del todo, y me deleita,  
Cortando nuevas flores, coronarme  
Las sienes con guirnalda brilladora  
Con que no hayan ceñido la cabeza  
De vate alguno las sagradas Musas,  
Primero, porque enseñe cosas grandes  
Y trato de romper los fuertes nudos  
De la superstición agobiadora,  
Y hablo en verso tan dulce, á la manera  
Que cuando intenta el médico á los niños  
Dar el ajeno ingrato, se prepara  
Untándoles los bordes de la copa  
Con dulce y pura miel...

Marchena saludó con júbilo la sangrienta aurora de la Revolución francesa; y si hemos de fiarnos de oscuras y vagas tradiciones, quiso romper á viva fuerza los lazos de lo que él llamaba *superstición agobiadora*, y entró con otros mozalbetes intrusos y con algún extranjero de baja ralea en una descabellada tentativa de conspiración republicana, la cual tuvo el éxito que puede imaginarse, dispersándose los modernos Brutos y cayendo alguno de ellos en las garras de la policía. Si tal conspiración existió en efecto, tuvo que ser anterior á la llamada del *cerrillo de San Blas*, fraguada en 1794 por Picornell, Laz y otros. Marchena no estaba entonces en España, y su nombre para nada figura en el proceso; pero hay indicios para creer que no era extraño á la trama, y que por lo menos estaba en correspondencia con sus autores. Así recuerdo haberlo leído en unos apuntes manuscritos del artillero D. Juan de Dios Gil de Lara, contemporáneo y amigo de Marchena.

Todo este primer período de su vida está envuelto en densa oscuridad, y lo más seguro es atenerse exactamente á las pocas indicaciones que en sus escritos dejó consignadas el mismo Marchena. En una carta escrita en Bayona el 29 de Diciembre de 1792, y dirigida al ministro de Negocios extranjeros, Le Brun, dice rotundamente que llevaba «seis años de perse-

cuciones en el país más esclavo de la tierra», y que «hacia ocho meses había buscado asilo en Francia porque la Inquisición quería prenderle (1)». Si Marchena no exagera nada para captarse la gracia del ministro, su propaganda revolucionaria en España, ó más bien, según yo creo, sus trabacuentas con la Inquisición, se remontaban á 1788, lo que ciertamente es madrugar bastante: Marchena no tenía entonces más que diez y nueve años. En la colección de sus poesías líricas, que ahora por primera vez hemos publicado, hay suficientes indicios para creer que durante esos *seis años de persecuciones y de inquietud*, no residió constantemente en Andalucía, sino que anduvo errante por varias partes de España, entendiéndose con los pocos y oscuros prosélitos que ya contaban las nuevas doctrinas, especialmente en la Universidad de Salamanca y en el Seminario de Vergara. Las alusiones á las orillas del Tormes son frecuentes en sus versos:

Belisa duerme: el céfiro suave  
 Agita la violeta blandamente;  
 El arroyuelo corre mansamente,  
 Y *el padre Tormes* con su ruido grave  
 Teme inquietar su sueño regalado.

(SUEÑO DE BELISA.)

Un delicioso otero  
*Del Tormes* rodeado  
 Con su sombra suave nos convida...

(EL ESTÍO.)

---

(1) *Il y a long-temps, ministre du peuple français, que j'ai consacré mes faibles forces à leur anéantissement (de la tiranía): il y a longtemps que je combats ces monstres; six ans de persécutions et d'inquietude dans le pays le plus esclave de la terre n'ont en rien affaibli la vigueur d'un caractère indomptable. Enfin il y a huit mois que je me vis forcé de quitter le peuple du despotisme religieux et civil: l'Inquisition allait m'emprisonner, je cherchais un asyle dans la France libre, et j'y vécus tranquille, consacrant tous mes travaux à la cause de l'humanité, qui est celle de la liberté, jusqu'au moment où il plut au gouvernement espagnol de faire séquestrer le produit de mes biens. (Documento del Archivo del ministerio des Affaires étrangères, publicado por Morel-Fatio en la *Revue historique*.)*

En Salamanca ó en Valladolid conoció á Meléndez, que fué, de los poetas españoles de su tiempo, aquel á quien admiró más y á cuya admiración permaneció más constante. Uno de los últimos escritos de Marchena fué, como más adelante veremos, la necrología del que estimaba como su maestro. Una de sus más antiguas composiciones poéticas es la oda que le dedicó cuando en Mayo de 1789 fué nombrado Meléndez alcalde del crimen de la Audiencia de Zaragoza, inaugurando así su carrera de magistrado y de hombre público, que tantos sinsabores había de reportarle.

Temis torna á la tierra,  
Y en Celtiberia pone su morada...

exclamaba Marchena, en alas de su juvenil entusiasmo; y ya se figuraba ver al dulce Batilo *vibrando la tajante espada contra el opresor poderoso y contra el inicuo tirano*. Los acontecimientos posteriores demostraron que tal papel era el menos adecuado á la blanda y algo femenina naturaleza de Meléndez.

Que Marchena residiera algún tiempo, ó como alumno, ó como profesor, en el famoso Seminario de Vergara, centro principal del enciclopedismo en las Provincias Vascongadas, parece que indirectamente resulta de algunos pasajes de sus obras poéticas, pero sólo registrando cuidadosamente los papeles que resten de aquel instituto de enseñanza, podrá documentalmente comprobarse. Los versos de nuestro abate le presentan en relación íntima con varios profesores de aquel centro. Y en primer lugar con el catedrático de Física, Chabaneau, en alabanza del cual compuso aquella notable oda que principia:

Las humildes mansiones  
Desaparecen del linaje humano...

y en la cual, confesándose discípulo del aventajado físico francés naturalizado en Guipúzcoa, exclama:

Las leyes de natura  
Sublimes y sencillas, ilustrado  
Con la antorcha febea,  
La diosa ante sus ojos ha mostrado;  
Cómo una misma sea  
La que del monte en la caverna oscura  
Forma el oro, y contiene  
Los mundos que en sus órbitas retiene...

Y en Vergara también debió de contraer amistad, que uno y otro habían de estrechar en París durante la tormenta revolucionaria, con un profesor de aquella escuela patriótica, entonces tan célebre como olvidado hoy, D. Vicente María Santibáñez, natural de Valladolid, mediano poeta y exaltado revolucionario, á quien dió entonces pasajera fama una traducción libre de la *Heroída de Eloisa á Abelardo*, de Pope (ó más bien de su imitación francesa de Colardeau), traducción que corrió anónima, y que (como veremos más adelante) ha sido erróneamente atribuida al abate Marchena, sirviendo hoy esta misma falsa atribución para confirmar la identidad de ideas y propósitos que entre ambos escritores suponían sus contemporáneos.

A Santibáñez dedicó Marchena una sátira literaria en tercetos, que, á juzgar por las alusiones de su contexto, debió de escribirse hacia el año de 1791, puesto que en ella se habla, como de cosa reciente, de la comedia de Iriarte *La Señorita mal criada*, no representada hasta el 3 de Enero de aquel año, aunque impresa desde 1788; del poema *Las Majas*, de Trigueros, que es de 1789, y del *Suplemento* de Forner al artículo *Trigueros en la Biblioteca del Doctor Guarinos*, que es de 1790. En esta epístola de Marchena, á vueltas de ataques virulentos y muchas veces desacordados contra los escritores de mérito más diverso (confundiendo en una misma reprobación á hombres tan distinguidos como Forner é Iriarte, con ínfimos y chabacanos copleros tales como Casal, Moncín y Laviano), no falta la expresión de los ímpetus revolucionarios en que el autor y su amigo Santibáñez coincidían:

Los pensamientos nobles son proscritos  
 Antes de ver la luz, y sofocados  
 De la santa verdad los libres gritos.

.....  
 Al esclavo el pensar no le fué dado;  
 Natura al que no hinca la rodilla  
 Al tirano, este don ha reservado.

Son pocos más ó menos los mismos pensamientos que pocos años después había de expresar Quintana con tan brioso empuje en el soberbio principio de la oda á *Juan de Padilla*:

Todo á humillar la humanidad conspira;  
 Faltó su fuerza á la sagrada lira,  
 Su privilegio al canto,  
 Y al genio su poder...

Pero ¡qué distancia entre el verdadero poeta y el adocenado versificador que á pesar del fanatismo que siente en lo más profundo de su alma no acierta á expresarle sino en formas torpes, confusas y desgarradas!

Para propagar sus ideas fundó Marchena, probablemente en colaboración con Santibáñez, una llamada *Sociedad Literaria*, con visos de sociedad secreta ó de logia masónica. No hemos podido averiguar en qué punto de España funcionaba. El único documento que nos queda de su existencia es un *discurso* en verso suelto, que leyó Marchena en su *abertura* ó inauguración, y comienza:

¡Miseria humanidad! Las sombras sigue,  
 Y afana por labrarse sus cadenas...

Comienza el poeta por invocar los manes del *virtuoso Sócrates*, del *inflexible Catón*,

Y el que siguió sus huellas dignamente,  
 Rousseau, de la edad nuestra eterna gloria,  
 Y modelo á los siglos venideros...

.....  
 Y luego, recordando pensamientos y frases de Lucrecio, á quien poco antes había traducido, invitaba á sus amigos á

aquel sereno templo de Minerva, desde el cual podía el sabio contemplar tranquilo

El luchar de los vientos, las tormentas,  
El Euro batallando con el Noto,  
A su soplo agitado el mar insano,  
Y el naufragar amargo de los tristes  
..... que en las ondas  
Sañudas, con dolor el alma exhalan.

Seguían las acostumbradas declamaciones contra el despotismo y la intolerancia; y proponíase como principal ocupación de aquellas juntas el estudio de los derechos del hombre,

que ignorados  
Del hombre mismo fueran tantos siglos...  
.....

sin perjuicio de que con estas serias lucubraciones alternasen estudios más amenos, y sobre todo *el amable* trato de las Musas; con lo cual Marchena logra pretexto para sacrificar de nuevo sus predilectas víctimas literarias:

Ni negará Terpsícore sus sales  
Alguna vez, cuando burlar queramos  
Los fríos Iriartes, los Trigueros  
Insulsos y pesados, la insufrible  
Charla de Vaca, y el graznar continuo  
De la caterva estúpida que infecta  
De dramas nuestro bárbaro teatro.  
Apolo templará su acorde lira  
Cuando de Jovellanos y Batilo,  
Del dulce Moratín y *Santiváñes*  
Los loores cantemos, por quien alzan  
Su voz las patrias Musás, que yacieran  
En sueño profundísimo sumidas.

A esta misma sociedad, cuyo doble carácter de literatura y de conspiración más ó menos platónica parece evidente (y que fué acaso la más antigua de su género que existió en España), aluden estos otros versos de la epístola á *Emilia*:



De la santa amistad, y de las ciencias  
Al sagrario acogidos, los profanos  
Asestarán en balde sus saetas  
Contra nosotros. Ora, la balanza  
Y el compás de Neutón en nuestra mano  
Teniendo, aquel cometa seguiremos  
En su alongada elipse. Ora á Saturno  
Y á Júpiter, pesando las distancias  
De Marte á nuestra tierra mediremos  
O bien por el calor de nuestro globo  
Su edad sabremos. Ora calculando  
El infinito mismo, que no es dado  
Al hombre conocer, numeraremos,  
.....  
O bien hasta el Eterno nuestras almas  
Por grados elevando, nuestras manos  
Puras de iniquidad levantaremos  
A la extensión inmensa, do el muy alto  
Habita todo en todo...  
..... y en tranquila  
Paz el último día aguardaremos,  
Do el alma nuestra, libre de cadenas,  
De Marco Aurelio y Sócrates al lado,  
En la contemplación del universo  
Gozará de placeres inefables...

La mayor parte de los versos de Marchena, contenidos en el manuscrito de la biblioteca de la Sorbona, de que luego daremos cuenta, son indudablemente anteriores á su salida de España. Abundan en esta colección las poesías amorosas, y, contra lo que pudiera creerse de la apasionada índole y del temperamento inflamable de su autor, son en general extremadamente frías: labor de pura imitación, en que el autor sigue principalmente las huellas de Meléndez, sin vislumbre alguna de carácter propio. En la poesía erótica Marchena resulta amanerado é insulso, y la flaqueza de sus dotes poéticas parece más visible en este género que en ningún otro. Habiendo sido hombre extraordinariamente sensual y libidinoso, según el testimonio de todos los que le conocieron, ni siquiera acertó á expresar nunca con calor estos bajos apetitos suyos. Pero como materialista teórico y práctico, quemó sucesiva-

mente incienso en las aras de muchas deidades, cuyo recuerdo queda en sus poesías: *Belisa* y la sabia *Emilia*, deidades del Tormes la una y la otra: *Licoris* la del *bruñido cabello de azabache y alta frente*, cuyas caricias le retenían en las orillas del Betis, y le hacían olvidarse hasta del congreso sagrado

Que en Francia destruyó la tiranía:

y á la cual invitaba al placer en agradables versos, mezclando reminiscencias de Horacio, de Catulo y de Tibulo:

Tú escucha del Amor la soberana  
Voz que al deleite agora te convida;  
Que está la edad en su verdor lozana.

Huye la primavera de la vida  
Cual un ligero soplo, un breve instante,  
Y nunca torna, si una vez es ida.

Vendrá ¡ay! la vejez sorda, y el amante  
Que agora sólo espera tus amores  
Y que esquivas más dura que diamante,  
Lejos huirá de ti:.....

Todavía hay que añadir á esta lista, no menos poblada que la de Don Juan, los nombres de la bella *Francisca*, con quien el autor había ido en su niñez á la escuela y que fué sin duda su pasión más inocente: los de las tres hermanas *Magdalena*, *Catalina* y *Alcinda*, á quienes dirige versos más bien galantes que amorosos: y el de aquella *beldad peregrina*, que desde el *hesperio suelo* pasó á las *Galias*, y que parece ser la misma á quien en otra elegía llama *Minerva Aglae*.

Como Marchena, á pesar de su entusiasmo erótico, no tenía ni calor de afectos ni viveza de fantasía, pero sí muchas humanidades y familiar trato con los clásicos, resulta mucho más aventajado poeta cuando traduce ó imita que cuando expresa por cuenta propia sus versátiles enamoramientos. Por eso los mejores trozos de esta primera época suya están en sus traducciones de algunas elegías de Tibulo y de Ovidio, las cuales, á parte de cierta bronquedad y dureza de estilo, de que no pudo librarse nunca Marchena ni en verso ni en pro-

sa, y que contrastan con la blanda manera de los poetas á quienes interpretaba, demuestran, por lo demás, un estudio nada vulgar ni somero de la lengua poética castellana, y se recomiendan por cierto agradable dejo arcáico. Marchena, por una contradicción que en su tiempo no era rara, y que también observamos en Gallardo y en otros, era furibundo revolucionario en todo menos en la literatura y en el lenguaje. Su larga residencia en Francia, y el hábito continuo que tuvo de escribir y aun de pensar en francés, pudo contagiar su estilo de bastantes galicismos, especialmente en algunas traducciones que hizo, atropelladas y *de pane lucrando*, pero luego se verificó en él una reacción violenta; hasta llegar á la manera artificiosa y excesivamente latinizada del famoso discurso preliminar de sus *Lecciones de Filosofía Moral y Elocuencia*.

La política, que tanta parte ocupó en la vida del abate Marchena, no la tiene menor en sus versos, y suele aparecer donde menos pudiera esperarse. Hasta en las odas eróticas encuentra modo de ingerir el inevitable ditirambo en loor de la Revolución francesa:

El pueblo su voz santa  
Alza, que libertad al aire suena...  
¿Quién podrá dignamente  
Cantar los manes de Rousseau, clamando  
*Libertad* á la gente,  
Del tirano el alcázar derrocando,  
La soberbia humillada,  
Y la santa virtud al trono alzada?

La más antigua de sus poesías exclusivamente políticas parece compuesta poco después de la toma de la Bastilla, á la cual aluden de un modo terminante estos versos:

Cayeron quebrantados  
De calabozos hórridos y oscuros  
Cerrojos y candados;  
Yacen por tierra los tremendos muros  
Terror del ciudadano,  
Horrible balüarte del tirano.

Los versos de esta oda son medianos y declamatorios, como casi todos los versos líricos de su autor, pero tienen curiosidad histórica, por ser sin disputa los más antiguos versos de propaganda revolucionaria compuestos en España. Diez años antes de que Quintana pensase en escribir la oda *á Juan de Padilla* y la oda *á la Imprenta*, exclamaba el abate Marchena, aunque á la verdad con bronco y desapacible acento:

Dulce filosofía,  
 Tú los monstruos infames alanzaste;  
 Tu clara luz fué guía  
 Del divino Rousseau: tú amaestraste  
 Al ingenio eminente  
 Por quien es libre la francesa gente.  
 Excita al grande ejemplo  
 Tu esfuerzo, Hesperia: rompe los pesados  
 Grillos, y que en el templo  
 De Libertad de hoy más muestren colgados  
 Del pueblo la vileza  
 Y de los Reyes la brutal fiereza.

Quien tales versos escribía en 1791, es claro que no había de permanecer mucho tiempo en España. No obstante su juventud y la oscuridad de su persona, sus manejos no podían permanecer enteramente ocultos, y aunque haya notoria exageración en los seis años de persecuciones de que el habla, no hay duda que la atención del Santo Oficio hubo de fijarse en él, y que, temeroso de ser encarcelado, buscó refugio en Gibraltar, donde se embarcó para Francia en Mayo de 1792. Tenía entonces veinticuatro años.

Un M. Reynon, de San Juan de Luz, que le conoció poco después de su llegada, nos da muy curiosas noticias de su persona, en ciertas memorias que dejó inéditas, y de las cuales hemos obtenido un extracto por mediación de nuestro amigo el ilustre vascófilo inglés Mr. Wentworth Webster, residente años hace en Sare (1).

---

(1) Reynon murió en Bayona en 1842. Los extractos de sus memorias

Reynón dice que Marchena era abogado, le supone equivocadamente hijo de Madrid, y hace de él el siguiente retrato: «Su estatura no pasaba de cuatro pies y ocho pulgadas. Tenía »el rostro picado de viruelas y las narices larguísimas. Era »muy suelto de cuerpo y de lengua. Hablaba y escribía bastante bien el francés. Le vimos por primera vez cuando llegó »á San Juan de Luz, en 1792, entusiasmado hasta el delirio »por vivir en el país de la libertad y poder embriagarse con »ella. Lo primero que hizo fué alistarse en el club jacobino de »Bayona, adoptando con furor todos los principios de la Montaña. Formó parte de la *Sociedad de los Hermanos y Amigos reunidos*, en la cual se admitía la más infima canalla, y hasta »el verdugo mismo, cuyo nombre habían cambiado los representantes de la Convención en el de *Vengador*.»

Marchena hizo en este club un discurso, que fué impreso aquel mismo año en un cuaderno de 14 páginas en 8.º, en casa de Duhart-Faubet, y que fué probablemente su primer escrito en francés. No hemos podido hallarle, y sólo conocemos de él la siguiente frase campanuda que cita Reynón: «Pongamos sobre nuestra cabeza el gorro de los hombres »libres, y á nuestros pies la corona de los reyes.»

Reynon, que era furibundo realista, añade que el discurso de Marchena estaba «lleno de infames pensamientos que sólo »el espíritu del demonio podía haber dictado»; pero, á juzgar por la muestra, el demonio no se había lucido mucho en su colaboración, y los *infames pensamientos*, más traza tienen de lugares comunes propios de una declamación estudiantil, escrita en la jerga revolucionaria de aquel tiempo.

«Marchena (añade Reynon) obtuvo un grande éxito de tribuna entre los descamisados. Pero pareciéndole Bayona corto »teatro para su ambición, pasó muy pronto á París, donde es-

---

están tomados de un libro de misceláneas que perteneció al capitán Duvoisin, traductor de la Biblia al vascuence (dialecto laburtano) bajo los auspicios del príncipe L. L. Bonaparte.

»cribió en un periódico terrorista, y formó parte del Club de los Jacobinos.»

El periódico de que Marchena fué colaborador era nada menos que el famoso *Ami du Peuple*, dirigido y redactado en su mayor parte por Marat, oriundo de España, aunque nacido en Suiza, y amigo de varios refugiados españoles, especialmente de un cierto Guzmán, que fué condenado á muerte en 1794 como complicado en el proceso de Dantón. Quizá por mediación suya entró Marchena en relaciones con el famoso terrorista; pero como en medio de todos sus extravíos conservase siempre nuestro abate cierto fondo de humanidad y de hidalguía, no tardó en desavenirse con el tremendo y sanguinario personaje á quien ayudaba con su pluma; y comenzó á mirar con ceño las máximas de exterminio que en todos los números de aquel periódico se propalaban. No pasaron muchos meses sin que Marchena renegase enteramente del bando jacobino y de los furiosos fanáticos ó hipócritas perversos que le dirigian, y pasase á la fracción de los girondinos, á quienes acompañó en próspera y adversa fortuna, ligándose especialmente con Brissot. Y cuando Marat sucumbió bajo el hierro de Carlota Corday, Marchena, que se hallaba entonces en las cárceles del Terror, saludó á la hermosa tiranicida con un himno vengador, que no puede parangonarse seguramente con la hermosa elegía de Andrés Chénier al mismo asunto, digna de ser grabada en el más puro mármol de la antigüedad; pero que no deja de contener versos enérgicos y expresiones dictadas por una exaltación vehemente y sincera:

Salve, deidad sagrada;  
 Tú del monstruo sagrado libertaste  
 La patria; tú vengaste á los humanos;  
 Tú á la Francia enseñaste  
 Cuál usa el alma libre de la espada,  
 Y cuál sabe inmolar á sus tiranos.

.....  
 De tu pueblo infelice  
 Sé deidad tutelar. ¡Oh! no permitas

Que á la infame Montaña rinda el cuello.

Mas ¡ay! que en balde excitas

Con tu ejemplo el vil pueblo que maldice

El brazo que le libra. ¡Ay, que tan bello

Heroísmo es perdido,

Y pesa más el yugo aborrecido!

Que en las negras regiones

Las furias hieran con azote duro

Del vil Marat el alma delincuente;

Que en el Tártaro oscuro

Sufra pena debida á sus acciones,

Y del gusano eterno el crudo diente

Roa el pecho ponzoñoso,

¿Será por eso el pueblo más dichoso?

La libertad perdida

¡Ay! mal se cobra: en pos de la anarquía

El despotismo sigue en trono de oro;

Su carro triunfal, guía

La soberbia opresión; la frente erguida

Va la desigualdad, y con desdoro

El pueblo envilecido

Tira de su señor al carro uncido.

¡Oh diosa! los auspicios

Funestos, de la Francia ten lejanos:

Torne la libertad á nuestro suelo;

Así con puras manos

Los hombres libres gratos sacrificios

Te ofrecerán, Carlota; tú, del cielo

Donde asistes, clemente

Protege siempre á la francesa gente.

Pero no adelantemos el curso de los sucesos. A fines de Diciembre de 1792, Marchena, que ya había roto definitivamente con la Montaña, fué recomendado por Brissot al ministro de Relaciones Exteriores, Le Brun, y le dirigió desde Bayona la curiosa carta que ya hemos tenido ocasión de citar, en que, presentándose como «un amigo de la libertad que arde en deseos de verla triunfante en su patria sometida al más violento despotismo por muchos siglos», le ofrece sus servicios para propagar las ideas de la Revolución en España, «si es que Francia piensa seriamente en declarar la guerra á los Borbones españoles». Y como muestra de su literatura propa-

gandista, le envía varios ejemplares de una alocución á los españoles, la cual había hecho imprimir y circular en la Península, dando motivo con esto á que el gobierno de Carlos IV mandase secuestrar todos sus bienes.

Esta alocución está en castellano, como era natural, pero el autor se finge francés; «yo no he estado nunca en vuestro país, dice» disimulación que por lo visto no impidió que todos reconociesen su estilo, y que se procediese contra él jurídicamente. Existen de esta dos textos diversos, uno manuscrito y otro impreso. Contra lo que pudiera creerse, el primero no es el esbozo del segundo, sino una refundición posterior, que lleva la fecha de 1793, con notables supresiones y adiciones. Entre lo suprimido está una impertinente digresión literaria, en que Marchena (¡en un manifiesto político!), se desataba contra varios escritores de su tiempo, en especial contra Forner, á quien parece haber profesado particular inquina, bien explicable por ser antípodas el uno del otro en sus principios sociales y filosóficos. El contenido político de ambas proclamas es casi idéntico: en una y otra las invectivas contra la Inquisición ocupan largo espacio, y en una y otra se aboga por la inmediata reunión de Cortes, si bien en la primera predomina más el espíritu histórico, se habla de los manes de Padilla; y hasta se solicita, para la obra de regeneración nacional, el concurso del clero, de la nobleza y de las clases privilegiadas.

El Sr. Morel-Fatio hace notar oportunamente que en ambos documentos hay muchas reminiscencias del famoso *Avis aux Espagnols*, de Condorcet. Para que se forme completa idea del extravagante y declamatorio documento de Marchena, no tenido en cuenta hasta ahora por los que han tratado de nuestra guerra contra la república francesa en 1793, reproducimos aquí la primera redacción íntegra, insertando por nota los pasajes más importantes entre los que Marchena añadió después (1).

---

(1) Archivo del ministerio de Relaciones Extranjeras, España, vol. 635, pieza 128. Debemos comunicación de estos papeles á nuestro amigo Morel-Fatio.



«Aviso al pueblo español (1).

»El tiempo llegó ya de ofrecer la verdad; en vano vuestro tirano quería sofocarla; el pays de la libertad, el pueblo soberano os ofrece un asilo en francia en el seno de los defensores de la humanidad representada en los derechos imprescriptibles del hombre, cuyas semillas fecundas producirán un día la felicidad de todas naciones, derrivando de los sumptuosos tronos la superstición y la tiranía para colocar sobre él la igualdad y la razón; puesto que la naturaleza no destinó el hombre á ser esclavo del hombre; la superstición y la ignorancia solo pudieron esclavizar los hombres; pero, ahora que la razon se manifiesta, guerra á los hipócritas y opresores.

»Quién creerá que una nacion como la vuestra, se imagina que los franceses se hacen entre ellos una guerra cruel? ah Españoles! pueblo belicoso y magnanimo, avrid los ojos y aprended á aborrecer los infames impostores que os engañan para esclavizaros; representando os los franceses como enemigos de Dios... siendo asi que han jurado á la faz de los cie- los fraternidad y tolerancia reciproca; pues aqui el judio socorre el christiano, el protestante socorre el catolico; los odios de religion son desconocidos, el hombre de bien es estimado, y el perverso despreciado. Si la religion de Jesus es el sistema de la paz y de la caridad universal, quienes son los verdaderos christianos? Creo son los que socorren á los hombres como buenos hermanos, y no los que los persiguen, y matan porque no adoptan sus ideas religiosas. Christo no vino armado para inculcar su religion, predicó su doctrina sin forzar los hombres á seguirla; y vuestra Inquisicion no cesa de avrir sus cavernas espantosas para llenarlas de aquellas (2).

(1) Va reproducido con la ortografía del original, corrigiendo sólo las erratas evidentes. El lenguaje es incorrectísimo, é indigno de Marchena, pero quizá escribió así de propósito, para hacer pasar esta proclama por obra de un francés.

(2) En la segunda proclama, este pasaje, aunque conforme en lo sustancial, está redactado de diverso modo: «¿Quiénes son los verdaderos cristianos? Nosotros que socorremos á todos los hombres, que los miramos como nuestros hermanos, ó vosotros, que perseguís, que prendéis, que matáis á todos los que no adoptan vuestras ideas?

»Vosotros os llamáis cristianos: por qué no seguís las máximas de

»Yo no he estado nunca en vuestra nacion: el nombre solo  
 »de Inquisicion me hace herizar los cabellos: pero los viajeros  
 »que le han corrido, y vuestros mejores libros que he leído me  
 »han hecho formar una idea cabal de vuestra nacion. Decidme  
 »si vuestra Inquisicion no ha perseguido siempre mortalmente  
 »á los hombres de talento desde Bartolomé de Carranza y fray  
 »Luis de Leon hasta Olavide y Bails? La Bastilla tan detesta-  
 »da y con tanta razon entre nosotros tiene algo de comparable  
 »con vuestro odioso y abominable tribunal?...

»La Bastilla era una prisi6n de estado, como otras mil de  
 »la misma especie, que el despotismo que sólo puede conser-  
 »varse por medios violentos mantiene en todas partes, pero  
 »ni los presos eran deshonorados, ni la opini6n pública infama-  
 »ba las familias, ni la infeliz víctima, se veía privada de todo  
 »consuelo; sus reclamaciones llegaban á los ministros, y los  
 »ministros pueden aplacarse; pero quién aplacó jamás á un  
 »inquisidor?

»Las otras naciones han adelantado á pasos de gigante en  
 »la carrera de las ciencias, y tu, patria de los Sénecas, de los  
 »Lucanos, de los Quintilianos, de los Columelas, de los Silios,  
 »donde está, ay! tu antigua gloria? El ingenio se preparaba á  
 »tomar el vuelo, y el tizon de la inquisicion ha quemado sus  
 »alas; un padre Gumilla, un Masdeu, un Fornér esto es lo que  
 »oponen los Españoles á nuestro sublime Rousseau, al divino  
 »pintor de la naturaleza nuestro gran Buffon, á nuestro pro-  
 »fundo historiador político el virtuoso Mably, al atrevido Ray-  
 »nal, á nuestro armonioso Delille y nuestro universal Vol-  
 »taire.

»No es ya tiempo de que la nacion sacuda el intolerable yugo  
 »de la opresion del pensamiento? no es tiempo de que el gobier-  
 »no suprima un tribunal de tinieblas que, deshonra hasta el des-  
 »potismo (*sic*)?... ¿A qué fin hacer de los hombres unos seres  
 »autómatos? Tanto vale mandar á hombres máquinas como  
 »dar cuerda á relojes? El sistema actual del gobierno parece  
 »ser el de aligerar el peso que carga sobre los hombros de los  
 »Españoles, pero el primer paso de toda mejora es destruir la  
 »inquisicion por sus fundamentos. No calumniemos al pueblo;

---

»vuestro legislador? Jesús no vino armado de poder á inculcar su religion  
 »con la fuerza de la espada; predicó su doctrina, sin forzar á los hombres  
 »á seguirla. Defensores de la causa del cielo, quién os ha encargado de sus  
 »venganzas? El Omnipotente necesita valerse de vuestra flaca mano para  
 »extirpar sus enemigos? No pudiera fulminar el rayo contra los que le ofen-  
 »den y aniquilarlos de un soplo?

» los perversos pueden engañarle, pero quando se le presenta  
» el bien lo abraza con ansia, y besa con entusiasmo la mano  
» de donde le viene. Yo he consultado á muchos Españoles que  
» viajan por mi patria, todos anhelan ver la inquisicion por tie-  
» rra, pero algunos me han insinuado que hai hombres de mala  
» fe, que fingen creer que la nacion engañada podria oponerse  
» á esta medida. Oposición del pueblo en España; donde el mo-  
» narca es todo-poderoso, donde las luces no obstante todas las  
» precauciones se han difundido harto más de lo que se piensa!  
» Ah! tiemblen mas antes los tiranos de que el pueblo oprimido  
» en todos los puntos de contado no estalle con una esplosion  
» tan terrible, que destruya todos los hipócritas y todos los  
» opresores...

» Igualdad, humanidad, fraternidad, tolerancia, Españoles,  
» este es en cuatro palabras el sistema de los filósofos que al-  
» gunos perversos os hacen mirar como unos mónstruos...

» Un solo medio os queda, Españoles, para destruir el des-  
» potismo religioso; *este es la convocacion de vuestras cortes*. No  
» perdais un momento, sea *Cortes, Cortes*, el clamor universal...

» Españoles, el *deficit* de vuestro erario aumenta á medida  
» que crecen vuestras imposiciones; vuestro pais que la natura-  
» leza dotó de todo, carece de todo, porque una constitucion *ta-*  
» *bífica (sic)*, y un gobierno famélico devoran vuestra mas pura  
» substancia. Campos de Villalar sepultasteis á caso con los ge-  
» nerosos Heroes defensores de la libertad la energía, y el patrio-  
» tismo de la Hesperia?... Manes de Padilla, y tú grande alma  
» de D.<sup>a</sup> María Coronel (*sic*) que lloras en la tumba la cobardía  
» de tus descendientes, inspira á los Españoles aquel valor con  
» que defendiste en las murallas de Toledo las últimas reliquias  
» de la moribunda libertad. Clero, nobleza, clases privilegia-  
» das, qué sois vosotras en un gobierno despótico? Las prime-  
» ras esclavas del Sultán. El despotismo es el verdadero nive-  
» lador: queréis ver la imagen de este gobierno? Tarquino cor-  
» tando los cogollos de las adormideras.

» La ignorancia mas crasa de los principios fundamentales  
» de la formacion de nuestras Cortes es la que puede hacer te-  
» mer á la nobleza la destruccion de las distinciones, al clero de  
» sus privilegios no abusivos, y á la corona de sus justas prero-  
» gativas. En vano los ignorantes ó los mal intencionados os  
» asustan con el ejemplo de la Francia; los estados generales de  
» esta nacion no tenian reglas fixas ni límites invariables, y  
» vuestras Cortes los tienen, y bien señalados. La Francia ne-  
» cesitaba de una regeneracion; la España no necesita mas que  
» de una renovacion. Esta verdad solo pueden contestarla los  
» charlatanes de política que no saben que las Cortes de Aragon

»y de Cataluña eran el mejor modelo de un gobierno justamente contrapesado. Si mis ocupaciones me lo permiten; si el pueblo español clama por las Cortes, yo escribiré, refugiado á un pueblo libre, que eran estas Cortes.

»Los franceses han hecho su Constitucion con el fin de ser felices, y no con el de hacer infelices á los demas hombres; por consiguiente no quieren conquistar á nadie, no quieren apoderarse de ninguna propiedad, pero lo que quieren es destruir los tiranos, que no trabajando, aspiran á hacer uso y disponer de las propiedades y del trabajo de los pobres á su fantasía, invirtiendo ese trabajo en sus infames placeres, y en forjar hierros para aprisionar á los hombres, á quienes para engañarlos los llaman *queridos hijos y vasallos*.

»Paz, y guerra llevarán consigo los Franceses; Paz á los hombres, y Guerra á los tiranos Reyes.

»Si algun daño ocasionasen las tropas, la Francia jura y afianza pagarlo como lo ha hecho en Courtray y Alemania (1).»

---

(1) Impreso s. l. n. d. de 2 ff. in 4.º (E. 8. p. 634, pièce n.º 164.)

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

## LA EVOLUCIÓN DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN ESPAÑA

---

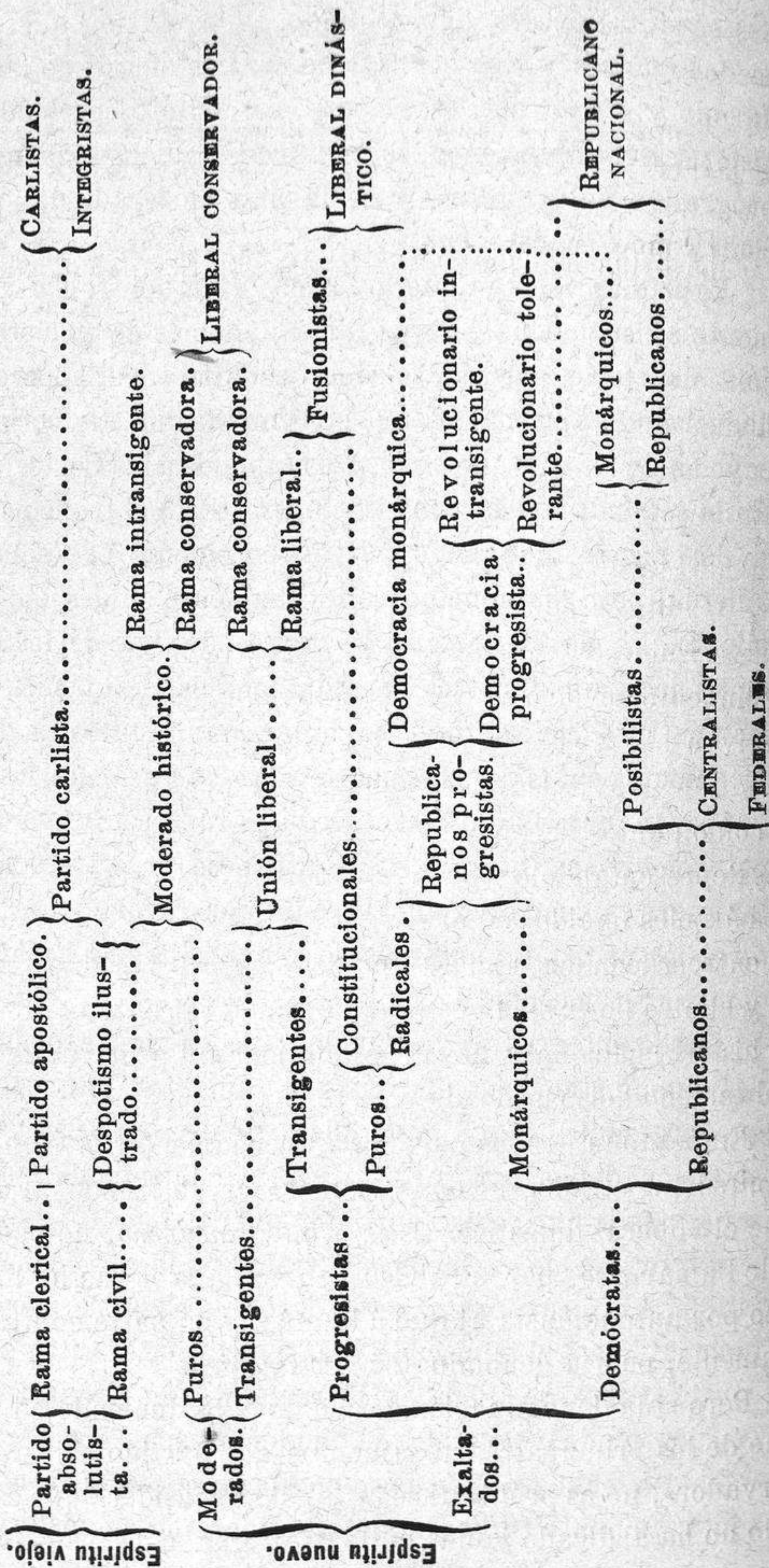
**E**l cuadro sinóptico de la «evolución de los partidos políticos en España» (véase la página siguiente), demuestra en su estructura, sin recurrir á ningún procedimiento artificioso, que todos los partidos políticos actuales derivan históricamente de dos tendencias, que tienen como punto de gravitación los dos partidos que turnan en el poder y como puntos de oscilación, partidos extremos de una y otra.

Representándolo de otra manera, nos podemos imaginar dos árboles nacidos en el mismo huerto, y tan próximos, que se entrecrucen sus ramas. Uno de los árboles es de tronco viejo y el otro de tronco joven: aquél tiene raíces muy hondas en la historia nacional y las de éste apenas si penetran más allá del terreno del pasado siglo.

Empezando por los partidos gubernamentales, bien puede decirse que el «liberal conservador» es de tronco *arcáico*, y que el «liberal dinástico» es de tronco *moderno*, no pudiéndosele llamar *neo*, por el abuso denominativo que ha llamado neo por antonomasia al que á lo más, y en parte contradictoriamente, podría denominarse *neo-arcáico*.

Pero si la denominación es acomodada, teniendo en cuenta uno de los principales fundamentos del partido «liberal conservador», no es propia ni es justa, si se considera que ese partido no ha abdicado jamás ni de su origen ni de sus conviccio-

EVOLUCIÓN DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN ESPAÑA



nes constitucionales, demostrando su evolución que procede de dos troncos y que por repetidas anastómosis de las ramas de uno y otro árbol, representa, en distintos períodos de su historia evolutiva, injertos recíprocos de la tendencia más progresiva del *arcaísmo* y de la más moderada del constitucionalismo ó *modernismo*.

El primer vástago que lo forma, nace del tronco genuinamente constitucional, cuyas raíces, además de en ciertas parcelas del terreno patrio, pueden buscarse en el acarreo de influencias ultrapirenaicas que ocasiona la dinastía borbónica, y cuyo nacimiento y elevación corresponde á las Cortes de 1812. En la segunda época constitucional (1820) el tronco se divide en dos ramas, inclinándose divergentemente á derecha y á izquierda, pero manteniéndose íntimamente unidas en su nacimiento. La de la derecha es representativa de los antiguos diputados y ex ministros constitucionales, en quienes la reacción de 1814 y el sentimiento de las manifestaciones de la opinión neutra del país, produjeron una *moderación* de los primitivos arranques. La de la izquierda es representativa de los diputados nuevos, que sin ese contrapeso de la tradición y con la sangre caldeada por anhelos é influjos revolucionarios, *exaltaron* los principios aún más de lo que lo habían hecho los más entusiastas doceañistas.

Desde entonces la mecánica política puede definirse con dos manifestaciones extremas y radicales. La reaccionaria que pretendía lo que pretendió y realizó en 1814 y en 1823: abolición de las reformas y restablecimiento de las cosas al ser y estado que tenían en 1808, «como si no hubiesen pasado y se quitasen de en medio del tiempo»; la revolucionaria, no tan intransigente, pero firme desde la segunda época constitucional hasta el ministerio Calatrava, que plantea el período constituyente de 1836, en la restauración doceañista. Entre las dos tendencias surge el moderantismo, que por su nacimiento é inclinación tenía que enlazarse con el tronco viejo y sentir en las distintas manifestaciones de su historia las in-

fluencias de una y otra savia, según el modo de equilibrio político lo iba determinando.

El segundo vástago que forma las primeras anastómosis políticas del partido liberal conservador, nace mucho más tarde que el primero, y lo producen las lentas pero sucesivas atenuaciones del absolutismo terrorista en la segunda época, apareciendo los primeros brotes en 1832, en la interinidad de doña Cristina. Fracciónase el árbol viejo, como el árbol nuevo, en dos ramas: una, la izquierda, predominantemente clerical, y otra, la derecha, predominantemente civil. La rama derecha, es decir, el despotismo ilustrado de Zea Bermúdez, empezó á enlazarse con la rama derecha del otro árbol, representada por el moderantismo, y no á otra cosa que á un enlace de esta índole se debe atribuir la tibieza constitucional de Martínez de la Rosa y el sistema semiautoritario y semiliberal del conde de Toreno.

En este punto, el modo representativo de que nos valemos para precisar las manifestaciones evolutivas de los partidos políticos en España, nos autoriza á suponer, sin que incurramos en exageración ni apartarnos de la realidad de las cosas, que lo que ocurre es un enlace de dos ramas circulatorias que se juntan para empezar á constituir un sistema. Cada rama conduce la savia política del *espíritu viejo* y del *espíritu nuevo*. Al principio esas dos ramas no tienen ningún contacto y representan una circulación independiente, tan independiente que se diría, al conocer la distinta composición del contenido, que las aproximaciones, los enlaces y las mezclas eran radicalmente imposibles, porque el contenido era por naturaleza refractario. Después la relación se establece, y una parte del contenido se modifica, por influjo de esta misma relación, y la otra mantiene su cualidad nativa, aunque sucesivamente modificada.

El primer enlace de los dos troncos originarios de los partidos políticos españoles, es obra del poder moderador, que, cuando acierta á ejercer la función que en la fisiología polí-



tica le incumbe, se convierte en centro de un sistema. En el reinado de Fernando VII, el poder moderador no existe y aun en los períodos constitucionales representa ó una voluntad pasiva ó una voluntad directa ó indirectamente rebelada contra el régimen que pretende sacudir. Las primeras manifestaciones de ese poder, corresponden á la interinidad de doña Cristina. Entonces la atenuación del absolutismo terrorista, que sucesivamente había conseguido formar la rama de los tolerantes y templados, determina en el árbol joven un fenómeno concurrente, con iguales tolerancias y templanzas, aunque de derivación opuesta, y en aquel momento el equilibrio imaginario que pretendió establecer Zea Bermúdez, no haciendo concesiones ni á liberales ni á absolutistas, se rompe, inclinándose la balanza á donde la conciencia y el interés del poder moderador, porque el absolutismo se mostraba en rebeldía y en parcialidad, manteniendo un principio exclusivo de sucesión, y el liberalismo se agrupaba resueltamente en torno de una cuna con el principio de la sucesión de las hembras.

A partir de este hecho, la circulación política se fortalece y se agranda. De un lado el árbol viejo, aunque concentra todo su vigor en desenvolver el espíritu tradicional, proporciona una pequeña ramificación á la legalidad constituida, y de otro toda la corriente liberal acude reanimada al facilitarle la incorporación con esperanzas restauradoras de los no extinguidos anhelos constitucionales. El poder real, antes aislado en su propia intransigencia y en la intransigencia aun más exigente de sus mantenedores absolutos, restablece la circulación interrumpida con una gran parte de las aspiraciones del país. El círculo circulatorio vuelve á enlazarse, pero la circulación no se puede considerar normalizada. Consiste en que la mayor parte de ese círculo la representa la corriente constitucional, que comprende desde los más moderados á los más exaltados, mientras que la otra parte es representativa de una pequeña derivación del antiguo régimen. Tal vez por esto la tensión política se exagera crecientemente en sentido liberal, provo-

cando desde 1833 á 1836 un poderoso avance en sentido restaurador doceañista. Tal vez por esto, también, la tendencia moderada se exagera en sentido compensador, para favorecer la reducida arteria de lo tradicional, sentido compensador que se manifiesta lo mismo reaccionaria que liberalmente, según las circunstancias, como lo demuestran, entre otros ejemplos, la coalición con los progresistas en 1843, la dictadura de 1848 y la reacción imperante de 1866.

Omitiendo, como no puede menos de omitirse en un estudio sintético, la enumeración de las pequeñas causas que intervienen en los grandes efectos de la política, se reconocerá que el partido moderado, producto de tendencias atenuadas del tradicionalismo y del constitucionalismo, tenía que manifestarse históricamente en ese estado incierto de compensación, hasta que encontrara su estabilidad, como definitivamente la encuentra.

Dentro de ese partido existían, con cohesión suficiente para ligarse y con potencialidad para desunirse, las dos tendencias que lo formaban. Una de esas tendencias representaba el moderantismo *puro* y otra el moderantismo *transigente*. Aquélla constituía afinidad con la derivación del despotismo ilustrado y sentía inclinaciones á la ilusoria estabilidad política de Zea Bermúdez. Esta constituía parentesco con la serie constitucional, de que era la personificación más atenuada. Por eso la primera, con su grupo afine, constituye el partido *moderado histórico*, y la segunda, á quien cuadraba el nombre de partido *monárquico-constitucional*, que ostentó el partido moderado desde 1837 hasta la coalición de 1844, vino á constituir la *unión liberal*, formada con el grupo *transigente* del moderantismo y con el grupo *transigente* del progresismo.

La unión liberal fué sin duda alguna una manifestación compensadora de las dos tendencias que se disputaban el poder, que habían nacido juntas, que se habían separado y que se habían vuelto á unir y á desunir. Al compensarse se desprendían de su ligación y dejaban libres los productos ad-

heridos. Esos productos conservaban la pureza, vigor y unitarismo de las propensiones iniciales. Se distanciaban con su original intransigencia, situándose de modo que produjeran la oscilación que había de romper el equilibrio existente. Por eso la unión liberal, aunque vivió mucho para lo que entonces se vivía, duró lo que todas las compensaciones parciales. De aquí que en la mecánica política se produjera por la acción revolucionaria, vencida en sus intentos, la reacción de 1866, y por esta reacción la revolución triunfante de 1868, que aunque realizada á expensas y por iniciativa de los partidos más extremos del árbol joven, fué apoyada por los elementos más afines desprendidos de la unión liberal.

El proceso de esa revolución involucra toda la genealogía de los partidos *exaltados*. La representación más auténtica y perdurable de esos partidos se halla en el partido *progresista*, que, por no dejar ni su nombre ni su tendencia, es hoy tan radical, tan intransigente y tan revolucionario como lo fué en sus principios, y tan enamorado de su nombre y representación, que aun entre los republicanos y demócratas quiere figurar en las avanzadas, resistiéndose á los acomodamientos con la legalidad constitucional á que directa ó indirectamente se han sometido otros partidos extremos de la misma significación. Revolucionariamente es el partido más histórico, y este carácter lo coloca en orden paralelo con el partido moderado intransigente; y tal vez en una fase política igual á la de la restauración, aunque restaurando otras cosas, se colocara en el mismo aislamiento en que aquel partido dejó de ser, manteniendo la tenacidad de su programa y la terquedad de los caracteres que lo representasen. En cuanto á caracteres, la política no ofrece figuras de mayor integridad é intransigencia en los principios y en los procedimientos, que D. Claudio Moyano y D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Constituye el partido progresista el vástago más directo del árbol joven. Su temperamento desde que nació fué caracterizadamente revolucionario, y al serlo, en el sentido de ape-

lar á las soluciones de fuerza, no se distinguía de los demás partidos españoles, que rara vez, y con exclusión de las intrigas palaciegas, lograron su ensalzamiento por otros procedimientos que por aquellos que, sin ofensa particular y sin injusticia general, pueden llamarse nacionales. Lo que lo distingue es su inquietud y sus exaltaciones que no se moderaron ni con el disfrute del poder, haciéndolo incurrir en contradicciones y candideces como la coalición de 1844, y dando lugar á lo transitorio de las situaciones que creara y á sus largos períodos de oposición y de protesta. Desde 1833 hasta 1868 gobierna muy pocas veces y efímera y transitoriamente, y su creación política, la dinastía de Saboya, no pudo ser más deleznable. En la mecánica política casi nunca ha representado la cohesión, resistiéndose tenazmente á las conciliaciones, tan necesarias á los pueblos que con mucho influjo tradicional quieren vida nueva. Por eso ó con su actitud determina las reacciones ó queda aislado cuando se producen las formas de compensación á que obligaba el equilibrio político. Fué en la mayor parte de su historia un partido de oscilación, es decir, un partido extremo, y cuando el exceso reaccionario resta fuerzas políticas á la legalidad, se convierte en eje de una acción poderosa; pero como la potencialidad nacía de muchas fuerzas sumadas, cumplida la acción, tales fuerzas se disgregaron, y la legalidad constituida no pudo resistir la violencia de otras oscilaciones que de uno ú otro modo se impusieron, para que á su vez las anulase la última compensación política que cierra el período efervescente de los partidos que luchaban entre sí desde 1814.

La primera segmentación del partido progresista ocurre al formarse la unión liberal, resultado de la inteligencia de los elementos transigentes del moderantismo y del progresismo, y esa segmentación se convierte en alianza al disolverse la unión liberal y al concurrir parte de sus elementos á la acción revolucionaria de 1868. Entonces ese grupo transigente, iniciado, ya en los temperamentos conservadores del poder, se convierte en núcleo de una de las dos ramas progresistas y

constituye, con los elementos más afines, el partido *constitucional*, á la vez que los progresistas más genuinos, en intimidad con los demócratas monárquicos, constituyen el partido *radical*. Aquél representa el elemento conservador entre los elementos revolucionarios y éste la izquierda de la monarquía democrática, manifestándose en las mismas direcciones cuando la república sucede á la monarquía, y cuando la monarquía restaurada se convierte en legalidad constitucional. En tal momento, el elemento conservador revolucionario constituye el partido *liberal* de la restauración, y los radicales, sin volver la vista atrás y á partir de su última evolución, que los desenlazaba históricamente de la monarquía, constituyen el partido *republicano progresista*, manteniendo con tenacidad la misma actitud de protesta é igual temperamento revolucionario que en su historia distingue á esta rama siempre reverdecida del árbol joven.

La rama democrática, producto de la exaltación de la savia del progresismo, aparece con todo su carácter, es decir, desprendida de la forma monárquica, en la primera legislatura de las Cortes de la regencia de Espartero, aliándose para los efectos revolucionarios con el partido progresista en 1866, y destacándose de este partido, no solamente por la acentuación de sus soluciones, sino por la defensa del principio federal en que los republicanos estuvieron conformes, hasta que el poder los desunió y la caída los diferenció en las agrupaciones en que hoy aparecen.

Diferéncianse más que por los principios por los procedimientos. Unos aceptan el procedimiento *evolutivo* y otros el *revolucionario*, y otros condicional y circunstancialmente una ú otra cosa. En cuanto á principios, lo más categórico es el mantenimiento del principio federal por el partido de este nombre. Fuera de esto, y aparte las rivalidades de jefatura, todos los partidos republicanos se pueden considerar como uno y los consideraremos así en el análisis que vamos á exponer.

\*  
\* \*

Si con los datos precedentes nos propusiéramos reducir á una ley biológica la evolución de los partidos españoles, observaríamos: 1.º, que la formación de tales partidos obedece á dos distintos elementos, el *arcáico* ó tradicional, y el *nuevo* ó revolucionario; 2.º, que el elemento arcáico se caracteriza por su permanencia y por su mínima diferenciación; 3.º, que el elemento nuevo se distingue por su diferenciación inmediata en dos tendencias, y por la subdivisión de estas tendencias en otras, siempre subdivididas en rama derecha ó transigente, y rama izquierda ó intransigente; 4.º, que el proceso diferencial en su rama derecha toma una dirección ascendente desde los partidos más exaltados, que corresponde á la misma dirección descendente de los partidos moderados, para anastomosarse y constituir partidos compensadores; 5.º, que el proceso diferencial en la rama izquierda es siempre constante en producir desviaciones extremas de esa compensación.

En el presente momento evolutivo de la política española, podríamos decir que existen dos partidos compensadores: el LIBERAL CONSERVADOR y el LIBERAL DINÁSTICO; y dos partidos de oscilación: el CARLISTA y el REPUBLICANO, considerando todos los partidos republicanos refundidos en uno.

Cada uno de los partidos compensadores es resultado de una compensación histórica afianzada en el desenvolvimiento y en la atenuación constante de una tendencia.

La tendencia primitiva del partido LIBERAL CONSERVADOR, constituye una *moderación* del constitucionalismo doceañista. La moderación ofrece originariamente dos tendencias: una acentuada é intransigente que enlaza á los moderados puros con la rama derecha de los absolutistas; y otra templada que permite la relación con la rama templada del partido progresista, brazo del mismo tronco. Ambos enlaces explican los fenómenos de reacción y los fenómenos de compensación en que este partido interviene. Los fenómenos de compensación—aparte algunos que por su accidentalidad no deben mencionarse—son dos: el primero lo representa la *unión liberal*, re-

sultado del enlace del moderantismo y del progresismo transigente; el segundo lo constituye el partido LIBERAL CONSERVADOR, producto de los elementos conservadores del elemento arcáico y de los elementos conservadores del elemento nuevo ó revolucionario. Al verificarse esta compensación, la rama izquierda, es decir, el moderantismo histórico, queda desprendida y no pudiendo representar una tendencia extrema, que es lo que da vigor á esas diferenciaciones, se atrofia y no deja más que el vestigio histórico de su existencia.

El partido LIBERAL DINÁSTICO es originariamente exaltado, con la exaltación atenuada que corresponde á la rama derecha del progresismo. Tiene un doble abolengo progresista: el de los elementos transigentes que después de contribuir á la compensación política de la unión liberal volvieron á ser elementos revolucionarios, y el de los elementos puros que vinieron á constituir el partido conservador de la revolución de Septiembre. Constituyendo de por sí un elemento de compensación, forma con los centralistas parlamentarios, que fueron un desprendimiento del partido conservador que buscaba su afinidad política, el partido *fusionista*, con cuya compensación entra en el ejercicio del poder. Iníciase en su seno una diferenciación hacia la izquierda, representativa de la tendencia democrática, con el nombre de *izquierda dinástica*, determinante de otro movimiento compensador que agranda el partido con las personalidades y las soluciones de los progresistas y demócratas monárquicos, poco antes inclinados á la república, y después con los republicanos posibilistas, afines al partido liberal desde que se inició la incorporación democrática en el período de la regencia.

Representando el partido «liberal conservador» todas las fases evolutivas del elemento arcáico de los partidos españoles, y representando el partido «liberal dinástico» todas las fases evolutivas del elemento nuevo y enlazándose las soluciones de los dos partidos en una legalidad constitucional que ambos admiten, el cumplimiento de esa inteligencia constitu-

ye la única compensación total que puede citarse en la historia evolutiva de la política constitucional en España.

En el punto en que esa inteligencia se establece debe señalarse la última anastómosis de la circulación política tal como la van enlazando los cruces sucesivos del árbol viejo y del árbol joven. El círculo grande de esa circulación lo representa, como no podía menos de ser, el elemento tradicional, no en lo que concierne únicamente á las tendencias políticas de ese elemento derivadas, sino porque lo tradicional es lo más orgánicamente constituido de cada país y porque abraza, en cierto modo, la opinión neutra. El círculo pequeño lo representa el elemento nuevo, y de aquí la resultante de la oxigenación democrática de los partidos moderados. De ese modo lo tradicional permanece sin constituir un círculo vicioso y recibiendo á toda hora la impresión y el influjo vivificante del medio ambiente que lo incorpora al movimiento de la vida. De ese modo lo nuevo no es, como lo pretendieron los incurables idealismos, una atracción sino un influjo que crea sobre lo ya creado, porque biológicamente improvisar ó es fantasear ó sería retrogradar, porque para crear en la vida una cosa nueva sería indispensable volver á los comienzos, y la vida empieza por los primeros grumos de protoplasma de donde en lentísima evolución salen los seres diferenciados. Por lo mismo el árbol viejo y el árbol joven de los partidos españoles, no son árboles de diferentes familias, y á poco que se busque su relación de procedencia se les encontrará tan íntimamente emparentados, que en sus gérmenes, en su contextura, en su diferenciación y en todo demostrarán una incuestionable semejanza. Y esa semejanza, si no estuviera en las leyes de la misma evolución, lo estaría en que todos los partidos, los más extremos y los compensados, derivan de un mismo fondo de carácter, que es el de nuestro carácter nacional, que conserva en unas manifestaciones su fase arcáica, en otras moderniza su expresión exageradamente y en otras concilia los rasgos fisiognómicos de lo antiguo y de lo nuevo. En tal sentido pudieran representar-



se los partidos españoles con tres caras: uno con la fisonomía arcáica caracterizada, otro con la fisonomía moderna de igual y equivalente caracterización y los intermedios con una fisonomía semejante á la que se pudiera formar por el procedimiento galtoniano, es decir, de fotografías superpuestas, resultando que no sería igual ni á la arcáica ni á la moderna, y sin embargo, tendría reunidos íntimamente los rasgos de las dos.

Seguramente todo el proceso de fusión de las ramas transigentes de los partidos españoles de uno y otro tronco, se podría llamar, dentro de su fisiognomismo, nuestra *galtonización política*. En ella, sin contar los partidos extremos que en sus semblantes ofrecen exageradamente la expresión de su modo de ser, aparece el moderantismo histórico—no obstante su superposición con elementos del tronco constitucional—con la dureza de rasgos del despotismo, por mucho que se reilustrara la ilustración de Zea Bermúdez; el progresismo, no obstante su primer apartamiento de la democracia, ofrece equivalentemente y en sentido contrario un relieve de líneas que lo asemeja á los exaltados del año 1814 mucho más que á los ministeriales de 1836 ó de 1854, y á los coalicionistas de 1844; la unión liberal es la primera «galtonización política» en que se acierta á superponer los rasgos medios del moderantismo y del progresismo, pero sobre no casar los rasgos más salientes de una y otra fisonomía, le faltaba la superposición democrática, ya entonces vigorosa; en los partidos ministeriales de la revolución de Septiembre la parcialidad de rasgos es un hecho notorio, señalándose nada más que la galtonización de los progresistas radicales con los demócratas; en cambio la «galtonización» de la rama conservadora del moderantismo histórico con la conservadora de la unión liberal, para constituir el partido LIBERAL CONSERVADOR, y la «galtonización» primero de los constitucionales con la rama liberal de los unionistas constituyendo el fusionismo, y luego la de éste con la democracia monárquica, y luego la de todos juntos con

el posibilismo para constituir el partido LIBERAL DINÁSTICO, y en fin, la «galtonización» de estos dos partidos turnantes en el período de la restauración y en el de la regencia, de modo que se podría suponer que el primero de esos dos partidos tenía la fisonomía liberal debajo y la conservadora encima, y el segundo al revés, implica una «galtonización» política completa y una «galtonización» histórica. Todas las fisonomías políticas de nuestra historia constitucional están fusionadas en uno y otro partido, y doblemente en su definitiva coincidencia. El proceso es completo, y lo es más inmediatamente si se comparan las fisonomías de los dos partidos extremos actuales con la inmediata á cada uno de los dos partidos compensadores que ejercen el poder, lo que comprueba el primer símil de la fisonomía arcáica, la moderna, y la «galtonización» de esas dos fisonomías.

En tal caso, ¿qué influjo ejercen los dos partidos extremos en la circulación política? ¿Se relacionan con la circulación general? Evidentemente. Su relación es directa en cuanto los principios esenciales se hallan incorporados á esa circulación. Su relación es indirecta en cuanto la mayor condensación de esos principios, representada en las aspiraciones de esos partidos, puede servir de estímulo en determinadas circunstancias, y de igual modo sirven de contentivo á estímulos opuestos. Por ejemplo: si el partido arcáico estimula las propensiones de esa tendencia, incorporadas, diluidas y equilibradas en el partido conservador, se verificará una estimulación compensadora en el otro partido extremo que contendrá la tentativa, é igual fenómeno se manifestaría, caso de que la tendencia extrema moderna influyera en las propensiones equivalentes de los partidos liberales. Así resulta que esos partidos, no solamente se enlazan con la circulación política total, sino que indirectamente intervienen en la compensación que representan.

Eso aparte, los partidos extremos tienden á establecer una circulación colateral que adventiciamente los une, prestándose

apoyo recíproco, ya para ejercer una estimulación ó ya para destruir la compensación de los partidos gobernantes.

Por lo demás, las tendencias de cada uno de esos dos partidos no son tendencias enteramente libres, ni mantienen el vigor de sus primeras y más intolerantes manifestaciones, superándose, como no puede menos, al equilibrio político en que todos los partidos viven, conservando su peculiar potencialidad para desarrollarla en el caso en que ese equilibrio corra el riesgo de romperse.

En la hipótesis de que esto último pudiera suceder, por influjos y acontecimientos á que la previsión no alcanza, sin don de profecía, cualquier observador de los hechos de nuestra evolución política puede vaticinar á grandes rasgos las oscilaciones que necesariamente habrían de determinarse.

El mismo modo de equilibrio actual se manifestaría en el desequilibrio, con la única diferencia de descomponerse la fuerza compensadora para fortalecer y estimular las fuerzas de oscilación.

Esa fuerza compensadora, por su misma composición política, que es derivada de la evolución constitucional ó incorporada á ella, se inclinaría á las soluciones progresivas, aportándoles el mismo elemento de compensación que pudiera dar estabilidad y fundamento al cambio, fenómeno político que hace que en este género de mutaciones, la nueva forma de gobierno, aunque parezca diferente, es en lo verdaderamente fundamental exacta á la anterior.

Esto ocurrió, y ocurre en parte, en la república francesa, y eso que allí, por estar la evolución política mucho más adelantada, no se corría el riesgo de que á los fenómenos excesivamente revolucionarios pudieran responder otros fenómenos excesivamente reaccionarios, como aquí ocurriría. A la república, como solución extrema, respondería entre nosotros la solución extrema del carlismo, potente aún para manifestarse en tales condiciones como un poder enfrente á otro poder que renovara en la discordia una de tantas fases constituyentes

como han ensangrentado nuestro suelo, y que produciría, más ó menos tarde, un fenómeno de compensación, intermedio de una y otra fuerza, si la compensación no se verificara previamente y como contentivo, en una forma, que para poderla definir dentro del símil circulatorio antes expuesto, consistiría en mantener el grande y el pequeño círculo circulatorio, variando el corazón únicamente.

Esta ventaja, que por tal puede reputarse, demuestra que la incorporación política es casi total, que el vehículo político está casi enteramente saturado, no pudiéndole aumentar el partido extremo á que en sus soluciones tendería la evolución, otros principios que aquellos que respectan á la esencialidad ó accidentalidad de la forma de gobierno, considerándose otras soluciones que figuran en su programa, como acrecentamientos ó preponderancias de lo ya constituido.

Así los partidos, desde los que parecen más extremos á los que parecen más conservadores, presentan una sorprendente uniformidad que los relaciona. Todos pueden reducirse á dos series: la absolutista y la liberal. En la primera el *integrismo* prefiere el color francamente religioso al francamente político dentro de la tradición á que responde. Parece una modernización, ó una atenuación, que lo mismo da, del antiguo *apostolismo*. El *carlismo*, sin abdicar de la legendaria trinidad política de su lema, también lleva en sí los gérmenes de la modernización y se puede suponer que evoluciona, demostrándolo sus insinuaciones de reconstitución de una política histórica nacional, cuyos elementos no son desdeñados ni por los que cultivan positivamente este género de investigaciones, ni por los que coinciden en parecida tendencia dentro de otras formas políticas. En la serie liberal á los partidos monárquicos, con relación al conjunto de los republicanos, casi pudiera aplicárseles, quitando, naturalmente, el apelativo denominador, y superponiendo lo restante de los respectivos programas, aquello de dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí. Se prueba con una demostración bien sencilla, y es que son mu-

chas más las cosas esenciales en que coinciden, que las en que no coinciden, y que son casi los mismos para los unos que para los otros los obstáculos en que tropiezan ó los respetos y consideraciones que los detienen.

Esa uniformidad equivale á un proporcionado coeficiente de anulación, porque lo que coincide no discrepa y lo que no discrepa no lucha, y como sin lucha no hay vida, y los partidos tienen que representar aspiraciones del país, que discreparán seguramente de otras aspiraciones, y no pudiendo traducirse en las mismas fórmulas que han motivado las enconadas y lentas luchas de este siglo, porque no se puede pedir lo que ya está logrado y no significando esto más que una condición indispensable para desenvolver progresivamente los elementos de la genuina constitución nacional, ultimada la *fase política constitutiva*, quedan los partidos como deposeídos del ambiente en que vivieran y necesitados de un ambiente nuevo que los vivifique, los restaure y les dé personalidad, y de aquí la idea latente en el pensamiento general, y apenas ó tímidamente enunciada, de que se inicia un movimiento que se puede llamar de disolución de los partidos, no significando esa disolución otra cosa que un nuevo avance en la evolución.

¿En qué se funda detalladamente esa idea? ¿De qué síntomas, de qué manifestaciones deriva? ¿Cuáles son los alegatos positivos que la mantienen?

Cuestiones son estas que no pueden tratarse de pasada, y que, de abordarse, implicarán un estudio detallado de las causas, indicios y alcances de esa presumida transformación.

RAFAEL SALILLAS.

## CRONICA INTERNACIONAL

---

Estado de la guerra en Cuba. — Ilustre muerto en Paris. — El impuesto francés sobre las utilidades. — Los Consejos generales y el Senado ante tal impuesto. — La república y el partido radical. — Imposible reaparición del período revolucionario europeo. — El ministerio Bourgeois y el ministerio Méline. — Movimiento antisemita de Austria. — Italia y Abisinia. — Bulgaria y Rusia. — Muerte violenta del Shah en Persia. — Conclusión.

### I

**L**A crisis de Francia, la guerra de Italia en Africa, la guerra en Cuba de nuestra España, el descenso en influencia y poder que acusa el estado interior de Alemania, las divisiones múltiples cada día más recrucecidas dentro del imperio austriaco, los viajes del príncipe Fernando de Bulgaria, la próxima coronación del Czar, la muerte del Shah: he ahí todo cuanto embarga, y no es poco, la general atención del mundo culto y de los entendimientos enpeñados en el estudio y observación de las cuestiones políticas. Aunque las ingerencias, más ó menos claras, más ó menos conocidas, de los Estados Unidos en las esferas, vedadas para ellos, de nuestros asuntos privativos, hayan empeorado un poco el aspecto diplomático de la cuestión cubana, según el concepto general; ese continuo fuego y continua persecución

á las partidas que no pueden reposar un punto; esa presentación de rebeldes acogándose á indultos otorgados por nosotros con verdadera magnanimidad; el fenómeno raro de que Máximo Gómez no resuelle y parezca muerto; la temeridad increíble del cabecilla Maceo, dejándose de operaciones, allí donde impera como dueño, en la parte negra del territorio, en la banda oriental, y viniéndose á Occidente, á la Vuelta de Abajo, como el ratón á la ratonera, donde tala é incendia sacudido por los espasmos de la desesperación; el convencimiento cada día mayor de que no pueden los ciegos separatistas con la firmeza española; y el próximo decreto de un sistema democrático que lleve á las Antillas el gobierno de sí bajo la bandera nacional; todos estos hechos juntos persuaden á la creencia de que tal problema concluirá por resolverse pronto en bien de nuestra integridad territorial intangible, y de las libertades cubanas, ya muy amplias, puestas en disposición de extenderse cada día más y arraigarse allí en el suelo de nuestra grande Antilla, como está la democracia también arraigada en el suelo de nuestra Península. La opinión se halla un tanto dividida sobre si debe acelerarse la paz por tratos propios á todas las guerras civiles; ó si debe sólo concluirse por un golpe á los insurrectos para que no vuelvan á levantar cabeza; pero en lo que no cabe y no existe división alguna es en la confianza general de que Cuba estará por España siempre, y sus instituciones progresivas habrán de darle paz y trabajo, que sirvan para prosperar en ella el imperio español y para servir al comercio internacional y á los humanos progresos.

## II

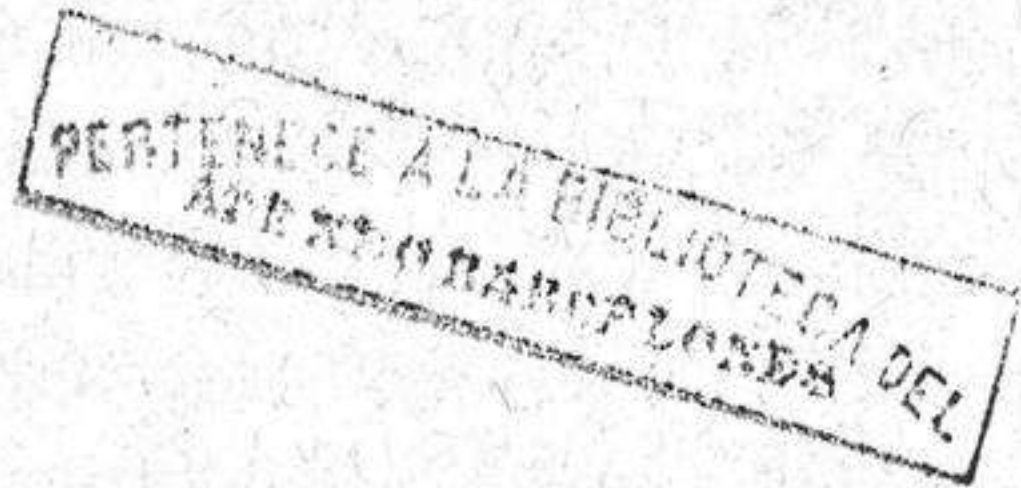
Descuidamos el tiempo que fluye y el hecho que pasa, pareciéndonos vulgares, por verlos con nuestra vista, y tocarlos

con nuestras manos, y recibirlos sobre la pequeñez de nuestras personas pasajeras y mortales. Unicamente allá en los lejos y perspectivas de la edad pasada ó en los misterios y celajes de la edad por venir toman los hechos visos de verdadera poesía y los narradores suyos aires de verdaderos épicos. Pero la guerra franco-prusiana, la caída del imperio napoleónico, el sitio de París, la comunidad revolucionaria, los esfuerzos para el rescate pagado á Prusia, la gigante lucha por constituir una República liberal y conservadora, el combate á brazo partido con las utopías y las legiones comunistas bien presentan las grandezas de una epopeya secular y bien guardan el provecho de una enseñanza incomparable. A todo León Say se mezcló de suyo con una tan ingenua naturalidad y una tan clásica sencillez, que no sabíamos cuál calidad era más admirable de suyo en aquella gran persona: la modestia sin hipocresía ni humillación, ó el mérito, que solo él, entre tantos amigos y admiradores como le circuían, ignoraba en un candor, no reñido, ni con la dignidad, ni con el respeto y la estima de sí mismo, fundados en el ejercicio de sus fuerzas y en la constante aplicación al bien de sus aptitudes. Orleanista por atavismo, y por tradiciones así de su familia propia como de la familia donde había entrado, y que le aportó el *Diario de los Debates*, cuando se convenció, por el mismo tiempo y con idéntica ocasión que Thiers, del indispensable deber de unirse á la República, hizo con ésta un matrimonio de razón, en el cual ha tenido menos viveza de pasiones y más fidelidad de costumbres que suelen tener los exaltados y delirantes matrimonios por amor. Con decir que fué un ministro de Hacienda muy competente, y un administrador muy honrado, y un opinante muy oído en Cámaras como las francesas, donde no se oye á nadie, y un académico muy asiduo, y un escritor de claridad parisién, y un economista de primer orden está dicho cuántas ciencias le lloran y en cuántas esferas de la vida hoy deja un hueco, una cela ó ara en cuántos gloriosos altares, que no podrán llenar las generaciones jóvenes, más felices y



más libres, por ende menos heroicas é inspiradas que las generaciones combatientes ó mártires. Uno de mis encantos en París era la frecuencia de su trato y las visitas é invitaciones á su casa, donde con la virtud, la bondad y la belleza de su mujer y de su hija, se hallaban una ciencia tan llana, unas ideas tan altas y nobles, un comercio y cambio de afectos tan encantador, una política tan desinteresada y una conversación tan francesa, que pensando uno cómo no volverán, piensa uno cómo habrá entrado una porción de nosotros mismos en esta triste muerte.

## III



Dejemos á los muertos y vamos á los vivos. Primera cuestión: crisis francesa. No hay tendencia ninguna que cuente un apoyo tan unánime de la opinión en Francia como la reñida con el impuesto sobre utilidades. Todo el mundo así lo sabía, todo el mundo, menos un político, tan avisado y experto como el ministro dimisionario de la Gobernación, M. de Sarrien. Tomando por latidos del corazón de Francia los fragores y escándalos del grupo demagógico parisién, incitó á los consejos ó diputaciones provinciales al disparate de abandonar su carácter puramente administrativo para dirigir peticiones políticas á los poderes supremos y en ellas expresar la opinión propia sobre tan discutido impuesto, en la seguridad completa de que, acordes con el sentir ministerial, servirían al gobierno y deservirían al Senado. Pero le salió á Sarrien, la criada respondona. En vez de corroborar el despojo de los grandes propietarios con sus peticiones, lo reprobaban en protestas casi unánimes, de las cuales únicamente se apartaron una docena de cuerpos electivos provinciales, dóciles á maniobras de los prefectos y no por espontaneidades é impulsos de su interior

voluntad. La firmeza incontrastable del Senado, asentada sobre bases incommovibles, aún se alentó más, tomando juveniles calores, con este auxilio súbito de la opinión popular que le había procurado la torpeza del gobierno y su amor al escándalo. Y mostró el Senado su poder, ejerciéndolo, como los filósofos antiguos mostraran el movimiento andando. Había la Cámara votado unos créditos indispensables á la gestión administrativa en Madagascar, mas no bastaba para su validez el voto de la Cámara; necesitábase también la coparticipación del Senado; en prueba de cuán iguales son las prerrogativas de ambos Cuerpos Colegisladores en la vigente Constitución, y cuán obedecidos deben por lo mismo ser sus sendos mandatos, de igual autoridad y fuerza. Corolario: como cien veces cayeron gobiernos faltos del voto de los diputados; ahora debe caer este gobierno falto del voto de los senadores, por lo cual no votarían éstos el crédito más que á un gobierno de su absoluta confianza.

#### IV

No había más remedio que optar entre la ruina del ministerio radical ó la ruina del Senado, del presidente, del Código fundamental entero. La elección de ningún modo podía ser dudosa. No se le ocurre á quien asó la manteca enardecer al pueblo en favor de un gobierno impopular y de una impopularísima ley. El socialismo aparece, así que se le toca en una piedra, infalible de suyo, en la experiencia, grande retroceso y retrogradación de los principios connaturales á la democracia francesa. Y para implantarlo, para implantar ese retroceso, hay que demoler el Estado en su forma republicana, el Parlamento en sus jurisdicciones propias, y hay que acudir á la revolucionaria dictadura. Contra todo Catilina está Cice-

rón, la palabra libre, la tribuna inspirada; y tras todo Catilina, está César, la dictadura militar. Una república parlamentaria no puede menos de ser conservadora, una república radical, no puede menos de ser cesarista. La organización de nuestra democracia no puede ser ni más retrograda, ni más progresiva que la hoy alcanzada en Francia. Dar un paso atrás es caer en la realeza; dar un paso adelante caer en el socialismo. Volver á las revoluciones en el mundo social sería como volver á los períodos volcánicos en el mundo terrestre; volver á la monarquía y á la reacción, como volver al período glaciario. Han creado el terreno armonioso donde habitan las razas predilectas del cielo y reinan los climas templados, las erupciones de los volcanes y las trombas de los aludes; pero el fuego de los unos se ha extinguido y se ha liquidado el hielo de los otros. Así la sociedad. Hanla hecho, tal como ella es, las reacciones y las revoluciones. Mas no puede haber una reacción ya; ni tampoco una revolución. Solo queda la república democrática, parlamentaria, liberal, producto de cuatro siglos, república, cuya existencia deben preservar de todo ataque sus tres áncoras; el sufragio universal cada día más conservador; el presidente cada día más obligado á demostrar cómo reside por necesidad la fuerza de un poder en la jefatura de un Estado; y la Cámara de los senadores destinada en el Código político francés á refrenar el movimiento para que no descarrile, y á servir de dique á las impacencias y de pararrayos á las utopías para que por una serie de pacíficas evoluciones allí se junten la estabilidad con el adelanto y se mantengan en toda su verdadera plenitud la libertad, y en todo su cauce tranquilo el progreso.

## V

¿Cuándo llegaremos á una república gubernamental y conservadora en Francia? No obstante llevar cinco lustros la república de lento y no interrumpido desarrollo, hay mucho camino que andar hasta obtener este resultado. El período corriente pasma por lo contrario á tales deseos y esperanzas. El partido radical se cree mayoría en Francia porque cuenta sus gritos y no cuenta sus votos. Puede, al fragor de sus proclamas y de sus vociferaciones, ahuyentar la fracción republicana conservadora, muy pacata y tímida; lo que nunca podrá es regir la república francesa. Los que gritan serán cuerpos que se muevan y los que callan el espacio silencioso é infinito, fuera del cual no pueden los cuerpos extenderse y trasladarse de un punto á otro. Las utopías socialistas no son astros que iluminan, son incendios que devoran. Y quien lo dude, vea el último gobierno semi-socialista francés. Contaba con el presidente, acostumbrado á decir todo aquello que le sugieren sus ministros como los oráculos antiguos, en cuyo pecho hablaban los sacerdotes paganos; contaba con la mayoría del Congreso, comprometida en su favor, parte por afinidad con sus ideas, y parte por miedo á sus amenazas; contaba con el respeto y el apoyo y la sumisión, más ó menos voluntarios, de todos los centros, así militares como administrativos, hechos á la disciplina y á la obediencia cual bajo los poderes monárquicos; mas no contaba con la opinión pública, y se ha venido á tierra entre los estremecimientos de un suelo que lo rechaza y condena. Cuando, roto en el viejo Senado, y teniendo, por una pueril rivalidad de cuerpo y por un recelo más pueril todavía de sus revelaciones sobre irregularidades y chanchullos, mayoría en la Cámara popular, se presentó á

ésta en demanda tácita, ya dimisionario, de que á su favor quemara los últimos cartuchos, oyó toda clase de fórmulas y proposiciones laudatorias, pero acompañadas de chacotas, como si le retozara en el cuerpo la interior alegría reprimida por los labios. Leída la declaración ministerial; confesado el esfuerzo inútil hecho para vivir contra el voto de los senadores; concitada una Cámara contra otra por mil alusiones clarísimas á la diferencia caprichosa entre la autoridad del sufragio universal directo y la autoridad del sufragio universal indirecto, no hubo más remedio que irse, una carcajada histérica de burla resonó en el espacio donde se habían dicho tantas loas y dado tantos votos en su pro, llegando cierto deslenguadísimo interruptor á decir, mientras los ministros salían de su banco ministerial en tropel para irse á los bancos rojos en procesión: «esto debe representarse con acompañamiento de música».

## VI

Así tienen los radicales que huir de la legalidad, el derecho connatural á todos, para promover la revolución, el régimen violento y dictatorial de algunos. Los pocos que gritan y combaten, jamás se impondrán á los muchos que obedecen y callan sino por la violencia. Convencidos los radicales de ser los menos, vociferan para con el estruendo parecer los más. Contra la grande asamblea de los municipios franceses, representados por los senadores en su conjunto y suma, no se les ocurrió esgrimir ningún arma, sino las vociferaciones de un club, de los que imitan al viejo club jacobino, y la ridícula parodia de aquellos tiempos revolucionarios, que han pasado con los males y con los privilegios destruidos por ellos, al recuerdo perdurable de la Historia y al océano infinito de la

eternidad. No temáis oír la tonante voz de Dantón. Ese trueno ha menester otra electricidad para resonar como acento de cólera divina en el espacio abrasado por las lenguas de fuego del Verbo novísimo. No esperéis la vuelta de Robespierre al mundo como un Mesías aguardado en apocalíptica noche. Su dictadura fué un esfuerzo titánico para obtener á la democracia un poder más absoluto que el poder de los reyes antiguos; la democracia vive hoy en plena libertad, y no ha menester dictadores, ni de palabra, ni de sable, para eternizar su victoria. Ni siguiera se oye la melodía helena de Camilo, recitando sus párrafos á lo Alcibiades con el terror sobre la frente y bajo los pies el patíbulo. Todo eso ha pasado. El club de los radicales se ha reducido al sainete de un vejamen ridículo sobre los senadores y el Senado. Pero no producirá la revolución, porque hay mucha diferencia entre la nube formada en la inmensidad por naturales corrientes eléctricas y la chispa lanzada por una botella de Leyden cargada en un gabinete de colegio. Estos vociferadores no matan á nadie, se matan á sí mismos ellos, siendo verdaderos suicidas. Todo cuanto hacen, lo hacen por la reacción imperial ó monárquica. Desacreditar la elección de segundo grado es desacreditar al presidente de la república, elegido por una designación de segundo grado también; y desacreditar esta manera de republicana elección es traer el plebiscito, el *referendum*, todo aquello porque pugnan los reaccionarios imperialistas y que á la postre generaría el César, levantado sobre las espaldas de un demagogo, el mismo siempre, ya se llame Cleon en Grecia, ya Clodio en Roma, ya Babff en Francia.

## VII

Por miedo á los demagogos, á estos exterminadores pido, un gobierno republicano en Francia plenamente conservador.

Y como pido esto, me desagrada el ministerio Méline, de carácter muy reaccionario en economía y de mucha concentración republicana en política. Mi entusiasmo por la definición del régimen republicano francés tiene tal insistencia y consistencia, que desea se defina y concrete la política, siquiera, al salir de las vaguedades oscuras y de las formas indistintas donde hoy perece, revista los caracteres comunistas y radicales. Todo es preferible á la vaguedad reinante. Distinguir y concretar parecen operaciones del espíritu puro, y lo son de la naturaleza real como de la viviente política, pues forma el universo esta gran trilogía, tripartita y una, alma y materia y sociedad. Méline ha ofrecido sin buen acuerdo á los radicales dos carteras, y los radicales con mejor acuerdo que Méline las han rechazado. ¿Cómo podían estar juntas fuerzas que se repelen y formar organismos átomos que unos de otros se despegan y apartan? O la inevitable ascensión de los moderados tras la inevitable caída de los conservadores nada quiere decir; ó quiere decir que los poderes públicos rechazan el programa de los últimos y adoptan el programa de los primeros. Con aglomerar personas inconciliables jamás obtendréis una conciliación. Al resplandor de las ideas cada organismo reviste su propia forma y cada grupo se mantiene por su cohesión interior en sí mismo, atrayendo los grupos análogos por esas afinidades químicas, cuya virtud mantiene los átomos en el cuerpo, y por esas atracciones mecánicas, cuya virtud mantiene los cuerpos en el espacio. No combatía el partido conservador francés al ministerio Bourgeois por su fea cara, lo combatía por su absurdo programa. No podían los conservadores de veras admitir el impuesto sobre las utilidades, el período constituyente, la disolución del Senado. Y si la vuelta del partido republicano conservador al gobierno significa la negación del programa radical, ¿cómo admitir á los radicales que han caído maltrechos y rotos al pie de tamaño programa? El sistema de grupos en Francia, dado el medio ambiente que allí hoy existe, como los organismos que dentro de tal medio ambiente viven,

demanda esta división del sol para los torneos políticos: á un lado los conservadores de la república juntos con los monárquicos recién llegados, y á otro los radicales con sus comunistas afines. Fuera de esto, no hay más que confusión, y en la confusión daño. Los partidos se forman por agrupaciones de temperamentos análogos, de caracteres afines, de almas gemelas, de ideas cercanas entre sí, de idénticos intereses. Todos los que piensan y sienten de un modo están en el partido conservador de la República; todos los que piensan y sienten de otro modo, no ya diverso, contrario, están en el partido radical. Debe haber buenas relaciones entre los dos partidos republicanos, para que uno á otro se contradigan y no se odien. Y sin esta contradicción imposible su existencia, porque al cabo los partidos se nos aparecen como cristalizadas ideas, y las ideas se definen siempre por sus contrarias. Partido conservador y partido radical en la república quieren decir progreso; pero el partido conservador lo quiere por la evolución y el partido radical por todo lo contrario, por la revolución. Mil veces lo he dicho. Ha pasado el período de las revoluciones. Aunque la quisieran todos los franceses y todos los españoles á su vez la quisieran, proclamaríanla con los labios y se desmentiría en la realidad. Todo cuanto hemos dicho ha ido encaminado á sustituir las revoluciones por la evolución. Así los radicales y los comunistas, revolucionarios todos, sustentan teorías arqueológicas y aparecen seres anacrónicos. Las dos revoluciones universales del mundo han sido en el siglo pasado la revolución del 89, mientras en este siglo la revolución del 48. Yo, viejo republicano, encariñadísimo en mi soledad hoy, como siempre, con mis eternos ideales, he la revolución de 89 con meditaciones largas estudiado y en mi juventud ha vivido la revolución del 48. Traedlas, y veréis cómo producen una inevitable reacción. En vez de adelantar, atrás iríamos. Creeríais este movimiento un movimiento progresivo, y os resultaría de irremediable regresión á las viejas monarquías, reaparecidas en cuanto nosotros erramos, y de agresión á la república, y á la



libertad, y á la democracia, que mueren siempre y en todas partes, no al embate de sus enemigos, al embate de sus defensores.

## VIII

Parece imposible que nuestro siglo, tan liberal y tolerante de suyo, presencie un movimiento de intolerancia y retroceso como el antisemítico, muy acreditado por los pueblos orientales, y con especialidad por el imperio austriaco. Solo faltaba esta monomanía, tan triste como arqueológica, para perturbar dentro de sí mismas aquéllas razas y enconarlas unas contra otras. No hay medio de tener unidos los pueblos, que componen las diversas tribus del imperio, en paz; forcejean todos ellos para separarse y se odian á muerte. Por una simple cuestión como si en las calles de Praga deben colocarse rótulos con sus nombres respectivos en cheque ó en alemán, arde Troya. El pueblo cheque, llamado de Rusia, si la memoria mía no marra, por el emperador Carlos IV, á Bohemia, encontrándose allí con el pueblo alemán, más ó menos indígena, jamás pudo perder el sentimiento de su peculiar naturaleza, ni desoir la voz de sus recuerdos, por tanto, jamás pudo aligarse con aquellos conciudadanos suyos, germánicos, y así no convivieron en paz un minuto, y se declararon esta guerra, la cual dura desde hace muchos siglos hasta nuestra misma generación. Y algo idéntico sucede con Hungría. Los croatas, los ruthenos detestan la convivencia común bajo la unidad húngara con los magyares y quieren cada cual tirar por su lado, ya entrando en las nacionalidades afines de donde creen provenir, ya erigiéndose por sí mismas en verdaderas naciones con plena independencia. El calor de los odios abrasa tanto las conciencias y el arraigo de los errores ahonda tanto en los

ánimos, que se habla de increíbles expulsiones, como si atravesáramos los tiempos de Ciro y de Nabucodonosor; pues si en cada pueblo, el vecino de complexión esclavona quiere dejar al vecino de complexión húngara ó germánica, en todos los pueblos existe un partido formidable intentando y proponiendo con descaro la expulsión de los judíos sin piedad. ¡Cuán poco adelanta la especie nuestra cuando un tan retrógrado proyecto crece y se valida en la culta capital de Austria, en la hermosa é inteligente Viena! Existe allí un ciudadano conocido con el nombre de Lueger, célebre por su judeofobia, la cual encierra, no solo una triste regresión á los tiempos de la intolerancia religiosa, una bien aleve agresión al capital y á la propiedad, pues no solamente odia por desconocedores de Cristo á los hijos de Israel, mayormente los odia por ser ellos grandes potentados inmensamente ricos. Y participe Viena de tal neurosis también, eligió al que la representa con mayor autoridad y mete más estrepitoso ruido alcalde primero en su administración municipal, cometiendo un desacato al emperador, que reprueba el movimiento antisemítico y levantando un Graco de la plebe más ó menos aristocrático, que predica la revolución social. Así, debiendo el emperador validar con su sanción, el nombramiento de Alcalde, la rehusó, y quedó por lo mismo invalidada la elección popular de Lueger. Pero Viena se ha empeñado en ella, sin pensar y considerar que daba un bofetón á su emperador en la mejilla, y no obstante la opinión imperial impone su opinión particular, eligiendo al rechazado por el voto imperial con su propio voto. De aquí el terrible ascenso de la marea separatista en Austria cada día mayor, no sólo de los cheques contra los alemanes, de los ruthenos contra los húngaros, de los croatas contra los serbios, de todos los austriacos á una contra los judíos. Bien puede asegurarse que solamente queda como lazo entre todos el emperador, á quien hoy nadie aborrece con aborrecimiento exaltado en Austria, como se aborrecen los súbditos suyos de diversas razas entre sí mismos unos á otros. Y el emperador ha tenido que bajar

su frente y su corona en presencia de Leuger y rogarle dimi-  
ta, dimitiendo él á este ruego, dimisión equivalente á una de-  
rrota del imperio y á una victoria del terrible antisemita.

## IX

La discordia se va extendiendo por todas partes; y así nuestra Europa vacila sobre sus bases de paz perdurable á los estremecimientos continuos que genera y dilata el temor de una guerra próxima, universal y horrible. Allá, en los encendidos territorios de la negra Etiopía, olvidados tanto tiempo del mundo, hay un emperador, monarca de monarcas, reconocido por todos con el nombre de Menelik, á quien creemos bárbaro, mientras él se ufana con descender de reyes que igualaron á Salomón en sabiduría y con profesar antiguo cristianismo, semejante al profesado entre los coptos egipcios, y mucho más próximo á las fuentes de su revelación, todas ellas orientales, que nuestro cristianismo, romano y occidental, muy lejos de los primitivos Evangelios. No pueden decirse las facecias inventadas por la prensa europea respecto de tal personaje. Preséntanlo como un terrible negrazo, capaz de volvernos á la cruel antropofagia, mandando numerosas huestes de soldados exterminadores; con una capital nómada y un tabernáculo portátil semejantes á los históricos de Abraham; portador de tiendas, únicas habitaciones usadas en los períodos patriarcales, imposibilitado de levantar verdaderas poblaciones, por no haber modo de fijarlas sobre un suelo estremecido y defenderlas contra salteadores innumerables. Pues bien, este hombre, condenado por la cultura europea, cuando él en su africana tierra protege tantos reyes, á ser protegido de otro, del rey de Italia, se ha revuelto como los leones de sus desiertos y como los tigres de sus madrigueras, contra esta preten-

sión, y ha tendido en el suelo con furias de chacal á los ejércitos mantenedores del protectorado infligido á su orgullo soberbio y salvaje. Mucho hemos lamentado el desastre de nuestros hermanos en raza, las gentes de Italia, y muy de veras hemos querido que pudieran tomarse un reparador desquite; mas ahora sucede y resulta que la victoria del Nego nos ha preservado de una calamidad en Europa, de una guerra continental. Mal heridos los poderosos monarcas que componen la triple alianza, los Hapsburgos, los Brandeburgos, los Saboyas, del desaire á su poder hecho por el Sultán turco, descuidando las reformas de Armenia, comisionaron para romper las hostilidades en el Bósforo á la escuadra italiana, que hubiese abierto el fuego contra las plazas de Turquía y encendido con sus proyectiles en voraz incendio á Europa entera. Pero al instante de arrancarse Italia contra el emperador bizantino, hiérela con herida horrorosa el emperador abisinio, y sus tropas tienen que divertirse del plan ideado sobre Constantinopla y que largarse al desierto líbico. Sea de todo esto lo que quiera, averigüese ó no que resulta un más ó menos fantaseado comentario puesto por el sentido común europeo á las ambiciones y empresas de Italia, es lo cierto que fundara y constituyera esta nacionalidad el espíritu moderno, para que sirviese de cooperador elemento al progreso pacífico, y no para que sembrara la guerra por imposibles conquistas. Mas, un solo error contiene y guarda larguísima serie terrible de sistemáticos errores, muy encadenados, los cuales nos retrotraen del tiempo de la paz con que soñábamos, al tiempo de la guerra que siempre maldijéramos.

## X

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEO BARCELONÉS

Y otro factor de guerra es hoy en el mundo ese príncipe Fernando de Bulgaria, que se pasea por Europa, después de haberla puesto desde las cimas de su trono diminuto al borde oscuro de insondable abismo. Príncipe ornitólogo, pajarero, cazador, ha caído, como un pobre gorrión, en los buches del águila negra de las dos cabezas. No pueden enumerarse los títulos de soberanía y vasallaje usados por el príncipe búlgaro en razón de la soberanía ejercida por varios soberanos sobre su persona y de la soberanía ejercida por su persona sobre millares de hombres. Puesto como príncipe honorario sobre las dos Bulgarias para que fuese príncipe real y efectivo su tutor Stambuloff; desde que ha despedido, quizá mal de su grado, esta incómoda tutela próxima, se ha visto agarrado por otras tutelas, menos próximas y más gravosas. Entonces gozaba de títulos honorarios envidiables; parecía un príncipe reinante con aspiraciones fundadas á obtener una diadema de monarca; y ahora parece un pupilo de Rusia en toda su política; un feudatario del Sultán en la parte declarada principado por las convenciones europeas de Berlín; un simple gobernador civil en la otra parte, cuya unión revolucionaria con el fragmento arreglado por la diplomacia no han querido reconocer, ni Rusia contradicha en esta suma, ni Turquía despojada de su dominio eminente ó supremo. Pues, así como, al declinar la tutela de su Stambuloff, se ha encontrado con otros varios tutores más poderosos y molestos, al abjurar la religión de sus mayores, en la cabeza de su hijo, se ha encontrado con que ni ha salido el cuitado de su abandonada Iglesia Occidental, ni sabido en qué Iglesias orientales entraba, pues se lo disputan como el alma de Fausto los ángeles y los

demonios en el epílogo de tan maravilloso poema, el Patriarca ó Pontífice de Roma, el Patriarca ó Pontífice de Babilonia, el Patriarca ó Pontífice de Sofía. En la misma jornada, y al paso por Constantinopla, sin respeto á las excomuniones del Papa, bien merecidas por haber desbautizado á su hijo del agua lustral romana y haberlo sumergido, rebautizándolo, en el agua lustral bizantina, fué osado á oír Misa dentro del oratorio de la embajada francesa, y desde tal oratorio á visitar el templo búlgaro, en que recibió del patriarca los litúrgicos huevos de la Pascua griega en cambio de un eicono bizantino, piadosa reliquia, pendiente de una cadena, puesta por su mano al cuello del generoso Prelado; y desde tal ceremonia con toda solemnidad al palacio del patriarca griego, airado con la Iglesia búlgara, por cismática; y desde tal palacio en largo viaje á Petersburgo, donde reside un sínodo presidido por formidable general de caballería y amparado so la sombra inmensa del Czar de todas las Rusias, por manera que se nos ha aparecido el alma de semejante príncipe como un alma en pena, vagando por doquier, no bien fija sobre fundamento alguno, ni bien unida con ninguna Iglesia, en viaje perpetuo, rozando con sus alas el fuego de todos los infiernos por el cúmulo de todas las apostasías, para ser un repudiado del imperio austriaco, un pupilo del imperio moscovita, un vasallo del imperio turco, todo por la corona más frágil quizá que hay en el mundo. Muy terrible aspecto la cuestión oriental toma con tales príncipes y de súbito sorprende nuestro ánimo un caso tan grave como la muerte violenta del Shah en Teherán, asesinado, la cual muerte puede traernos una guerra civil en Persia y fuera de Persia un choque tremendo entre Inglaterra y Rusia. Dios nos tenga de su mano.

EMILIO CASTELAR.

Lora del Río, San Isidro de las Canteras, 8 Mayo 1896.

## CRONICA LITERARIA

---

**El delincuente español.—El lenguaje, por D. RAFAEL SALILLAS.—Aplicaciones de los estudios filológicos.—Las jergas de los delincuentes.—Monserat. Roman feerique, por MARIUS ANDRÉ.**

Entre los estudios más asidua y fructuosamente cultivados en este siglo, ocupan puesto principal los filológicos. Comparando en general los métodos, el sentido de las investigaciones y sus resultados, la obra de los filólogos modernos aventaja mucho á la de los humanistas más brillantes de otras épocas. En el estudio de las lenguas por sí mismas, de las gramáticas y los léxicos, jamás se ha acumulado tal cantidad de conocimientos como ahora, extendiéndose las investigaciones desde las lenguas habladas al presente por las tribus salvajes, á quienes las exploraciones geográficas y el desarrollo del comercio ponen en frecuente comunicación con los civilizados, hasta los idiomas de los pueblos más viejos de la tierra, desaparecidos hace millares de años, y que hasta este siglo permanecieron ignorados. La lingüística moderna no se ha detenido ante obstáculo alguno, y así descifra la lengua de los sumero-acadios, en que parece están escritos los documentos epigráficos más antiguos del mundo, como estudia los idiomas de las tribus montañosas de la India ó de las poblaciones del interior del Africa.

En calidad han ganado mucho también los estudios de las lenguas, adquiriendo un plan y un método científico, y llegando á fijar leyes de formación y de transformación, que dan á algunas partes de la filología una firmeza comparable á la de las ciencias naturales, cuyo método de observación se ha aplicado, con fortuna, á los idiomas.

Pero con ser tan importantes los resultados obtenidos en el estudio de las lenguas desde el punto de vista gramatical y léxico, los superan con mucho las aplicaciones de los conocimientos filológicos á otras ciencias: el estudio de los idiomas, como manifestación de los estados de cultura de que son fiel reflejo, como documentos vivos del espíritu colectivo que los formó y tuvo en ellos su órgano inmediato.

En el estudio de las religiones y mitologías comparadas la interpretación filológica ha adquirido tal importancia, que ha llegado á formar una escuela, la principal acaso de este siglo por los datos que ha aportado al esclarecimiento de la cuestión y por la calidad de los hombres que han figurado en ella (Max Müller, por ejemplo). El estudio de una palabra ha podido servir de base para una teoría religiosa (1). Y aunque se ha producido al cabo la reacción inevitable contra el exclusivismo de la escuela filológica, y los mitógrafos modernos, Lang, v. gr., sostienen la necesidad de atender más á la interpretación psicológica y sociológica, el concurso prestado por la lingüística ha sido extraordinario, y puede asegurarse que todavía ha de prestarlo muy grande, aunque no se la considera como única clave para la interpretación de los mitos.

Para el estudio de las civilizaciones antehistóricas, han sido también de gran auxilio los conocimientos filológicos. Ninguna otra fuente, ni la comparación, siempre aventurada é hipotética, con los pueblos salvajes ó bárbaros actuales, ni

---

(1) Véase lo que dice sobre la onomatopeya *ber* D. Estanislao Sánchez Calvo en su libro *Los nombres de los Dioses*, obra notable, á la que no se dado en España la importancia que realmente tiene.



los residuos arcaicos que quedan en las antiguas literaturas, puede ofrecer datos relativamente tan seguros y luminosos sobre los estados sociales anteriores á la historia, como las lenguas. Basta considerar lo que es el idioma: la expresión más inmediata y más *colectiva* de la vida interior de un pueblo, para comprender que puedan ser tales las aplicaciones de este género de estudios. Y es de creer que crezcan más todavía, según se desarrollen y completen los conocimientos lingüísticos. El campo de las aplicaciones filológicas que se adivinan es casi tan amplio como el de las que ya se conocen. Sirva de ejemplo la crítica; si algún día llega á constituirse un crítica literaria que pueda pretender caracteres científicos, el estudio del lenguaje de los autores (pues el lenguaje se *particulariza* en los grupos sociales particulares y se *individualiza* en los individuos) ofrecerá una excelente base para el estudio de la psicología de cada escritor y para la apreciación consiguiente de sus obras, en relación con la individualidad psicológica de que proceden.

\*  
\* \*

La antropología criminal ha sacado también algún partido de los estudios filológicos y puede sacarlo aún mayor. Además de la mucha luz que dan los idiomas para apreciar la evolución de los conceptos comprendidos en las nociones generales de delincuencia y penalidad, las jergas ó dialectos especiales de los delincuentes ofrecen para el estudio antropológico de estos (entendiéndolo en sentido amplio, no meramente anatómico y fisiológico, sino también psicológico y sociológico), datos abundantes y de gran valor. A esta última clase de investigaciones corresponde el importante libro titulado: *El delincuente español.—El lenguaje*. (Estudio filológico, psi-

cológico y sociológico), que acaba de publicar D. Rafael Salillas.

El Sr. Salillas, siguiendo el sentido de la especialización moderna, ha llegado á adquirir una personalidad propia y original en este género de estudios. No es un mero discípulo de los antropólogos italianos. Si nuestra producción científica no fuera tan escasa; si diera materia para constituir escuelas la dirección que el Sr. Salillas ha dado á sus estudios criminalistas, sería una orientación excelente para una escuela antropológica española, que se distinguiría de la italiana por el predominio de la investigación psicológica y por la tendencia histórica y tradicional que supone al tomar como punto de partida los copiosos materiales que contiene nuestra literatura picaresca, fuente de excepcional importancia para el estudio de la delincuencia nacional.

Tanto en su reciente obra sobre el lenguaje de los delincuentes, como en *La vida penal en España* y en los trabajos sueltos que ha dado á la estampa en diversas publicaciones, así como en sus conferencias del Ateneo, ha aprovechado el Sr. Salillas esta fuente literaria, que supera con mucho á las análogas de otros países, completando los datos de ella obtenidos con las observaciones directas que ha podido hacer en su calidad de funcionario de la Administración penitenciaria.

En su libro sobre la jerga de los delincuentes rectifica el Sr. Salillas con acierto algunos puntos de la teoría de Lombroso. A la escuela antropológica le ha ocurrido lo que á casi todas las doctrinas innovadoras, que empiezan combatiendo un dogmatismo y acaban por crear otro. Diríase que las ideas y las teorías, como los seres vivos, tienen su período ascendente que las lleva á la plenitud, y su período descendente que termina en la disolución. El primero es el período brillante, hermoso, de la juventud, el período de los triunfos; en el segundo parece agotada la fuerza creadora; no hay ya aquel vivo proceso de formación de la primera fase, sino moldes que se petrifican, á la manera que se endurecen y *mineralizan* los hue-

sos de los viejos; reglas fijas, concreciones que son el término de una evolución vital, pero que en sí no tienen vida. De cosa alguna puede decirse mejor que de las ideas y las teorías que su verdadera existencia está en el *devenir*, cuando dejan de *devenir* para *ser* definitivamente, pasan á la historia; son algo que terminó, el punto de partida de otras doctrinas que ejercerán sobre ellas la misma acción disolvente que ellas ejercieron sobre las anteriores.

La escuela antropológica, que es todavía muy moderna aunque tenga precedentes antiguos, no ha llegado, sin duda, á este estado de petrificación; pero se notan en ella tendencias dogmáticas, demasiado apego á ciertas hipótesis cuya generalidad no está suficientemente comprobada. Así, por ejemplo, en la cuestión de las jergas, la tendencia á ver siempre en el delincuente un tipo atávico hace que algunos antropólogos, como observa acertadamente el Sr. Salillas, exageren y hasta inventen las semejanzas de aquéllas con los idiomas primitivos. Creo, como el autor de *La vida penal en España*, que las jergas, la germanía al menos, son rigurosamente de su tiempo y mucho menos arcaicas que otras variantes del lenguaje.

La teoría de Lombroso sobre la jerga criminal (tal como la desarrolla en *L' Uomo delinquente*) es muy desordenada en la exposición, incompleta en los pormenores y hasta superficial, como tiene que serlo un trabajo breve que se refiere á las jergas en general y para el que seguramente no dispuso el célebre escritor italiano de estudios especiales tan concienzudos como el que ha hecho el Sr. Salillas sobre la jerga de los delincuentes españoles. Con todo, hay allí una observación á la que no da Lombroso tanta importancia cuanta tiene, por la inclinación de esta escuela á considerar al delincuente en todo como un ser aparte, distinto de los demás hombres. Con razón dice el Sr. Salillas que los antropólogos han hecho un abuso de lo anómalo, semejante al de los milagros en las épocas de superstición. Aunque en cierto sentido el Uni-

verso es un milagro perpetuo, los milagros no suceden todos los días. Asimismo, puede decirse que, no obstante las anomalías de ciertos tipos de delincuentes, en el delincuente no es todo anómalo, ni acaso lo más.

La observación á que me refiero y que me parece conforme con la teoría del Sr. Salillas, aunque éste no la exponga explícita y detenidamente en su libro, quizá porque su objeto no es el lenguaje de los delincuentes en general, sino el lenguaje del delincuente español, es esta: la jerga de los criminales no es un fenómeno especial, ni tiene de extraordinario más que la intensidad con que aparece. Es uno de tantos casos de la diferenciación y especialización del lenguaje, que se particulariza en cada asociación ó grupo social particular, interior á la nación que habla un determinado idioma, y hasta se individualiza en cada individuo. Cada clase social, cada profesión y hasta cada familia (como dice Lombroso) tiene su jerga especial. La de los delincuentes no es en esencia más que una de tantas jergas profesionales. Lo que la caracteriza es que, la necesidad del disimulo, por tratarse de una *profesión*, digamoslo así, ó de un grupo social, que está en perpetuo estado de guerra con la sociedad en que vive, y por otro lado, la mayor simpatía y más estrecha hermandad de los delincuentes entre sí por la separación y hostilidad que existe entre ellos, y la mayoría honrada ó si se quiere, sumisa al *alterum non laedere* que se apoya en sanciones positivas, hace que la especialidad en esta jerga sea mayor y mayor también su consistencia, pues aquí no se trata sólo de una variación *natural* del lenguaje, sino de una variación *útil*. A esto contribuye también sin duda, la influencia conservadora y *didáctica*, de las cárceles y presidios, no en vano llamados universidades de la delincuencia.

La definición que da el Licenciado Chaves de la germanía: «palabras acomodadas á la vida y entendimiento de esta gente», y á la cual atribuye el Sr. Salillas la importancia que en realidad tiene, coincide con ese concepto de la jerga de los de-

lincuentes mirada como un caso de diferenciación del lenguaje, caso anormal en la medida en que lo es la manera de vivir de los que emplean esta habla.

El predominio del modo representativo, metafórico ó imaginativo en la formación de las palabras jergales, que señala acertadamente el Sr. Salillas como uno de los caracteres principales del lenguaje de los delincuentes, no es tampoco excepcional. En todas las jergas puede observarse y hasta en creaciones eruditas, como la formación de neologismos científicos con palabras tomadas de las lenguas clásicas, es muy frecuente este origen de palabras construidas con arreglo á ciertas representaciones mentales de los caracteres del objeto que se trata de nombrar. Exagerando un poco, podría decirse que el tecnicismo es una jerga erudita.

En cuanto á la razón de estas variaciones ó diferenciaciones del lenguaje, es clarísima: corresponden á diferenciaciones de la actividad mental, á la orientación *profesional* del espíritu en las gentes de cada oficio. Y esto explica también el que la jerga de los delincuentes sea más consistente y acentuada que las otras. En el delincuente, el carácter *profesional* se extiende á toda su vida y le absorbe por completo, por su condición de *outlaw*, de sujeto excluido de la sociedad normal. Ni el abogado, ni el militar, ni el eclesiástico *ejercen* á todas horas; su personalidad profesional no abraza toda su actividad ni toda su vida. Pero el delincuente está en perpetuo *ejercicio*, tratándose por supuesto de delincuentes habituales que son los verdaderos cultivadores de la jerga.

\*  
\* \*

La obra del Sr. Salillas está dividida en cinco partes: *Teoría y caracteres de la jerga*; *La germania (asociación delin-*

*cuenta*); *Psicología y sociología de la jerga*; *El caló jergal*, y *Vocabularios jergales*.

En la primera de estas secciones examina y clasifica el autor las formas del lenguaje de los delincuentes. A su juicio, la jerga no se distingue principalmente por tener modos fonéticos especiales, sino modos representativos característicos. Lo psicológico y no lo filológico es lo que predomina en sus caracteres peculiares. La formación de la jerga depende de la formación de la sociedad delincuente, dentro de la sociedad general. Para hacer el deslinde de este lenguaje, hay que fijar, por tanto, previamente los límites de la colectividad que lo ha formado y lo usa. Los caracteres de la jerga corresponden exactamente á la naturaleza de la asociación cuyo es este su lenguaje. Inspírale el disimulo, propio de las artes ilícitas. La riqueza de sinónimos y la pobreza del léxico indican una sociedad pobre en actos (en cuanto á la variedad), pero *reiterante* en las acciones que ejecuta. La abundancia de calificaciones para los actos *profesionales*, acusa el carácter *profesional* de la asociación y el predominio de éste sobre cualesquiera otros que ofrezca.

La segunda parte estudia la relación entre la jerga y la sociedad picaresca. Germanía se llama el lenguaje y germanía la sociedad delincuente, antilegal ó extralegal (*outlaw*, según la enérgica expresión inglesa), que emplea aquella habla. Y así como la sociedad explica el lenguaje, el lenguaje á su vez explica la sociedad, siendo el más auténtico y claro de los documentos sociológicos. Más que del modo de ser de los pícaros nacen de su modo de vivir las palabras jergales, derivadas las más veces de impresiones objetivas y pocas relativamente de tendencias subjetivas.

La nomenclatura de los dos grupos rufianesco y ladronesco en que divide el Sr. Salillas la germanía (asociación) hacen el retrato y la historia de uno y otro.

Muy interesante es también la parte especialmente consagrada á la *psicología y sociología de la jerga*, que equivale á

psicología y sociología del delincuente. El léxico jergal, interpretado y comentado por el autor, va mostrando el concepto anatómico, el concepto fisiológico, el psicológico, el jurídico, el económico, etc., del sujeto que, hablando la jerga, concreta y define en las expresiones de ésta su pensamiento.

Estudia, por último, el Sr. Salillas la transformación de la germanía en el caló jergal, hablado ahora por los delincuentes habituales.

La germanía, tal como aparece en el vocabulario de Juan Hidalgo, no se habla ya. Fué el lenguaje de la sociedad delincuente de los siglos XVI y XVII. Alcanzó entonces su mayor grado de prosperidad, desarrollo y pureza (en la jerga de hoy predomina un elemento extraño). Tuvo su centro en Sevilla, emporio de la contratación de las Indias y teatro, por consiguiente, apropiado para el ejercicio de las actividades que expresaba aquel lenguaje. Siguió en su descenso los pasos de la decadencia nacional. La organización parasitaria á que respondía aquella jerga se empobreció al empobrecerse la materia expotable que había hecho tan fácil la vida picaresca, y el progreso de la policía completó esta acción disolvente, esta transformación de un medio propicio en un medio agotado casi y apercibido, por añadidura, á la defensa.

La denominación de caló jergal aplicada al lenguaje moderno de los delincuentes declara ya la ingerencia de un elemento extraño, que influyó muy poco en la germanía: el elemento gitano. El caló es un dialecto de la lengua zingara. De endósmosis y exósmosis lingüística califica el Sr. Salillas, usando de una metáfora exacta y expresiva, la acción mutua entre el caló y la lengua nacional, al través de la germanía, fenómeno que fácilmente se explica por la mayor afinidad del elemento gitano con la sociedad delincuente que con la normal.

A la parte teórica del libro del Sr. Salillas siguen los dos vocabularios jergales, que son su complemento. El primero, de germanía, es el publicado por Juan Hidalgo en 1609, am-

pliado con las voces que después ha ido añadiendo la Academia en sus Dictionarios. El segundo, de caló jergal, se publica por primera vez, y está basado en investigaciones directas que acreditan el uso de las palabras que contiene. El Sr. Salillas indica discretamente que hubiera podido hacer más amplio este léxico, si en vez de limitarse á incluir en él los vocablos cuyo empleo entre los delincuentes consta por datos positivos, lo hubiera ampliado llevando á él todas las palabras de índole jergal que flotan en el lenguaje común ó poniendo á contribución el Dictionario de caló de Sales Mayo.

Esta nota de seriedad, de *probidad* científica, es común á toda la obra. El libro del Sr. Salillas es una sólida construcción intelectual basada sobre extensas y afortunadas investigaciones en las fuentes literarias y en los *textos vivos*. En la aplicación de los términos jergales hay mucha y acertada crítica, en la teoría general del lenguaje de los delincuentes, un gran sentido sociológico. Y para que nada falte en este trabajo, la forma de exposición es sencilla y clara, la dicción castiza, limpia, verdaderamente literaria. El Sr. Salillas no es de esos sabios que, en su desdén hacia el público profano, no se cuidan de escribir bien, dándole así un motivo más para no leerlos.

El programa de nuevas publicaciones que anuncia el señor Salillas en este libro (*La poesía delincuente.—La Hampa.—La delincuencia asociada.—Los regicidas españoles*) es muy interesante y en manos de escritor tan distinguido y tan sabio criminalista, continuará dignamente la serie de estudios acerca del delincuente español, inaugurada con tanta brillantez por la obra referente al lenguaje.

\*  
\* \*



Gran salto hay que dar para pasar del habla de Monipodio y su cuadrilla á un cuento de hadas, á un *roman féerique* como el que *escribió Marius André en la Abadía de Montserrat el año de la encarnación de N. S. Jesucristo M.D.C.C.C.X.C.V. durante el mes de Octubre.*

Para averiguar estos últimos pormenores no he tenido que hacer investigaciones tan detenidas y pacientes como las del Sr. Salillas sobre la jerga, ni siquiera investigación alguna. Me ha bastado con traducir las últimas palabras del libro á que me refiero.

Su título *Montserrat* me atrajo. ¡La pícara curiosidad de saber lo que dicen de nosotros y de nuestras cosas los extranjeros! Luego la calificación de *roman féerique* prometía algo extraordinario. Lo es en efecto el libro; más que extraordinario, extraño, extravagante. En sus páginas se adivina la mezcla de muchas influencias filosóficas, literarias y artísticas... Swedenborg, Wagner, el Sar Peladán, Huysmans... acaso Abelardo al través de fuentes modernas. De todo lo cual resulta una obra de tipo *decadente*, esotérico, con trozos apocalípticos, muchas incoherencias y rarezas y algunas páginas de verdadero mérito.

Si tratándose de un libro de esta clase no pareciera injustificada chacota, se podría preguntar aquéllo de:

¿estamos en el Olimpo  
ó en la calle de Toledo?

pues el lector tan pronto se encuentra en el Venusberg como en la Barcelona de hoy (ó de hace unos cuantos meses) y en medio de las manifestaciones escolares que produjo la suspensión del catedrático Sr. de Buen.

El nudo de la acción consiste en una *flirtation* espiritual, entre Luciano, personaje contemporáneo, que en nada se parece á su homónimo el samosatense del siglo II y Riquilda, la heroína de la leyenda del ermitaño Garín, la cual (Riquilda

no la leyenda) aparece convertida en hada de Monserrat, en un ser misterioso, personificación de ciertas virtudes sobrenaturales á que debe su otro nombre de *Tipheret*.

Físicamente (porque Riquilda toma forma ó apariencia corpórea) este singular personaje revela bien á las claras que es creación de uno de estos *estéticos* de las escuelas modernas que buscan la vaguedad en todo, hasta en el sexo, y sueñan con figuras andróginas. Psíquicamente, Riquilda-Tipheret parece tener una doble personalidad. Como Riquilda, recuerda á veces (siendo muy distinta de ella) la Espirita de Gautier; como Tipheret, parece un *eon* gnóstico.

La continua mezcla de cosas actuales, contemporáneas nuestras, con cosas fantásticas que se suponen muy remotas, produce extraño efecto en este libro. Y no precisamente por lo que esto pugna con la verosimilitud vulgar. Eça de Queiros, el gran novelista portugués, hace asistir á la pasión de Jesucristo en *A Reliquia* (la mejor acaso de sus obras) á personajes modernos. Pero este atrevido episodio retrospectivo de una novela en que se desarrolla una acción moderna y naturalista, está ingerido con tal arte, que no desdice de lo demás de la obra ni se despega de ella. En *Montserrat* falta esto. Los anacronismos no están atenuados en manera alguna; aparecen como cosas naturalísimas que no han menester atenuación ni aderezo. Baste un ejemplo: cuando los soldados de Napoleón á quienes trata su compatriota M. André, de nuevos bárbaros, apartándose en esto, con buen criterio, de ese patriotismo convencional, dispuesto á justificar y aplaudir todos los extravíos nacionales) profanan el Monasterio, Riquilda invoca el auxilio de San Miguel Arcángel y de Parsifal, que ahuyentan á la soldadesca francesa.

Una de las escenas más extrañas de este libro es aquella en que el protagonista, aquel Luciano de quien ya hemos hablado, resiste en la montaña la triple tentación á que le someten Herodías, personificación de la lujuria *física*, sin disfraces ni estímulos espirituales; Kundry (la Magdalena de *Parsi-*

*fal*, antes de convertida, claro), representación de una lujuria más refinada, *psíquica*, sin dejar de ser carnal, y, por último, Alcibíades, á título sin duda de Oscar Wilde de la antigüedad, y que en su doble personalidad de retórico... y de lo otro, procura persuadir á Luciano con discursos sobre el amor socrático. Dejando á un lado lo caprichoso de la elección de estos tres personajes y lo incoherente de su asociación, no carece de valor artístico este singular episodio. Las páginas que ocupa son de las mejor escritas del libro.

Probablemente en la génesis de esta obra habrá entrado (con otros factores, como la identificación de Montserrat con el Monsalvat del Santo Graal, la leyenda de Juan Garín, etc.) la antítesis que puede establecerse entre los antecedentes paganos de Montserrat, donde hubo un templo á Venus, y el culto cristiano que hoy se tributa á la Virgen en aquel santuario. A juzgar por su obra, M. André pertenece á la escuela (no quiero decir herejía) de los católicos nuevos (menos peligrosos sin duda que los católicos viejos de Döellinger) que profesan una especie de cristianismo estético y esotérico; esético, en cuanto lo que domina en su fe, si así puede llamarse, es un sentimiento artístico; esotérico, porque más ó menos explícitamente pretenden la posesión de una doctrina oculta ó de una inteligencia secreta de la doctrina, lo cual les da aires de iniciados y aún de hierofantes. En el fondo, puro *dilettantismo*. Esta manifestación del renacimiento idealista, manifestación que tiene, á pesar de su vaguedad, caracteres bastante definidos, parece un retoño tardío del gnosticismo, disfrazado con formas modernas. Estos heterodoxos, poco difíciles por lo general para con el dogma, con tal de que no se les dispute su sabiduría secreta, suelen ser intransigentes y agresivos en cuanto les tocan al arte ó á los refinamientos morales de que alardean. Así el Luciano de M. André, muy reverente y piadoso en Montserrat, habla de Lourdes con más dureza que Zola, por el mercantilismo de mal gusto que ve en torno de la gruta milagrosa. Hasta á los pobres enfermos que van allá les al-

canza su filípica, porque en vez de pedir á Dios gracias espirituales se contentan con obtener la salud, cosa material y de poco momento para un místico.

Como obra literaria, el libro de M. Marius André tiene muchos defectos. Está hecho con verdadero candor de principiante, con desconocimiento ó desdén absoluto de la habilidad técnica, de los recursos de que se valen los escritores expertos para sacar partido de un asunto. Adolece, además, del aire pretencioso, de la *pose*,—que dicen los franceses—muy común en las obras de los simbolistas, y en general en las que tienen alguna pretensión esotérica. Esta disposición de ánimo, esta *postura* intelectual, es disculpable hasta cierto punto en tales escritores, puesto que se creen depositarios de fórmulas artísticas ó de ideas casi inaccesibles al vulgo, y de las cuales se dignan revelarles benevólamente alguna parte. Pero como el público no juzga más que por aquello que se le da y no por lo que el autor guarda secreto, si el mérito de la obra no corresponde á las ínfulas del escritor, la *pose* se *especifica* en sentido distinto del antonomásico, convirtiéndose en postura ridícula.

Sin embargo de todo esto, sería injusto considerar el libro de M. André como una de tantas extravagancias como se imprimen. Tiene esta obra algunas cualidades literarias notables. Hay en ella ideas, fuerza imaginativa, estilo, las tres cosas más necesarias á un literato. No será el Sr. André un gran novelista, pero es un buen escritor. Comparativamente, las cualidades que posee son superiores á las que, á mi juicio, le faltan. Si, como parece, *Montserrat* es su primera obra, empieza por donde no acabarán muchos, condenados á cultivar perpetuamente una atildada mediocridad.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

# LA PRENSA INTERNACIONAL

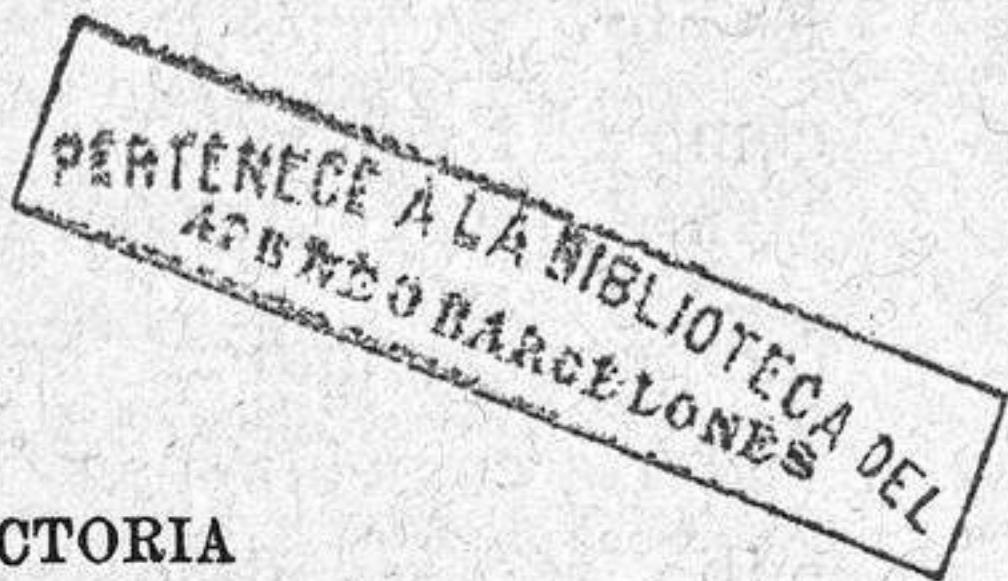
---

## DESPUÉS DE LA VICTORIA DEL SOCIALISMO

---

### I

#### LA FIESTA DE LA VICTORIA



**L**a bandera roja, símbolo de la democracia internacional, tremola en el castillo real y en todos los edificios públicos de Berlín. ¡Si nuestro inmortal Bebel hubiera podido verla, él, que tantas veces había predicho: «la catástrofe es inminente», cuál sería su alegría! Me acuerdo como si fuese ayer, cuando Bebel exclamaba en tono profético en 13 de Setiembre de 1851 en la Asamblea de Rixdorf: «el cataclismo vendrá más pronto de lo que se piensa». Federico Engels había anunciado que en el año de 1898 sería proclamada en Alemania la democracia social.

Ha tardado un poco más, pero al fin nuestros grandes esfuerzos y nuestras luchas por la justa causa del pueblo trabajador han sido coronados por el éxito más lisonjero. La absurda organización social del capitalismo y el sistema de la explotación del trabajador han desaparecido. Trataré, pues, de describir de la mejor manera que me sea posible, para conocimiento de mis hijos y de los hijos de mis hijos, el nacimiento del nuevo régimen de la fraternidad y del amor de la humanidad.

También yo he tenido parte en este renacimiento de la humanidad. Lo que he podido, durante una generación, ahorrar en tiempo y en dinero, en mi modesto oficio de encuadernador, después de cubiertas las necesidades de la familia, lo he dedicado á conseguir la realización de nuestros comunes votos. Debo á la literatura socialista-democrática y á nuestras asociaciones la firmeza de mis convicciones, el desarrollo de mi inteligencia. Mi mujer y mis hijos son de mi misma opinión. El libro de nuestro Bebel sobre la mujer es para mi Paula como el Evangelio.

El día del triunfo de la revolución socialista-democrática fué precisamente el de nuestras bodas de plata. El día de la victoria coincidió con un nuevo motivo de felicidad para la familia. Mi Francisco acababa de celebrar esponsales con Inés Müller; se conocían de tiempo atrás y se amaban de corazón. Son todavía muy jóvenes; pero se distinguen por su habilidad en el oficio á que se dedican. El es tipógrafo, ella modista. Se casarán tan pronto como se ponga en vigor la nueva organización del régimen doméstico.

Hemos salido todos juntos para comer fuera de casa. En el paseo de los Tilos había una muchedumbre inmensa. Ninguna discordia turbaba la fiesta del gran día de la victoria del proletariado. La policía no existe ya; el pueblo se encarga del mantenimiento del orden.

Considerable número de personas se agolpaban en el jardín de la plaza del Castillo. Dentro del edificio se encontraba el gobierno constituido por los compañeros directores del partido socialista-democrático. Nuestros consejeros municipales formaban el colegio de magistrados de la ciudad. Tan pronto como uno de los nuevos gobernantes se presentaba en la ventana ó en el balcón, el pueblo demostraba sus alegrías agitando los sombreros, tremolando banderas ó cantando la *Marseles* de los obreros.

Por la noche hubo espléndida iluminación. Las estatuas de los antiguos reyes y de los generales ofrecían extraño con-

traste con las banderas rojas que las adornaban y alumbradas por las también rojas bengalas. No debían ocupar mucho tiempo sus puestos; porque pronto se colocarían en su lugar las estatuas de nuestros héroes inmortales, los héroes de la democracia social. Estaba ya dispuesto que en la Universidad los bustos de los dos hermanos Humboldt cederían el sitio á Marx y Lassalle. El monumento de Federico el Grande sería sustituido por el levantado en honor del inmortal Liebknecht.

En el círculo íntimo de nuestra familia festejamos hasta hora avanzada de la noche el día para nosotros doblemente dichoso. Hasta el padre de mi mujer, que no quiere oír hablar de democracia social, participa de la común alegría. Esperábamos poder dejar muy pronto nuestra modesta habitación del tercer piso. Había sido testigo aquel humilde cuarto de nuestros goces tranquilos; pero también de grandes angustias y de duro trabajo, en el trascurso de los años.

## II

### LAS NUEVAS LEYES

Se cuentan cosas muy amenas y divertidas de los burgueses que á millares corren á la frontera. ¿Pero á dónde pretenden ir esos desdichados? En toda Europa, excepto Suiza é Inglaterra, domina la democracia social. Los buques de la carrera de América van cargados de emigrantes. En los Estados Unidos ha sido vencida la revolución y por largo tiempo se ha perdido la esperanza del triunfo de la democracia social. ¡Ojalá puedan los explotadores ser pronto expulsados de aquel país! Por fortuna, no han llevado consigo la mayor parte de sus rapiñas, porque el movimiento revolucionario ha sido muy rápido y casi imprevisto. Las obligaciones hipotecarias, los valores públicos, las acciones, los billetes de banco, todo ha sido declarado

nulo. Los señores burgueses pueden tapizar con ellos las paredes de las habitaciones que abandonan. Todos los inmuebles, las casas, las fincas rústicas, los medios de transporte, las máquinas, los instrumentos de trabajo, las materias primeras, han sido confiscadas por el Estado socialista.

El *Vorwärts* (Adelante), órgano principal de nuestro partido, ha sustituido al *Monitor del Imperio* como periódico oficial, y se reparte gratuitamente á todos los ciudadanos. Como las imprentas han pasado á la propiedad del Estado, los demás diarios han cesado en su publicación. Fuera de Berlín se completa el *Vorwärts* con un suplemento para cada localidad. Mientras se reúne un nuevo Parlamento, los diputados del Reichstag que representaban al partido socialista-democrático, se han constituido en junta legislativa para preparar las leyes que han de regir el nuevo orden de cosas.

Se ha proclamado como Estatuto provisional el programa del partido acordado en el Congreso socialista de Erfurt celebrado en 1891. En su consecuencia es ley el principio de que todos los medios de trabajo, la tierra, las minas, las canteras, las máquinas, los utensilios, las oficinas, los medios de comunicación son de propiedad del Estado, y, como ahora se dice, de la Sociedad. Otra ley ha establecido la obligación general de trabajar, con iguales derechos, para todos los varones desde los veintiuno á los sesenta y cinco años. Los más jóvenes son educados y los más ancianos mantenidos por el Estado. Se ha abolido la producción privada; pero mientras no se organiza la industria socialista, todos habrán de continuar trabajando en el oficio y en el puesto que ocupa actualmente, por cuenta del Estado. Cada ciudadano deberá hacer inventario de lo que le ha quedado después de la confiscación hecha por el Estado á título provisional, como muebles, vestidos, monedas, bonos de las cajas públicas. Las monedas de oro serán recogidas inmediatamente y se emitirán en su lugar certificados monetarios.

El nuevo gobierno, gracias á la habilidad del Gran Canci-



ller, procede con rapidez y energía. Se han adoptado las más escrupulosas precauciones para evitar el renacimiento de la tiranía del capital. El ejército ha sido licenciado, los impuestos abolidos, puesto que lo necesario para cubrir los gastos generales en la nación, se toma de los rendimientos de la producción socializados. Los médicos y los oficiales públicos son mantenidos por el Estado. Los tres días de la revolución y de la victoria han sido declarados fiestas nacionales. Entramos en una nueva y espléndida era.

### III

#### DESCONTENTOS

Inés nuestra nuera está inconsolable, también Francisco se encuentra muy abatido. Inés teme perder su dote. Con su trabajo de modista había logrado reunir algunos ahorros. Sobre todo después que comenzaron sus relaciones con Francisco, redobló en silencio y poseída de risueñas esperanzas, su labor desde la mañana á la noche. Apenas ocupaba tiempo en comer. Lo que sus amigas gastaban en adornos y diversiones, lo economizaba para ir formando un capitalito, y de esta manera al contraer esponsales tenía ya en la caja de ahorros más de dos mil marcos. Mi Francisco contaba todo esto lleno de satisfacción el día en que se tomaron los dichos. Los jóvenes pensaban ya con fruición en el empleo que habían de dar á tanto dinero.

¡Acaso habrían sido vanas tantas fatigas, tantos trabajos, tantas penas! Cuando Inés, atemorizada por las voces que corrían, se fué á la Caja de ahorros para retirar sus fondos, encontró en la calle grupos de gentes muy sobreexcitadas, viejos, señoras, criadas, se lamentaban de la pérdida de sus escasos dineros reunidos á costa de múltiples sacrificios. Los

empleados manifestaban á todos que por efecto de la nueva legislación, las libretas de la caja, como los demás valores rentísticos, habían sido anulados.

Inés al oír esto casi perdió el conocimiento. Entró en la oficina, y los empleados confirmaron los tristísimos rumores. Volvió á casa más muerta que viva, y al saber que una comisión de acreedores se dirigía al castillo del Gran Canciller, suplicó á Francisco que se fuera con ellos. Una gran masa de gente llenaba la plaza del castillo. Por el puente de Lassalle (así se llama ahora el antiguo puente del emperador Guillermo) pasaban continuamente muchos ciudadanos en tumultuosa manifestación, dirigiéndose al Jardín. Se cerraron las puertas del castillo. Los grupos más avanzados hicieron vanas tentativas para penetrar violentamente.

¡Quién sabe lo que hubiera ocurrido si el Gran Canciller, en vista de la gravedad de los acontecimientos, no hubiera salido al balcón principal para recomendar la calma. A grandes voces anuncia que la cuestión de la Caja de ahorros sería inmediatamente sometida á la decisión de la junta legislativa, y confiaba en que todos los buenos patriotas, los buenos socialistas, habrían de confiar en la justicia y la prudencia de los representantes del pueblo. Calurosos vivas acogieron las manifestaciones del Gran Canciller.

En este momento acudían al galope los bomberos que sustituían á la policía. Una risotada general acogió la llegada de aquéllos, y la multitud se disolvió llena de esperanzas. El Parlamento hará justicia seguramente.

## IV

## LA ELECCIÓN DE OFICIO.

En las columnas de anuncios han aparecido grandes carteles de color rojo, semejantes á aquellos que en otros tiempos servían para convocar á los mozos al servicio en el ejército. Pronto se formaron numerosos grupos, atraídos por la novedad del caso. Como consecuencia de las profundas reformas introducidas en la legislación, el magistrado municipal, por delegación del gobierno, invitaba á todos los ciudadanos de veintiuno á sesenta y cinco años á elegir dentro del plazo de tres días, el oficio que le conviniera. Las declaraciones se harán ante los oficiales de policía ó en las oficinas del Registro civil. Se previene expresamente que las mujeres, tan pronto como entren en el servicio del Estado, quedarán exentas del cuidado de sus hijos pequeños, y de los enfermos y de la preparación de las comidas de la familia. Los niños ingresarán en los asilos de la infancia y en los institutos de educación establecidos por el Estado. La comida principal se hará en las cocinas públicas del distrito. Los enfermos serán curados en los hospitales nacionales. La ropa blanca se lavará en establecimientos oficiales. La duración del trabajo para todos, hombres y mujeres, se fija, hasta nueva orden, en ocho horas cada día.

Para justificar la aptitud para la profesión elegida, se presentarán atestados y en las declaraciones se indicará el oficio ejercido antes. No se aceptarán las propuestas para los cargos eclesiásticos, porque, conforme á la decisión del Congreso socialista de Erfurt del año de 1891, se suprime todo gasto público de carácter religioso. Sin embargo, las personas que abriguen el propósito de ejercer profesiones eclesiásticas, podrán

dedicarse á ellas en las horas de descanso que les permitan sus ocupaciones en servicio del Estado.

Desde el momento en que aparecieron los famosos carteles, el espectáculo que ofrecían las calles era muy semejante al de los días de revista militar. Los que pertenecían al mismo oficio se reunían en torno de sus banderas respectivas, y adornados con los distintivos de la profesión que pensaban ejercer, recorrían la ciudad cantando y prorrumpiendo en vítores entusiastas. Las mujeres y las muchachas andaban también de un lado para otro, y rebosando alegría pintaban con vivos colores las ventajas del oficio elegido y el contento de que estaban poseídas por creerse libres del trabajo doméstico.

Yo y mi hijo Francisco y mi nuera Inés, permanecimos fieles á nuestra antigua profesión. Mi mujer se alistó como aya para poder de este modo continuar prodigando sus cuidados á nuestra pequeña Anita, que por su edad debía ingresar en el Asilo de la infancia.

A consecuencia del tumulto de la plaza del Castillo, el ministerio decretó la reorganización de la policía, creando un cuerpo compuesto de 4.000 agentes, que ocuparon el Arsenal y el antiguo cuartel. Para no despertar ingratos recuerdos los nuevos guardias de orden público trocaron el uniforme azul por el negro, y en vez del casco cubrían su cabeza con gorra con pluma roja.

## V

### UNA SESIÓN DEL PARLAMENTO.

Nos costó gran trabajo á Francisco y á mí encontrar un sitio en la tribuna del Parlamento (Reichstag), en la plaza de Bebel, antiguamente plaza Real. Debía tratarse del empleo del dinero de la Caja de ahorros. En Berlín, en opinión de mi hijo,

de los dos millones de habitantes, hay quinientos mil acreedores de dicha caja. No es de extrañar, pues, que todas las cercanías del Reichstag, la plaza de Bebel y la Sommer Strasse, estén ocupadas por una gran multitud de gentes, en su mayor parte, pobremente vestidos, esperando con ansia el resultado de los debates del Parlamento. Cuando llegábamos, la policía comenzaba á despejar las calles.

Como no se habían verificado todavía las elecciones generales y los poderes de los diputados burgueses estaban anulados, tan solo se encontraban en el salón nuestros antiguos compañeros los honrados defensores del socialismo.

*El jefe de la oficina de Estadística* por encargo del Gran Canciller inicia los debates. Lee una serie de datos, de los cuales consta que en las Cajas públicas de ahorro de Alemania estaban depositados más de cinco mil millones de marcos, pertenecientes á ocho millones de acreedores (*sensación*), y el total de los intereses anuales se elevaba á ciento cincuenta millones de marcos. «De los depósitos se emplearon dos mil ochocientos millones en préstamos hipotecarios, mil setecientos millones en títulos al portador, cuatrocientos millones en adelantos á instituciones públicas y corporaciones y cien millones en préstamos sobre prendas. Los títulos al portador han sido anulados (*muy bien en la izquierda*): las deudas hipotecarias se han extinguido al pasar todas las propiedades inmuebles al Estado: los empréstitos sobre prendas no existen, por haber sido restituidos los objetos dados en garantía (*aplausos en la izquierda*). No hay, pues, manera de verificar la restitución de las sumas depositadas en las Cajas de ahorros. Únicamente podrá indemnizarse á los acreedores por medio de bonos que sirvan para comprar géneros en los almacenes públicos».

Después de la lectura de esta Memoria, toma la palabra un *orador de la derecha* y dice: «Millares de honrados operarios y de buenos socialistas demócratas (*agitación en la izquierda*) se sentirán amargamente desilusionados al ver que ahora

que el operario debe gozar del producto total de su trabajo se le priva de los frutos de la penosa labor, que no otra cosa representan los fondos depositados en la caja de ahorros. ¿Qué es lo que ha hecho posible la acumulación de esas economías? Una gran actividad; una extraordinaria abnegación, la abstención de ciertos lujos como el tabaco, las bebidas espirituosas que otros obreros se permiten». (*Rumores en la izquierda.*)

«Mas de uno se ha quitado el pan de la boca con tal de hacer economías y llevarlas á la caja de ahorros. Al igualar en este momento al que ha hecho tantos sacrificios con el que no ha dudado en derrochar lo que ganaba, no es extraño que haya quien se sienta herido por la injusticia». (*Aprobación en la derecha y emoción en las tribunas.*)

*El presidente* amenaza con desalojar los lugares destinados al público. (*Gritos, tumulto, exclamaciones: Nosotros somos ese pueblo.*)

*Presidente:* «El pueblo tiene derecho á rechazar la ley por medio de votación ordenada; pero no puede concedérsele el de intervenir en las discusiones del Parlamento». (*Aprobación general.*) «Los perturbadores serán expulsados».

*Un orador de la izquierda:* «Un verdadero demócrata socialista no ahorra sobre lo necesario. (*Signos de disgusto en la derecha.*) «El que practica las doctrinas de los apóstoles del ahorro de la burguesía no tiene derecho á que se le guarde ninguna consideración en el actual estado social. Muchas de las cantidades depositadas en la caja de ahorros, proceden de rapiñas perpetradas por los explotadores del trabajador. (*Murmillos en la derecha.*) No se diga que la democracia social persigue á los grandes ladrones y protege á millones de pequeños bandidos. Los capitales de las cajas de ahorros en sus diversas aplicaciones arguyen complicidad en el gravísimo delito de la explotación del obrero. (*Aprobación entusiasta en la izquierda.*) Sólo un burgués puede oponerse á la confiscación del dinero de dichos institutos.»

El *Presidente* llama al orden al orador por la grave ofensa

contenida en el epíteto *burgués* lanzado contra un miembro del Reichstag socialista democrático.

Se levanta el *Gran Canciller* en medio de extraordinaria expectación:— «Debo hasta cierto punto dar la razón á ambos honorables preopinantes. Hay algo de justo en lo que se ha dicho respecto al origen moral de los fondos de las cajas de ahorros y respecto al efecto inmoral de los mismos bajo el dominio capitalístico. Pero no permitamos que se distraiga nuestro pensamiento de los grandes problemas de la época actual, entreteniéndole en asuntos retrospectivos. (*Muy bien.*) Nosotros debemos resolver el problema sin sentimentalismos, como cumple á demócratas socialistas convencidos.»

«Reembolsar cinco mil millones á una fracción de ocho millones en personas, significaría querer edificar la nueva igualdad social sobre una desigualdad. (*Aplausos.*) Esta desigualdad se haría sentir muy pronto en todas las relaciones del consumo, y perjudicaría grandemente la futura organización de la producción y del consumo.»

«Con el mismo derecho que el que hoy invocan los acreedores de las cajas de ahorros, podrían mañana reclamar la restitución de sus capitales todos los que los tienen colocados en comercios, en instrumentos de trabajo, en propiedades inmuebles. (*Muy bien.*) Todo cuanto esperaban obtener de su actividad y de su economía los partidarios de lo usos antiguos, lo tendrán duplicado, cuadruplicado, participando con fe en las grandiosas instituciones que estamos creando en beneficio de los obreros. Pero si los que lo pretenden lograran ahora reivindicar esos millones, se mermaría considerablemente el capital destinado al bien de la comunidad, y mis colegas en el ministerio y yo no podríamos responder de la ejecución de los planes de la democracia naciente». (*Estrepitosos aplausos.*)

\*  
\* \*

Muchos oradores habían pedido la palabra, pero el *Presidente* manifiesta que computando el tiempo empleado por los diputados en las secciones, y el que necesitaban para enterarse de los documentos impresos sometidos á su estudio, había pasado la *jornada máxima de trabajo de ocho horas* y tenía que suspender la sesión. (*Gritos: á votar, á votar.*) Se presenta entonces una proposición reclamando la clausura de la sesión, y es aprobada, después de acordar que no se otorgue el reembolso de los depósitos consignados en la caja de ahorros, por gran mayoría.

Más de una vez los gritos de indignación de las tribunas llegaron á la calle y produjeron en los que esperaban sus naturales efectos. Los guardias de orden público despejaron los contornos del palacio del Reichstag, y redujeron á prisión á un gran número de personas que protestaban, entre ellas á muchas mujeres. Bastantes diputados de los que votaron contra el reembolso fueron groseramente insultados por la turba. Cuéntase que la milicia quiso probar en la multitud el efecto de los fusiles modernos del último modelo inglés. En mi misma casa pasaron escenas lamentables: mi nuera estaba desolada; en vano trataba de consolarla mi mujer, anunciándola los regalos que recibirían del gobierno *todos* los desposados recientemente. «Yo no quiero regalos de nadie—repetía aquélla;—yo no quiero más que el producto de mi trabajo; un gobierno semejante es peor que una banda de ladrones.»

Yo temía que los acontecimientos de hoy fueran muy poco á propósito para fortificar las creencias socialistas democráticas de mi nuera. También mi suegro posee una libreta de la caja de ahorros y no nos atrevemos á decirle al pobre viejo que su dinero no tiene valor alguno. No es avaro; pero hace algunos días decía que quería acumular los intereses de los intereses, para que á su muerte conservásemos de él grato recuerdo. Se necesita, en verdad, la firmeza de convicciones socialistas que yo tengo para poder sufrir tales pérdidas sin entristecerse y sin protestar.



## VI

## LA DISTRIBUCIÓN DE LOS OPERARIOS

El matrimonio de Francisco é Inés se ha aplazado para mejor ocasión. Hoy la policía ha comunicado las órdenes para que cada cual se ocupe en la labor que ha elegido conforme al plan de organización elaborado por el gobierno para la producción y el consumo del país.

Francisco conserva su oficio de cajista; pero no en Berlín. Ha tenido que marchar á Leipzig, porque en Berlín no se necesita más que la vigésima parte de los tipógrafos que había antes. La composición del *Vorwärts* ha sido confiada á socialistas democráticos muy probados y Francisco se ha hecho sospechoso por sus demostraciones en la plaza del Castillo con ocasión de las manifestaciones hechas con motivo del funesto asunto de la Caja de ahorros. Cree Francisco que la política ha influido mucho en el negocio de la distribución de los operarios. El partido de «los jóvenes» de Berlín ha sido casi disuelto. Un compañero fué enviado como tapicero á Inowraz, porque allí faltaban tapiceros y aquí sobraban. De este modo—decía mi Francisco—se hace revivir la antigua ley contra los socialistas en una nueva forma.

Yo procuraba consolar á mi hijo, manifestándole que también en la casa vecina habían sido separados marido y mujer. La mujer debía ir de enfermera á Oppeln y el marido de tenedor de libros á Magdeburgo. «Pero separar á los casados, decía Paula, es una infamia.» Mi viejecita ignora que en nuestra sociedad el matrimonio es negocio de índole privada, como ha demostrado Bebel en su libro *La Mujer*. El matrimonio puede ser contraído y puede ser disuelto en cualquier momento sin intervención de ningún oficial público. El gobierno

no tiene necesidad de saber ahora quién está soltero ó casado. En los registros del estado civil, el ciudadano se halla inscripto solo con su nombre de nacimiento y con el apellido de su madre. En una organización regular de la producción y del comercio, la vida en común de los cónyuges debe subordinarse á las exigencias del trabajo, y no á la inversa.

Pero mi mujer me hace observar que también durante el pasado régimen se lograba la revocación de los traslados molestos por consideraciones personales. Esto es verdad y fiándome en lo que entonces sucedía, me fui al ayuntamiento, recordando que un antiguo amigo mío y compañero de destierro cuando las expulsiones de los socialistas, desempeñaba un cargo importante en la diputación del trabajo. Me encontré su oficina atestada de gentes que acudían con la misma pretensión. En el pasillo estaba otro compañero también empleado en el mismo negociado y le conté el motivo de mi visita, que tanto y tanto me preocupaba. Me aconsejó que dejara pasar algún tiempo, porque todavía estaba muy reciente la participación que Francisco había tomado en el tumulto de la caja de ahorros y ésto podía perjudicarme en mis pretensiones.

También me lamentaba mucho de que yo, antiguo maestro encuadernador, hubiera sido admitido en el propio oficio; pero solo como oficial. A esto me contestó que no podía pasarse por otro camino; porque convertidas todas las industrias en grandes establecimientos oficiales no se necesitaban tantos maestros como en el sistema abolido. Me advirtió, sin embargo, que por causa de un error de cálculo se haría una convocatoria extraordinaria de quinientos inspectores, y me aconsejó que solicitara uno de estos puestos. Seguiré el consejo.

Mi mujer ha sido colocada como enfermera; mas no en el asilo en donde debe educarse nuestra niña. Por regla general, para evitar las naturales preferencias por los hijos y para no excitar los celos de las demás madres, éstas ocuparán puestos en establecimientos distintos de los que ocupan sus hijos. Esto responde á un alto espíritu de justicia; pero atormenta

á mi Paula, que no quiere convencerse de la bondad de la medida. Las mujeres subordinan las más de las veces la razón de Estado á sus sentimientos particulares. Mi nuera no ha sido ocupada en trabajos de modista, sino de costurera en blanco. Se comprende, porque la nueva sociedad no necesita de modas ni de perifollos. El nuevo plan de producción está calculado sobre el consumo de la masa. Todo lo que significa, gusto, destreza, arte, se relega á segundo término.

—Queridos míos—les decía yo para calmarlos—reflexionad que sólo Dios podría contentarnos á todos.

—A lo menos—objetaba Francisco—debía dejarse que cada uno ordenase su casa. Peor que ahora no estábamos con el antiguo régimen.

Trataba yo de calmarlos leyéndoles el *Vorwärts*, en el cual el gobierno, para justificarse ante el pueblo, publicaba la lista de las demandas y de las concesiones de trabajo en los diversos oficios. En Berlín había más solicitudes para ser cazadores que liebres corrían en diez millas en contorno. Para responder á las peticiones debería el gobierno colocar un portero en cada puerta, un guarda forestal al pie de cada árbol, nombrar un caballerizo para cada caballo; se anunciaban más ayas que niños, más cocheros que carruajes, camareros y cantantes de cafés en abundancia extrema, poquisimos enfermeros, vendedores y vendedoras innumerables, y los inspectores, contra-maestres, sobrestantes, empleados en los diferentes ramos de la administración llovían por todas partes, los acróbatas no faltaban; pero en cambio apenas había quien pidiera los oficios duros y difíciles de obrero en fábricas de vidrio, fogonero, y mucho menos quien quisiera limpiar las cloacas.

¿Qué debía hacer el gobierno para poner de acuerdo estas exigencias con los planes de organización para la producción y para el consumo? ¿Debía dar poco salario á los que desempeñaran los oficios más solicitados y uno mayor á los que ejercieran los menos demandados? Esto sería contrario á las doctrinas democrático-socialistas.

Todo trabajo útil ha de tener el mismo valor, como ha sostenido siempre Bebel. Además, la desigual participación en el producto del trabajo favorecería el desigual goce de la vida y haría posible el ahorro á los mejor retribuidos, y esto determinaría nuevamente el renacimiento de una clase capitalista que vendría á destruir el sistema de producción socialista.

¿Se podría tal vez evitar la dificultad con un arreglo en las horas de trabajo? Esto destruiría la correlación natural que debe haber entre las diversas labores y los obreros. El nuevo orden de cosas rechaza, como injusto é inconveniente, el juego de la oferta y la demanda que imperaba bajo la tiranía del capital.

El gobierno obligaría á los presidiarios á realizar los trabajos desagradables, y como ya había recomendado Bebel, piensa introducir frecuentes cambios en las ocupaciones. En lo por venir un mismo trabajador variaría durante el día de oficio, ó á lo menos de tarea.

Por ahora decidirá la suerte. Serán sorteados los candidatos que han de ejercer que subsistan las diversas profesiones, según el plan de organización gubernamental, y entre los que queden, también por suerte, serán elegidos los que han de desempeñar los oficios menos demandados.

Francisco argüía que semejante sistema podría aplicarse á los caballos y á los perros, pero que era la primera vez que se atreviera nadie á jugar á la lotería con los hombres, y que esto revelaba que los hombres gobernantes habían perdido la cabeza.

«—Piensa—le objetaba yo—que ahora todo debe obedecer á principios de rectitud y de justicia. Por el momento, todavía sufrimos las funestas consecuencias del sistema de explotación y de tiranía del capital; pero cuando se haya formado completamente la conciencia democrática-socialista, no faltarán ofertas de brazos para los oficios más duros, más peligrosos y desagradables; porque los que voluntariamente se han de presentar para desempeñarlos, lo harán convencidos de que lejos

de trabajar para favorecer á los zánganos de la colmena social, se ocupan en el servicio de la humanidad.

Me parece que mis hijos no se han convencido del todo.

## VII

## NOTICIAS DEL CAMPO Y DE LAS CIUDADES

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL  
ATENEU BARCELONÉS DEL

Todos los jóvenes de veinte años habrán de tomar las armas dentro de tres días. Entre ellos está el hermano de Inés. El *ejército popular* deberá ser armado y organizado rápidamente. El ministerio de la Guerra, que con sus edificios anexos de la calle de Leipzig y de Guillermo, estaba destinado á convertirse en un gran instituto para la educación de los niños, al cual había sido destinada mi mujer, no cambiarán de destino.

Las circunstancias por que atraviesa el país exigen que se organice el ejército popular de modo que pueda ponerse en pie de guerra lo más rápidamente posible. Los nuevos consejeros provinciales reclaman con urgencia el apoyo de los soldados para poner en vigor las leyes en los campos y en las pequeñas poblaciones. Por eso se ha dispuesto que, por de pronto, en cada distrito se sitúe desde luego un batallón de infantería, un escuadrón de caballería y una batería. Para mayor seguridad, no formará parte de estos cuerpos ningún recluta perteneciente al distrito.

Es indispensable meter en cintura á los aldeanos, que se oponen con todas sus fuerzas á la socialización, como hoy se dice, de sus propiedades privadas, casas, cortijos, ganados é instrumentos agrícolas. Pretenden estos infelices que se les deje trabajar en sus propios fundos. Podría accederse á sus pretensiones, si fuera esto compatible con el plan de organización de la producción; pero es imposible, y las personas irreflexivas serán obligadas por la fuerza á cumplir sus debe-

res sociales. Cuando la novísima organización haya producido sus naturales frutos, entonces los aldeanos, hoy tan refractarios al régimen que acaba de inaugurarse, disfrutarán de la gratísima existencia que la democracia social les proporcionará.

Los siervos y los jornaleros del campo estaban al principio muy contentos al saber que los *latifundia*, en los que tanto y tanto habían trabajado, pasaban á ser propiedad nacional. Pero ahora también en estas gentes se observa un cambio notable de opinión. Emigran en masa á las grandes ciudades, y en particular á Berlín. En las últimas semanas se han visto en las calles de Federico y en *Unter der Linden* caras extrañas de personas que venían de los puntos más extremos de Alemania. Acuden acompañados de sus mujeres é hijos, no tienen recursos, y sin embargo reclaman las comidas y las bebidas más exquisitas, los mejores vestidos y el calzado más superior, porque han oído decir que en Berlín se vive alegremente sin trabajar.

«¡Lástima grande,  
que no fuera verdad tanta belleza!»

Es necesario repatriar á la fuerza á estos infelices, y esto provoca grandes desórdenes. ¡No faltaba más que el gobierno permitiera que se mutilara la grandiosa organización de la producción y del consumo por favorecer los delirios de estos descamisados!

Mucho mejor hubiera sido que desde el principio se hubiera prohibido la emigración voluntaria de los obreros, de cualquier clase que fuesen. Ahora bien; concedo que en lo porvenir Berlín habrá de ser muy visitada; pero no arbitrariamente, sino como lo manifiesta claramente el *Vormärts*, conforme al plan y á los cálculos del gobierno. El Estado demócrata-socialista, como ahora se llama, la sociedad, no puede sufrir la holgazanería, precisamente porque toma en serio la obligación general de trabajar.

Hoy publica cabalmente el *Vormärts* un artículo sangriento contra los llamados *descentralizadores*, que forman un partido novísimo. Son gente que no ve con buenos ojos que en Berlín los consejeros municipales obedecen sin discusión las órdenes del gobierno. Ayer el Gran Canciller ha hablado otra vez en el *Reichstag*, de la manera convincente que acostumbra, como dice muy bien el *Vormärts*, y ha obtenido unánimes aplausos. Discutiase si habría de hacerse una tentativa para tranquilizar á los habitantes de los campos: se proponía que la propiedad de la tierra pasara á manos, no de la colectividad, sino de las *Sociedades productivas locales*, de las que debían ser miembros todos los habitantes de cada localidad. He aquí las palabras del Gran Canciller contra semejante propósito: «Tales errores, que proceden del tiempo de Lassalle, han sido ya refutados en el Congreso socialista de Erfurt, celebrado en 1891 y no deben revivir. Organizadas las sociedades de producción locales, se seguiría inmediatamente la competencia entre ellas. Las distintas calidades de terrenos en las diversas comarcas traerían consigo diferencias entre ricos y pobres y abrirían de nuevo la puerta al capitalismo. La organización popular de la producción y del consumo, así como una distribución conveniente de las fuerzas de trabajo en el país entero, hacen imposible los egoísmos, las competencias y las autonomías personales ó locales. La democracia social no admite términos medios: ó se plantea en toda su extensión, ó no se plantea. Y nosotros la queremos una é indivisible.» (*Vivas muestras de aprobación.*)

## VIII

## ¡EL ÚLTIMO DÍA EN FAMILIA!

Horrible día he pasado hoy con mi mujer y con mi nuera. Era día solemne porque debíamos celebrar el natalicio de mi querida esposa; pero nadie estaba de buen humor. Mañana Francisco debe marchar á Leipzig; mañana nos abandonarán también nuestros dos niños y el abuelo ingresará en el asilo de ancianos.

Esto era lo que preocupaba á todos. Desde bien temprano el abuelo no hacía más que repetir: «La democracia social es la desventura de todos nosotros».

Yo le pintaba la buena vida que le esperaba en el hospicio; pero él exclamaba: «¿Qué me importa eso si he de verme obligado á vivir, á comer, á dormir con personas extrañas? Careceré de los cuidados de mi hija; no podré fumar cuando quiera; no jugaré más con Anita y Ernesto no me distraerá con sus cuentos de la escuela. No volveré á saber nada de vosotros. Si caigo enfermo, me abandonará todo el mundo. Un árbol viejo no puede trasplantarse; mis días están contados.»

—Ya iremos á verle á usted—le decía yo para consolarle.

—¡Ay de mí!—exclamaba el pobre anciano;—las visitas no me consolarán, y además, no podremos estar solos ni comunicarnos nuestras tristezas y nuestras alegrías sin testigos.

Contristados por tanto dolor, tratamos de distraerle con las gracias de la pequeña Anita, que era su predilecta. Por cierto que era la única que estaba alegre en aquella casa. No sabemos quién le había hablado de los ricos dulces, de las magníficas muñecas, de los perritos, de las hermosas estampas y de no sé cuántas preciosas cosas que encontraría en el asilo de



la infancia. Lo cierto es que no hacía más que repetirlo en su placentera cháchara.

Francisco aparentaba una calma que de seguro no sentía, esto me agradaba, porque se me figuraba que meditaba algo grave que no quería que se trasluciera. Todavía esperaba yo verle convertido al socialismo democrático. El otro muchacho, Ernesto, tampoco dejaba penetrar sus sentimientos y sus pensamientos. Hoy está extraordinariamente expresivo con su madre, contra lo que suele ocurrir. Debe volver á la escuela y parece muy alegre. Cosa extraña, porque si bien es verdad que tiene gran habilidad para el oficio, los estudios no le gustan nada. Ahora todos los muchachos de su edad deben estudiar un par de años antes de emprender el ejercicio de una profesión manual.

Mi mujer suele obsequiarnos el día de su cumpleaños con un jugoso asado de ternera, con ciruelas-pasas, nuestro derroche tradicional, como lo llamaba Francisco riéndose.

—¡Cuándo nos volveremos á ver juntos!—nos decía llorando al poner el asado sobre la mesa.—Ya no podré ofrecer otro asado de ternera, porque no tendremos ni casa ni cocina.

—Con todo el respeto debido á tu succulento plato—replicaba yo—no debemos preferirlo á nuestros ideales. Consuélate, que más adelante comeremos á diario ternera y otros manjares exquisitos.

—Pero ahora—me contestaba—unos comeremos en un sitio y otros en otro. Se le oprimía el corazón al pensar en la separación. ¡No hay nada que pueda reemplazar á la vida de familia!

—Consuélate, mujercita mía—le decía yo—nos queremos cada día más, y tendremos más tiempo libre para poder decirnoslo.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamaba mi mujer—prefiero trabajar aquí en casa para nosotros diez ó doce horas diarias, que ocho fuera cuidando niños ajenos á quienes ni conozco ni quiero, ¿Y para qué va á servir todo esto?—preguntaba viva-

mente: y la nuera que está siempre de acuerdo con mi mujer, cuando se toca este punto, repetía la pregunta aún más vivamente. Las dos se mostraban más recalcitrantes al notar que Francisco les hacía coro. Pero todavía yo encontraba argumentos para replicarles:

¿Habéis olvidado tan pronto las magníficas conferencias de la Sra. W., sobre la emancipación de la mujer y sobre sus derechos en la sociedad iguales á los del hombre? Entonces erais entusiastas de aquellos discursos y del libro de Bebel.

—¡Ah, la Sra. W. es una vieja solterona acostumbrada á andar siempre de fonda en fonda—me contestaron.

—Confesad al menos—replicaba yo—que tenía razón. Igualdad de derechos é igualdad de deberes en el trabajo, sin distinción de sexos es la base fundamental de la sociedad socializada. Independencia en la mujer respecto del hombre, actividad igual de la mujer y del hombre; no más esclavas domésticas, no más obras serviles de las mujeres nacidas en la esclavitud. Para lograrlo, redúzcanse las relaciones familiares á lo puramente necesario; transfírase el trabajo doméstico á los grandes establecimientos públicos. No más niños ni más viejos en las casas, á fin de que el desigual número de personas en las familias que tengan necesidad de ser auxiliadas, no traiga de nuevo las diferencias de pobres y ricos. Estas son las enseñanzas de Bebel.

—Todo eso puede ser resultado de un cálculo matemático; pero no nos hace felices, Augusto—decía el abuelo.—¿Y por qué? Porque la humanidad no es un rebaño de carneros.

—Tiene razón el abuelo—exclamó Inés.

Al decir ésto echó los brazos á Francisco, asegurando que no quería separarse de él.

No voy á contestar á todas estas tonterías del abuelo y de Inés; pero desearía que no llegara el día de mañana que ha de ser el de nuestra separación.

## IX

## EL DÍA DE LA MUDANZA.

En vez del carruaje que hoy debía venir para llevarse á los niños y al abuelo á sus respectivos asilos, se presentó un gran carro de mudanzas, muy temprano á nuestra puerta.

Habrá tiempo hasta la noche para trasportar á los hombres,—dice un guarda.—Ahora, según las órdenes recibidas habremos de cargar los muebles.

—¿Qué significa esto?—gritó mi mujer aterrada. Yo creía que los muebles eran de propiedad privada.

—Cierto, amable señora,—responde el agente;—nosotros no nos llevaremos *todo* el mobiliario: á la sociedad le pertenecen solamente los objetos inscritos en este inventario; y diciendo y haciendo sacó de la cartera un documento que deberíamos firmar y nos mostró una notificación publicada en el *Vorwärts*, en la que no habíamos parado mientes poseidos como estábamos por el dolor de la separación.

Y como mi mujer, á pesar de estas observaciones, aterrada, no acertaba á salir del estupor que le causara la confiscación de sus queridos muebles, el empleado que se conducía con la mayor corrección, le dijo:

—Pero, querida señora, ¿de dónde hemos de sacar nosotros los muebles que se necesitan en los nuevos establecimientos de educación de los niños, en los asilos de viejos, en los hospitales, etc.?

—¡Oh! ¿y por qué no vais á las casas de los ricos, que están repletos desde el techo al suelo de muebles magníficos?

—Precisamente venimos haciendo esto, señora,—respondió el empleado.—En la calle del Parque, en la calle de Victoria, en la calle de los Regentes, en todos estos sitios se encuentran

carros de muebles que van de un lado para otro. Hasta nueva orden está rigurosamente prohibida la circulación de cualquier otro vehículo. En ninguna casa se dejan más que dos camas, y de los demás muebles sólo quedan los necesarios para dos ó tres habitaciones; pero aun á pesar de esto no es suficiente. Pensad, señora, que el alcalde, en una ciudad como Berlín, que cuenta dos millones de habitantes, debe instalar en los institutos de educación más de nuevecientas mil personas menores de veintiún años, y en los hospicios cerca de cien mil ancianos que han pasado de los sesenta y cinco años. Además, es necesario decuplar el número de camas en los hospitales. ¿Dónde encontrar todo esto, si no apelamos á los muebles de los particulares? ¿Y qué queréis hacer de los vuestros, una vez que el viejo y los niños no han de permanecer en casa?

—¿Y cómo nos arreglaremos para recibir á nuestros parientes cuando vengan por aquí?—replicó mi mujer.

—Quedaos con seis sillas.

—¿Pero para alojarlos?

—Esto será difícil de todos modos—observó el empleado—por falta de local en la futura casa.

Se ve muy bien que mi querida esposa se había imaginado en su fantasía, un tanto soñadora, que en el gran reparto de las casas de la ciudad le había de tocar un hermoso hotel; pero mi Paula no debiera haber olvidado que Bebel ha dicho y escrito millones de veces que «la casa debe ser reducida á lo estrictamente necesario». Paula se aquietaba un poco pensando en que su padre y sus hijos podrían usar en el asilo sus propios muebles, dormir en su misma cama; y con esta idea quería donar al hospicio en donde aquel iba á vivir la silla poltrona que usaba.

—Pero eso no se puede permitir—manifestó el empleado.—Todo habrá de ponerse junto y distribuirlo después. ¿Qué confusión de muebles no habría en los establecimientos si cada persona quisiera usar los suyos?

Aquí nuevos llantos y nuevas lamentaciones. Aquella bu-

taca se la habíamos regalado al abuelo el día de su cumpleaños; era casi nueva y estaba el pobre mejor acomodado en ella. En la cuna de Anita habían dormido sucesivamente todos nuestros hijos. El gran armario era de los primeros efectos adquiridos después de nuestro matrimonio; lo habíamos pagado á plazos. ¡Oh, cuántos trabajos sufrimos para pagar nuestro humilde mobiliario! ¡Todos ellos eran tan preciosos para nosotros por los recuerdos que encerraban! El espejo era recuerdo de mi padre. Ante él se afeitaba, y por cierto que le faltaba un pedazo que me recordaba una de mis fechorías de la niñez, que me había costado algunos pescozones. En suma, cada objeto de la casa era un capítulo de la historia de nuestra vida. ¡Y pensar que todo iba á desaparecer para siempre!

Estas lamentaciones de nada sirvieron; los muebles fueron cargados en los carros, y por la noche otro agente de policía vino y se llevó á los niños y al abuelo, á quienes no se nos permitió acompañar.

—Los lloros deben cesar alguna vez—dijo bruscamente el dependiente de la autoridad.

Y en verdad que no era para tanto. Este viejo sentimentalismo no se amolda al espíritu de los nuevos tiempos. Ahora que el reinado de la fraternidad humana se inicia; cuando ha llegado el momento de que millones de seres humanos se confundan en abrazo fraternal, es preciso levantar el corazón y la mirada por encima de los estrechos vínculos que unían la sociedad burguesa muerta y enterrada.

Esto dije yo á mi mujer cuando quedamos solos. ¡Pero qué silencio, qué soledad en las habitaciones! Nunca nos hemos sentido tan tristes y desolados como en este momento.

—Quién sabe dónde se acostarán esta noche los niños y el abuelo—me interrumpió llorando mi mujer—y si dormirán bien.

Anita estaba ya casi dormida cuando se la llevó el agente. Acaso no se les ocurra limpiarle sus vestidos y ponerle la larga camisa de dormir para que no se resfrie. Durante el

sueño descompone las ropas de la cama; por eso he cuidado de advertirlo en una carta que he cosido á la misma camisa para advertírselo á la vigilante.

Difícil es que podamos pegar los ojos en toda la noche, pensando en tantas cosas tristes. Debemos acostumbrarnos á todo.

## X

### LA NUEVA MONEDA

Los fotógrafos han tenido mucho trabajo en estos días. Todos los alemanes de veinte á sesenta y cinco años, es decir, cuantas personas no son mantenidas en los establecimientos públicos, han recibido la orden de retratarse. Esto es necesario para distribuir los certificados monetarios que deben sustituir á las antiguas especies metálicas y á los billetes de banco.

Dando pruebas de una gran habilidad, dice el *Vorwarts*, nuestro Secretario del Tesoro ha resuelto el problema de introducir un instrumento de circulación que responda á las legítimas exigencias del cambio, é impida, sin embargo, la resurrección en la clase capitalista. La nueva moneda no tiene *per se* ni valor como el oro y la plata; consiste simplemente en asignados sobre el Estado, único poseedor actual de todos los objetos vendibles.

Todo trabajador al servicio del Estado recibe cada dos semanas un certificado nominal con la fotografía del poseedor, como los antiguos billetes de abono de los ferrocarriles, para impedir que sea usado por otra persona. Verdad es que siendo igual para todos el tiempo de trabajo prescrito y dándose idéntico valor á la hora normal de trabajo, no pueden surgir desigualdades sociales, que, como en lo antiguo, sean efecto de las diferentes aptitudes y de la diferente manera de

renumeración cuantitativa; mas conviene excluir de la producción la posibilidad de que con la diversidad del consumo se acumulen los valores en las manos de ciertas personas más económicas ó de menos necesidades, de lo cual pudiera renacer la tan odiada clase capitalista, que llegaría muy brevemente, como en los terribles tiempos pasados, á reducir á la servidumbre á los obreros menos parcos ó que consumieran todo su salario.

A fin de que el certificado monetario no pueda ser cedido á un tercero, ni en todo, ni en los cupones que á él van adheridos, estos cupones no deben ser cortados por el poseedor sino en presencia del vendedor ó de otro empleado del Estado que lo reciba en pago.

Hay otra especie de cupones que se añaden por el respectivo tenedor de libros del Estado, á la libreta de catorce en catorce días. El portero de cada casa debe separar un cupón de alojamiento ó un billete de habitación en períodos fijos. La nueva distribución de las habitaciones se verificará tan pronto como estén dispuestas las cocinas públicas para que pueda prescindirse de este servicio, antes de carácter privado. Será necesario cortar y entregar un billete de alimento al tomar la comida en aquellos establecimientos; con otro billete se pagará la ración de pan, que ha de consistir en setecientos gramos por persona. Los otros cupones tienen diverso valor nominal y servirán para comprar objetos del consumo especial de cada ciudadano, como la merienda, la cena, el tabaco, las bebidas espirituosas, el lavado y planchado, el vestido. Todo esto se podrá obtener en los almacenes públicos y en los puestos de venta.

Como cada cupón lleva el número del certificado y el nombre de su poseedor se halla asentado en el registro, se sabrá fijamente por el número de los billetes cortados en qué ha gastado su salario cualquier persona. Así el gobierno conocerá todas las necesidades de cada uno, y ésto facilitará grandemente la organización de la producción y del consumo.

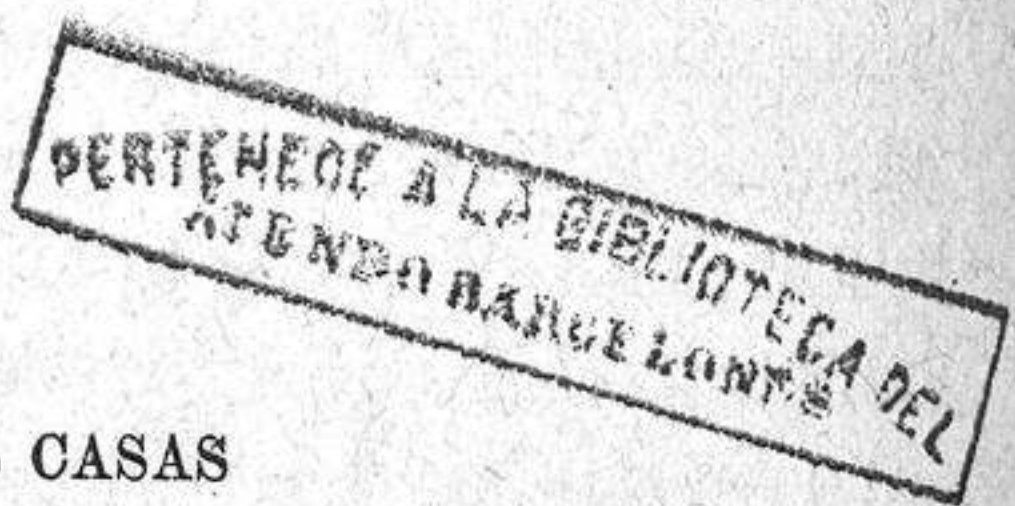
Las mercancías compradas con los cupones podrán ser consumidas por el adquirente ó cedidas á otro. El poseedor puede hasta transmitir á su antojo estas mercancías, en caso de muerte, mediante una indicación escrita en su libreta. Esta disposición reduce á polvo las objeciones más fuertes de los adversarios y de los calumniadores de la democracia social; porque demuestra, como observa acertadamente el *Vorwärts*, que la democracia social no pretende abolir toda la propiedad privada y el derecho hereditario: no hace más que limitarlos prudentemente á fin de evitar el peligro de un nuevo capitalismo y de un nuevo sistema de explotación.

Al que dentro del período de los catorce días no haya necesitado emplear todos los cupones de su certificado monetario, se le consignan en el nuevamente expedido; pero para evitar que tales residuos sean acumulados y con ellos se formen nuevos capitales, no se permitirá acumular bonos más que por un valor de sesenta marcos, cantidad que se cree suficiente para los mayores gastos en determinadas personas: todo lo que se ahorre sobre esta suma pasará á la caja del Estado.

XI

#### LAS NUEVAS CASAS

La gran lotería para la adjudicación de habitaciones se había verificado, y nosotros tuvimos, como era natural, nuestro domicilio correspondiente al número que nos tocó en suerte. No mejoramos, eso puedo decirlo desde luego. Habitaba un tercer piso con vistas á la calle y ahora me tocaba por morada el mismo tercer piso, pero interior. A mi mujer le cayó el alma á los pies: había perdido la esperanza de poseer un hotelito; pero á lo menos pensaba que le correspondería un





buen cuarto. Pues bien; en vez de esto, la pícara suerte nos deparó solamente una alcoba con ventana y un camaranchón como de criados y todo muy oscuro, muy bajo de techo y muy pequeño. Sin embargo, creo firmemente que no se ha cometido fraude alguno en la distribución de habitaciones. Nuestro alcalde es honradísimo y de él no hay que temer nada de incorrecto. Como se anunció ayer en la asamblea de los consejeros municipales de Berlín, según el catastro hecho para el repartimiento de los antiguos impuestos, pueden disponer para sus dos millones de habitantes de un millón de estancias. Es verdad que la necesidad de locales para fines de carácter público ha aumentado enormemente por virtud de la organización socialista, y los que existían antes apenas bastan para una fracción mínima de las exigencias del presente: como que hay que instalar un millón de niños y de viejos en los asilos y en los hospicios y es preciso preparar ochenta mil camas para enfermos en los hospitales. Se comprende que las necesidades públicas deben prevalecer sobre los intereses privados, y por eso ha tenido mucha razón el gobierno al confiscar las mayores y mejores casas principalmente en los barrios del occidente de la ciudad. En los distritos del interior están en mayoría las oficinas y los almacenes de ventas. En los pisos bajos se han instalado las cocinas públicas y los comedores para el millón de habitantes que no viven en los establecimientos públicos, y en la parte central de los edificios que antes pertenecían á particulares se han colocado los lavaderos. He aquí el motivo de haber reducido mucho el espacio para las habitaciones propiamente dichas.

Según la estadística, había disponibles; como he dicho, un millón de cuartos habitables. Después de cubierto el cupo para las instalaciones de carácter público, quedaban seiscientas mil más ó menos pequeñas, las otras cuatrocientas mil eran antiguas cocinas, despensas, trasteras, etc., y como cada persona de veintiuno á sesenta y cinco años tenía derecho á una habitación se recurrió á la suerte para evitar en lo posible

la desigualdad que resultaba de la diferencia de habitaciones. Los democratas socialistas de Berlín habían ya acudido á este medio en los tiempos de la burguesía para repartirse las localidades de los teatros.

Después de distribuidas las habitaciones por el procedimiento de la suete se permitió el cambio entre los concesionarios. Los que querían vivir juntos y les había correspondido habitación en casas ó pisos distintos, se apresuraban á realizar permutas para lograr su legítimo deseo. Yo, por ejemplo, no hubiera podido instalarme en el camaranchón que estaba al lado del cuarto de mi mujer, á no haber trocado el cuarto que me tocó en la casa vecina con un joven á quien se le adjudicó aquella detestable habitación.

No todos los casados tuvieron la fortuna de cambiar los cuartos que les habían correspondido, y muchos pasaron todas las penas del mundo para poder vivir con sus mujeres. Como el matrimonio es una institución de carácter privado, el Estado no sorteó habitaciones para los casados en condiciones diferentes que para los célibes. Si tuvieran carácter público, los matrimonios, en vez de poder realizarse á toda hora, hubiera habido que diferirlos hasta que existieran vacantes de habitaciones en condiciones para recibirlos. Con el sistema vigente, los que se deciden á casarse buscan el medio de reunir sus habitaciones, y cuando quieren separarse no tienen más que hacer que dividir los muebles y negocio concluido.

También este asunto en la nueva sociedad está organizado de la manera más ingeniosa y más lógica. Estas novísimas instituciones, que garantizan perfectamente la libertad personal del hombre y de la mujer, confundirán de una vez más á los que auguraban que la democracia social reduciría á esclavitud al individuo. Por supuesto que estas ideas no nos preocupan ni más ni menos á mí y á mi mujercita. Nosotros permaneceremos siempre estrechamente unidos en las alegrías y en el dolor hasta el fin de nuestra vida. Únicamente las naturalezas débiles tienen necesidad, de reforzar las inclinacio-

nes del corazón con lazos exteriores, remedo de la antigua sociedad.

A consecuencia del cambio de domicilio, hemos tenido que prescindir de una gran parte de nuestro mobiliario. La nueva habitación es demasiado pequeña para contener todo lo que nos quedaba después de la separación de nuestros queridos parientes. Aun así se hacía difícil moverse en las dos habitaciones, pero cuántos estarán aún peor, pues han tenido que dejar en la calle muchas cosas indispensables que no ha sido posible colocar en las nuevas habitaciones.

No debemos afligirnos por esto. En la sociedad socializada á una existencia privada limitada y angustiosa, ha de sustituir una grandiosa vida pública que con sus establecimientos perfeccionados hasta el grado más extremo para la nutrición corporal é intelectual, para el recreo y para el confort, proporcionará á todos los hombres y á todas las mujeres sin diferencia lo que antes solo podía gozar la clase privilegiada. A la apertura de las cocinas públicas, que se verificará mañana, seguirá bien pronto la inauguración de los teatros populares.

## XII

### LAS COCINAS DEL ESTADO

Es un fenómeno maravilloso de veras que puedan hoy inaugurarse de un golpe, mil cocinas del Estado, cada una de las cuales habrá de confeccionar alimentos para mil personas. El que se haya imaginado que estas cocinas públicas funcionan como los restaurants en donde se regodeaban con comidas á lo Lúculo los gordos burgueses, se engañará completamente. En las cocinas públicas de la sociedad socializada no hay camareros muy acicalados y con el imperdonable frac negro, ni cuentas kilométricas, ni otras cosas análogas.

Todo, hasta la particularidad más nimia, está previsto en estos establecimientos. Ninguna persona goza allí de preferencias. No se permite elegir la cocina que á uno acomode; cada ciudadano debe dirigirse á la que corresponda al distrito en donde radique la habitación que ocupa. La comida principal se sirve desde el mediodía hasta las seis de la tarde; de modo que se pueda utilizar para comer, ya el período de descanso que hay en la mitad del día ó á la conclusión de la jornada de trabajo. Yo no podré comer en compañía de mi mujer, como acostumbraba desde hace más de veinticinco años, sino los domingos; porque la pausa durante el día de trabajo se verifica á distintas horas.

Apenas entra uno en el comedor, el administrador corta el bono de comida del certificado monetario y expide en cambio un número de orden. Se espera entonces á que haya asientos vacíos y cuando suena el llamamiento, se sienta en la mesa común y comienza á su comida. Los guardias cuidan del mantenimiento del orden con todo rigor. Esta fuerza pública tiene en Berlín un contingente de doce mil hombres, y casi todos se encuentran en las cocinas porque la afluencia de gente ha dado motivo á algunos disturbios. Es preciso convenir en que el pueblo berlinés no entra muy bien por los usos de la democracia social.

Cada cual ocupa el puesto que está libre cuando llega del trabajo. Yo me senté al lado de un molinero y enfrente de nosotros comió un peón caminero que se reía muy cordialmente á costa de aquél. El espacio destinado á cada consumidor es muy pequeño y esto produce bastante incomodidad, á pesar de que la comida dura poco. Transcurridos los minutos que se señalan, un agente, reloj en mano, da la orden de despejo, y sin tardanza, llegan otros á ocupar los puestos que quedan vacíos.

Debo manifestar que en todas las cocinas de Berlín se preparan iguales alimentos en el mismo día. Como se sabe precisamente en cada establecimiento alimenticio las personas

que han de ser servidas y como éstas no tienen el derecho de elección de platos, se evitan las grandes pérdidas que encajecían los viveres en los *restaurants* de la burguesía. Este ahorro es uno de los mayores triunfos de la organización socialista democrática.

Al principio, como nos ha dicho nuestra vecina, que es cocinera, se trató de ofrecer en cada cocina diversas viandas á elección; pero sucedía que agotada una, los que vienen después tenían que privarse de ella, lo cual lesionaba la igualdad y determinaba una injusticia para los que no pueden venir tan temprano al comedor por impedírsele su trabajo, y no podían gozar de los mejores platos que debido á ésto se acababan pronto.

Todas las personas son iguales. Un gastrónomo que hoy pidió un suplemento cosa incompatible con el principio de igualdad socialista-democrática, ha sido objeto de una rechiffa general. Las mujeres disfrutaban de una ración igual al hombre; lo contrario sería considerado como un ataque á la igualdad de derechos de los dos sexos y á sus iguales obligaciones en el trabajo. Todos, pues, deben contentarse con la misma porción congrua. Para los gordos, como burgueses, á consecuencia de la vida cómoda á que venían habituados de antiguo, será muy higiénico no comer mucho y completará seguramente el desengrase la gimnasia á que pueden dedicarse en los momentos de ocio grandemente aumentados por el régimen de las ocho horas de trabajo.

Como cuenta nuestra vecina, el ministro de la alimentación popular ha tenido en cuenta para la fijación de la medida de los artículos que en ella deben entrar lo que la ciencia enseña respecto á la cantidad de materia azoada ó no azoada que ha de ser ingerida en el cuerpo humano para que se mantenga en sana salud. Por término medio se pasan á toda persona 150 gramos de carne, con arroz y legumbres (guisantes, habas, lentejas), patatas abundantes; los jueves ensalada de lechuga con guisantes. Los platos del día se anuncian

por todo Berlín en los aparatos en donde antes aparecían los carteles de teatros.

¿En qué parte del mundo habrá un pueblo en que como en el nuestro se pueda estar seguro de recibir diariamente su ración de carne? Un rey de Francia imaginó un día que el *summum* del ideal para su país sería que cada domingo pudieran sus súbditos poner una gallina en el puchero. ¿Qué diría si supiera que en Alemania todos los días gozan los ciudadanos de una comida reparadora y abundante hasta donde lo permitan los bonos de su certificado monetario?

¡¡De hoy en adelante á nadie faltará comida y cama!!  
¡¡Para todos habrá carne en el puchero todos los días!! Esto solo basta para perdonar cualquier falta que pueda notarse en el nuevo régimen. Es verdad que la ración de carne no peca de abundante, pero nuestro previsor gobierno no ha querido suministrar desde el principio una mayor cantidad que la que por término medio se consumía en Berlín en la comida del mediodía. Con el tiempo todo será más abundante y grandioso y á medida que se perfeccionen las nuevas instituciones, mejorarán seguramente las condiciones de vida.

Solamente una cosa enfría mi entusiasmo por los progresos del régimen socialista y es la aflicción de mi mujer. Se encuentra extraordinariamente nerviosa. Durante los veinticinco años de matrimonio no hemos disputado tanto como desde el establecimiento de las nuevas instituciones. Ni siquiera le gustan las cocinas del Estado. La comida tiene, según ella, gusto á menestra de cuartel; la carne está demasiado cocida, la salsa demasiado insípida; hasta el saber con ocho días de anticipación lo que ha de comer, le incomoda y le hace perder el apetito. Ahora me acuerdo de que antes del cambio de organización del Estado, mi mujer se lamentaba de la carestía de los artículos de comer, y gozaba muchísimo cuando nos íbamos á comer á un restaurant de la aldea. Las mujeres han de refunfuñar y de criticar siempre los platos que ellas no confeccionan.

Espero que cuando visite á su padre y á sus hijos en los asilos en donde se encuentren y vea lo sanos y alegres que están, renacerá en ella la alegría, que no la ha abandonado ni aun en los tiempos más difíciles de la época burguesa.

### XIII

#### UN INCIDENTE DESAGRADABLE

El Gran Canciller decae un tanto en la pública estimación. Yo lo deploro sinceramente, porque creo de buena fe que es difícil, si no imposible, encontrar un hombre de Estado más idóneo, más enérgico, más activo y un demócrata socialista más convencido; pero no todos opinan como yo. Cuanto en el nuevo régimen disgusta á algunos, se le atribuye á nuestro Gran Canciller. Las mujeres sobre todo se muestran muy pre-dispuestas contra él: como que le atribuyen los trastornos que ha ocasionado el cambio forzoso de habitaciones y el establecimiento de las cocinas públicas. Se dice que han formado un poderoso partido de oposición. Creo que ni mi mujer ni Inés pertenecen á esta nueva y original bandería.

Corren voces, por supuesto esparcidas con muy mala intención, de que el Gran Canciller es un aristócrata. Se cuenta que tiene criados que le lustran las botas y le limpian la ropa, y que en vez de ir á tomar él mismo su comida en la cocina del distrito se la llevan al Castillo. De ser esto cierto, no estaría muy de acuerdo con las teorías igualitarias de la sociedad socializada.

Este descontento, atizado principalmente por el partido de los jóvenes, se ha expresado públicamente de un modo muy odioso y muy censurable. En la plaza del Castillo se ha inaugurado ayer el monumento alegórico conmemorativo de los hechos de la *Commune* de París en 1871. Desde muy tem-

prano una multitud inmensa se agolpaba en aquel sitio; cuando mayor era la afluencia de gentes, volvía el Gran Canciller en carruaje de pasear por el parque, y al entrar en el puente inmediato al Castillo comenzaron á oirse gritos, silbidos y otras patentes nuestras de protesta. Los guardias de policía caballería que también ha sido restablecida, se excedieron un poco en el cumplimiento de su misión, y entonces el tumulto aumentó, degenerando en verdadero motin cuando más cerca estaba el coche de la primera autoridad. Los gritos de ¡abajo el aristócrata, el burgués, el Creso! ¡Fuera esa carroza, echarla al canal!, se oían clara y distintamente.

La multitud se enardecía cada vez más á la vista de un carruaje de lujo, cosa inusitada ya en estos tiempos.

El Gran Canciller, que expresaba su cólera y su indignación en lo demudado del rostro, saludaba cortésmente á todos lados, esforzándose por aparentar una tranquilidad que no sentía y ordenaba á su cochero que pusiera al paso lento á los caballos. Poco antes de llegar á la puerta del Castillo un grupo de mujeres le arrojaron barro y otras inmundicias. Yo mismo he visto al Canciller limpiarse, al mismo tiempo que prohibía terminantemente á la guardia que agrediera á aquellas desgraciadas. Nunca debió haberse procedido de esta canallesca manera indigna de la democracia social. He oído decir que se preparaban grandes ovaciones al Canciller.

#### XIV

#### CRISIS MINISTERIAL.

El Gran Canciller ha presentado su dimisión. Esto ha producido hondo disgusto en todos los buenos socialistas; pero después de los sucesos de ayer nadie debe extrañarse de esta resolución, justificada además por la enfermedad nerviosa que



sufre aquel alto funcionario, ocasionada por el exceso de trabajo. En efecto, el Gran Canciller tiene actualmente sobre sí labores sobrehumanas y responsabilidades inmensas. La ingratitude de las gentes le ha afectado muy hondamente y ha sido la gota que ha hecho rebosar el vaso. El motivo directo de la crisis ha sido la cuestión de la limpieza de las botas. Todos saben que el Gran Canciller hace mucho tiempo que presentó al ministerio una moción sobre la cual no se ha pronunciado decisión alguna, y el Gran Canciller, en vista de este aplazamiento, publicó una memoria en el *Vorwärts*. En ella se aboga por que se le permita tener criados. La jornada normal del trabajo de ocho horas no existe de hecho para él, únicamente se lograría que las ocupaciones no durasen más que el tiempo marcado por la ley, si en vez de uno hubiera tres grandes cancilleres que dividieran entre sí el trabajo durante las veinticuatro horas del día. El Gran Canciller, en las condiciones actuales, tiene necesariamente que perder mucho tiempo en limpiarse el calzado y la ropa, en arreglar la casa, en preparar el desayuno, etc. Esto retarda muchísimo la resolución de importantes negocios de Estado que le están encomendados. Es indecoroso presentarse con los vestidos descosidos ó sin botones á los embajadores de las potencias extranjeras, y el Gran Canciller—que es soltero—se ve obligado á recoserse la levita y los pantalones; porque hay ocasiones en que no puede esperar á que vengan á recogerlos los empleados de los establecimientos públicos de sastrería. Es, por tanto, de suma utilidad para la colectividad prevenir tal pérdida de tiempo, para lo cual es necesario que se le conceda un sirviente. También el obligarle á comer en la cocina pública es sumamente molesto, por la multitud de pretendientes que aprovechan aquella ocasión para importunarle con sus peticiones. Además, conviene que se le permita pasear en coche por el parque; pues de otro modo le sería imposible tomar un pequeño descanso al aire libre, tan necesario para la conservación de la salud.

Todo esto parece muy puesto en razón; pero no se puede negar que la petición del Gran Canciller infiere una verdadera lesión al principio de la igualdad social, y tiende á introducir de nuevo la servidumbre doméstica. Lo que hoy reclama para sí el Gran Canciller, lo pedirán mañana con el mismo derecho los ministros, los directores generales, los consejeros, los secretarios, los jefes de los grandes establecimientos públicos, los alcaldes de las ciudades populosas y los magistrados. Además, es un grave mal que la máquina del Estado, cuya marcha regular y constante importa tanto, haya de detenerse porque el Gran Canciller tenga que coserse los botones ó lustrarse las botas.

Sin duda que esta es una cuestión de mayor importancia de lo que parece á primera vista; pero que un hombre tan distinguido como el Gran Canciller, que es un socialista democrata puro, deba retirarse á la vida privada por tales miserias, es cosa que no me cabe en la cabeza.

## XV

### EMIGRACIÓN.

La crisis ministerial que surgió á consecuencia de la cuestión de los limpiabotas dura todavía. Ha sido puesta en vigor la antigua ley contra la emigración ilícita. La democracia social se apoya sobre la obligación general del trabajo, al modo cómo el de la organización política anterior se fundaba sobre el servicio militar general obligatorio. Entonces no se permitía emigrar á las personas que no habían cumplido su tiempo de servicio; ahora se prohíbe la emigración de todos los ciudadanos que se encuentran en la edad legal para trabajar. Los viejos y los niños de pecho pueden salir de Alemania, pero

las personas que deben su educación y su cultura al Estado, no pueden emigrar mientras no salgan del período del trabajo.

Cuando se planteó el nuevo régimen pasaban las fronteras solo los que vivían de sus rentas. Toda esta gente, habituada á cortar el cupón y á firmar cheques, valían tan poco que con facilidad se renunció á su colaboración; lo que importaba era que no se llevaran consigo el dinero y los valores, y á esto se atendió con toda escrupulosidad. Tampoco era cosa de lamentarse por la emigración de los pintores, de los escultores y de ciertos publicistas. Estas gentes no gustan de la producción en grande escala, experimentando invencible repugnancia á trabajar por cuenta del Estado en las oficinas públicas. ¡Vayan benditos de Dios! Nos quedan todavía poetas en abundancia que emborronen versos en honor de la democracia social. Los pintores y los escultores necesitan de ricos Mecenas que compren á peso de oro los partos de su extraño ingenio: no saben ni quieren trabajar para el pueblo. Esto no les conviene á los siervos de Mammon.

Es verdad que la emigración de los escultores ha sido causa de que no se hayan podido erigir estatuas á nuestros héroes difuntos en los sitios más frecuentados por el público; pero nos sobran estatuas de las ocupadas en los palacios de los potentados de la burguesía para adornar nuestros locales de reunión.

Los señores periodistas que todo lo critican y que por espíritu de oficio difunden el descontento en el pueblo, son completamente inútiles en una organización social que se funda sobre la voluntad de la mayoría de la nación. Ya Liebknecht había dicho: el que no se plegue á la voluntad de la mayoría el que no se someta á la disciplina, sobra en la sociedad socializada.

Sin embargo, comienza á preocupar la atención pública, el hecho de que muchas personas muy útiles marchen á la frontera y emigren á Suiza, á Inglaterra ó América, en donde todavía no se establecido el nuevo régimen. Arquitectos é ingenieros, químicos, médicos, profesores, hábiles directores de

oficinas, emigran en montón. Esto se explica por el deplorable orgullo que ciega á los hombres. Estos señores se creen superiores á los demás, y no pueden sufrir que se les retribuya con el mismo salario que á los simples operarios. Debían tener siempre presente las hermosas frases de Bebel: «Todo lo que uno es se lo debe á la sociedad. Las ideas son un producto que el espíritu de la época ha puesto en la mente del ciudadano.» Por eso es verdad que la monomanía de las grandezas trastorna la cabeza de muchos de los que se han formado en la antigua sociedad.

Cuando la juventud se haya formado en nuestros institutos de educación socialista democrática, y se haya penetrado de la noble ambición de dedicar todas sus fuerzas á la comunidad, podremos prescindir de todos esos aristócratas; pero por ahora tienen el sacrosanto deber de permanecer en Alemania, y si no quieren por voluntad, habrán de quedarse por fuerza.

Es, pues, perfectamente justa la prohibición de emigrar, que debe aplicarse con todo rigor. Para lograrlo, es preciso ejercer la vigilancia más activa en las fronteras, sobre todo en las marítimas y en la que nos separa de Suiza. El ejército permanente será aumentado con muchos batallones de infantería y con algunos escuadrones de caballería. Las patrullas encargadas de la guardia en la frontera tienen orden de hacer fuego contra los fugitivos caso de necesidad.

## XVI

### CAMBIO DE CANCELLER

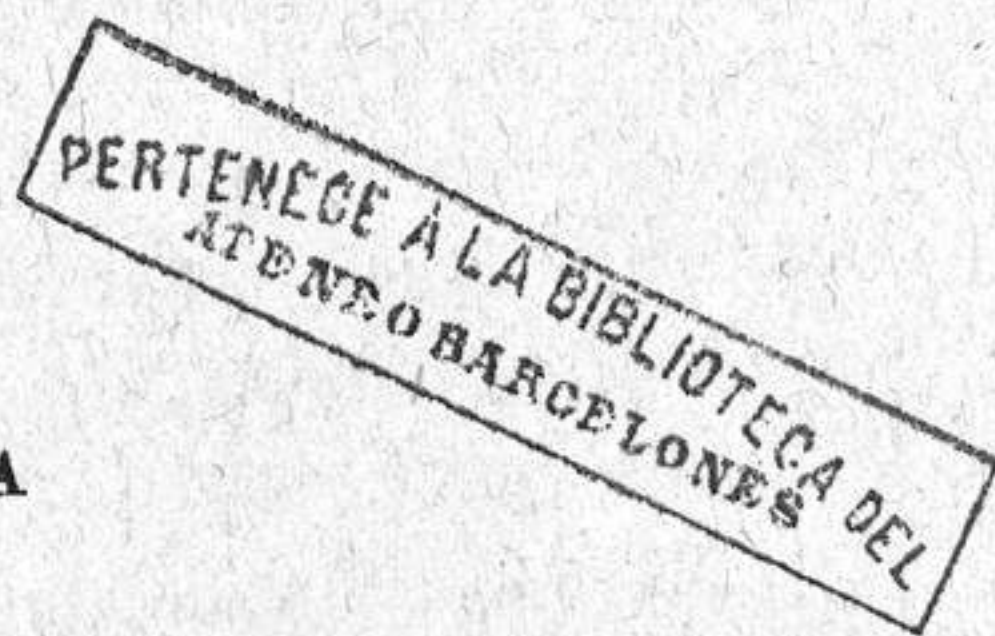
No se ha logrado mi deseo vivísimo. El Gran Canciller ha dimitido y le ha sustituido el presidente del Reichstag. El ministerio—que á consecuencia de la renuncia del jefe del Estado ha sufrido una renovación parcial—no se ha atrevido á

cargar con la responsabilidad de poner á disposición del canciller algunos criados que le prestaran aquellos menudos servicios de que hemos hablado, por lo que ésto tenía de atentatorio á la igualdad social; temerosos que, dada la trabazón que existe en todo el edificio social, pudiera comprometer su estabilidad el tocar en una sola piedra. Ya Bebel en sus reflexiones previa esta cuestión de los limpiabotas cuando escribía: «El trabajo no deshonorra, aunque consista en lustrar los zapatos: esto lo ha hecho en América más de un descendiente de noble familia.» El gobierno pensó seriamente en la sustitución del hombre por la máquina para hacer estas operaciones de limpieza; pero el Gran Canciller no quiso aguardar á que se inventara un aparato á propósito.

Su sucesor, elegido por la junta legislativa, es un hombre de carácter menos difícil, es una persona muy conciliadora; por eso es de esperar que no se gaste tan pronto y que satisfaga los deseos del mayor número. Hoy mismo se ha presentado en la cocina de su distrito, ha comido cuando le llegó el turno, ha paseado por la avenida de los Tilos, por cierto que debajo del brazo se le veía un gran paquete con vestidos que llevaba al establecimiento en donde se componen y limpian las ropas de su circunscripción.

## XVII

## EN LA OFICINA



He recibido el nombramiento de contramaestre, que hace tiempo me había prometido un amigo mío, miembro del Consejo municipal. Ya no necesitaré volver á mi oficio de encuadernador. Mucho deseara que mi hijo Francisco pudiera abandonar el suyo, que le obliga á permanecer en Leipzig. No es que despreciemos nuestro oficio; pero nos sucede á mí y á mi

hijo que no podemos acostumbrarnos á la manera de trabajar que se usa en los establecimientos públicos. Se creería que en ellos no se hace más que matar el tiempo. La consigna es: siempre despacio para que el compañero pueda seguirnos. Ya no existe el trabajo á destajo. Esto no concuerda con la igualdad social de los salarios y del tiempo de trabajo. Ahora, como se tiene un salario *cierto*, todo el mundo dice: lo que no se hace hoy se hará mañana. La diligencia y la actividad son consideradas como inocentadas. Verdaderamente, ¿por qué se ha de dar uno malos ratos si el diligente no ha de alcanzar ninguna ventaja sobre el holgazán? Esto me escribe Francisco, y debo confesar que no anda equivocado esta vez. Es extraordinario el gasto de materiales y el deterioro de herramientas ocasionado por el descuido y por la negligencia. No sé qué hubiera hecho si en los tiempos pasados mis oficiales se parecieran á los que ahora trabajan á mi lado. En una ocasión se me acabó la paciencia y les dije á mis compañeros:

«¡Colegas, la sociedad espera que cada uno de nosotros cumpla con su deber! Solo se nos obliga á trabajar ocho horas por día. Todos vosotros sois socialistas-demócratas de los antiguos. Debéis recordar que nuestro Bebel confiaba en que bastaría la *atmósfera social* de la nueva organización para conseguir que cada uno sobrepujara á su compañero en el trabajo. Reflexionad, compañeros, que ya no trabajamos para los explotadores, para los capitalistas, sino para la sociedad; que es lo mismo que decir que trabajamos para nosotros mismos.»

Hermosa plática, me contestaron: solo que no tenemos necesidad alguna de presbíteros; Bebel nos ha prometido una jornada de cuatro horas, no de ocho. La sociedad es grande. ¿Debemos atormentarnos para los 50 millones de hombres, cuando 49.999.999 no se incomodan por nosotros?

Naturalmente, desde entonces no he vuelto á tomar la palabra. A Francisco le ocurre la misma idea. Su periódico de Leipzig no está nunca concluido á la hora precisa y eso que

trabajan en él doble número de cajistas que antes. Cuanto más tarde se termina, más botellas de cerveza se beben y más numerosas son las erratas de imprenta.

Cuando Francisco sustituyó al regente que cayó enfermo, rogó á sus compañeros que guardaran un poco de silencio, y todo el personal entonó la Marsellesa, acentuando las palabras ¡Abajo la tiranía!

Los maestros y los contra maestros serán desde ahora elegibles y por lo tanto destituidos por sus compañeros en el momento cuando no transijan con los que ellos quieren. Los que como Francisco y como yo, no siguen la corriente, lo pasan muy mal. Les persiguen los maestros, los colegas, y lo peor es que como el soldado, no puede abandonar la escuadra cuyo sargento le maltrata.

El Gran Canciller anterior estaba al corriente de lo que pasaba; pero no pudo evitar tales excesos. La ley penal en la cual colaboro, dictada para hacer efectiva la obligación de trabajar, es conocida de todos, porque se han fijado ejemplares en todos los talleres. La holgazanería, la falta de atención, el descuido, la desobediencia, la insubordinación, son castigadas con una serie de penas como la privación de certificados monetarios, de raciones de carne, de toda la comida y hasta la reclusión; pero como no hay denunciadores no hay jueces. Los directores de las fábricas son elegidos como los maestros y no se atreven á ponerse mal con sus electores; por eso no hay proceso posible. Un caso de esos sucedió el otro día, el público denunció á algunos canteros que holgaban á más y mejor y que ocultaban las piedras en vez de colocarlas en la obra. Otro día todo el personal de un taller fué trasladado á otro; pero ordinariamente esto obedece á motivos políticos. Por esto el partido de los jóvenes reclama la inamovilidad de los obreros como antes existía la de los jueces. Estas traslaciones no producen efecto alguno; porque en cualquiera otra localidad se encuentra el mismo salario y el mismo alimento y habitación muy parecida á la que se ha dejado. Muchos jóvenes se

alegran del cambio de residencia; solo sufren los viejos, á quienes no les place separarse de su mujer y de sus hijos.

Sin embargo, Zamora no se hizo en una hora. Este espíritu egoísta no es otra cosa que el triste legado de una sociedad en la cual era dogma la explotación ajena. Nuestras nuevas escuelas, los modernos institutos de revolución social, crearán aquella *atmósfera moral* en la cual el árbol de la democracia socialista prosperará.

## XVIII

### DISGUSTOS DE FAMILIA

¡Qué domingo tan triste hemos pasado! Al fin hoy, después de comer, se ha permitido á mi mujer visitar á Anita. El reglamento de los grandes establecimientos únicamente autoriza por turno las visitas de los padres. ¡Con cuánta ansiedad esperaba mi mujer el momento de abrazar á su querida hija! Había reunido con gran trabajo y llevaba cuidadosamente guardadas golosinas y juguetes; pero con grandísimo disgusto de la mamá se vió obligada á dejarlos en la portería. Los niños no pueden poseer particularmente ningún juguete, porque es contrario á la educación que se inspira en la igualdad social. Lo mismo sucede con los dulces y confites. De permitirse lo contrario, las querellas, los disgustos serían el pan nuestro de cada día, y esto cualquiera comprende que perturbaría el orden del establecimiento. Mi mujer no tenía conocimiento de estas nuevas disposiciones; porque ella en su establecimiento está ocupada en la cocina y no se relaciona con los muchachos.

Mi buena mujer gozaba de antemano con la acogida tierna, apasionada, que habia seguramente de obtener de su Anita; pero se encontró con que la niña se mostró muy poco expan-



siva. La separación no había sido ciertamente larga; mas en los niños, mejor que en las personas de mayor edad, es perfectamente cierto el refrán: «lejos de vista, lejos de corazón». Además, en Anita al pensamiento de ver á su madre iba unido al de dulces y juguetes, y ya he dicho por qué circunstancias mi mujer tuvo que presentarse con las manos vacías. Por eso la niña se sentía más atraída por los juegos de las compañeras que por las caricias de la mamá.

Mi mujer notó que Anita estaba un tanto pálida y muy cambiada. Por fuerza obedece esto á la variación en el método de vida. Se comprende, sin embargo, exagerado por el cariño maternal, haya producido hondo disgusto en aquélla.

Mi mujer sintió aún más exacerbados sus maternales sentimientos cuando hablando con una niñera del establecimiento ésta le dijo bruscamente al oírle lamentarse de la separación forzosa de su hija: «Todos los días estamos oyendo lo mismo. Los animales irracionales se consuelan pronto cuando se les quitan sus hijos; no entiendo por qué no han de consolarse más fácilmente las mujeres, que al fin pertenecen al orden de los animales racionales.»

Mi mujer quería quejarse á la dirección de la grosería con que la había tratado la empleada; pero me apresuré á disuadirla, convencido de que sería Anita la que pagase los vidrios rotos.

Aún no había regresado mi mujer de sus ocupaciones, cuando sentí que alguien subía penosamente la estrecha y empinada escalera de nuestra casa. Era el abuelo, el pobre viejo. Me alegré mucho de que mi mujer no estuviera en casa, porque las lamentaciones de su padre habrían concluido de ponerla triste y exasperada por completo.

Todas sus quejas provenían de motivos sin importancia; pero no es extraño que los viejos sientan mucho más que los jóvenes que se les obligue á variar de hábitos.

Según él, está verdaderamente enfermo: todo le duele, por todas partes siente punzadas é incomodidades. Yo, en verdad,

no notaba ninguna variación en su aspecto; pero como ahora nada le distrae, tiene todo el tiempo para pensar en sí mismo.

Antes de ingresar en el Hospicio estaba conmigo en la imprenta, en donde procuraba prestar algún servicio. Poco valía lo que hacía; mas como tenía ocupación, se distraía. Para los viejos es muy malo no hacer nada; el trabajo, por pequeño que sea, conserva su interés por la vida, les liga á lo presente y los preserva de la rápida decadencia corporal é intelectual.

No me atreví á dejar que volviera solo al Hospicio el pobre abuelo, que se entristeció muchísimo al notar la falta de nuestros viejos muebles.

Por desgracia, mientras yo acompañaba al abuelo y cuando todavía no estaba de vuelta mi mujer, vino Ernesto y encontró la puerta cerrada. Manifestó á un vecino que había sentido nostalgia irresistible de nosotros, y que había aprovechado una hora que tenía libre para realizar aquel avasallador deseo. Le dijo también que no podía habituarse al régimen del establecimiento. Le trae á mal traer aquel eterno leer, escribir y contar: no le gusta nada el estudio ni quiere. Quiere, á todo trance, ser obrero y aprender únicamente lo necesario para imponerse en su arte. También yo estoy convencido de que llegaría á ser un hábil artesano; pero nuestro ministro de instrucción opina con Bebel que todos los hombres nacen con casi igual inteligencia, y que á todos se les debe, por consiguiente, igual cultura intelectual como base necesaria para la igualdad social. Hasta los diez y ocho años no comenzará, pues, su educación profesional y especial.

*(Se continuará.)*

# LA LITERATURA

## CASTELLANA Y PORTUGUESA

---

### SEGUNDA PARTE

#### CONTINUACIÓN

En el mismo aire está, como Pidal lo observa, la canción judaica del «Duelo de la Virgen», de Berceo, pues si se le quita el estribillo «Eya velar», le quedan pareados cortos, y las canciones de ciegos y estudiantes de viaje en el «Arcipreste de Hita», todas en redondillos octosílabos rimados inmediatamente.

Hasta se hallan huellas de *romances populares* en pareados. Un ejemplo notable de esta clase se nos ha conservado en la *Vida del arzobispo Tenorio*, de Eugenio Narbona (Toledo 1624, en 4.º—citado en las notas á la edición de Madrid del *Cancionero de Baena*, pág. 660, nota xciv), en que se dice: «Sabiendo (las gentes) que los encuentros entre el arzobispo de Santiago y el de Toledo producen estos efectos, y con cantares y refranzillos descubría el pueblo lo que creyía, y así andaua uno en

la corte, según el estilo de aquel tiempo (el de Enrique III de Castilla), que decía:

«Echado le ha el agraz  
Ferreçuelo á Machagaz;  
Pero si Machagaz se suelta,  
Ferreçuelo es en revuelta.»

Aquí tenemos *versos redondillos pareados*.

También consta casi por completo de versos de redondilla menor en rimas pareadas el «Romancillo en lengua de germanía en que un rufían da consejos á unas niñas andariegas», romancillo seguramente popular, dado por Durán en su «*Romancero general*»: 2.<sup>a</sup> ed., tomo II, número 1846 (1).

---

(1) Creo que se convencerá Huber después de los *hechos* citados de la existencia de *tales huellas* y trazas, puesto que refiriéndose (en las «*Götting-Anz*», 1857, cuadernos 41, 42, pág. 414) á mi opinión, respecto á la composición de los primitivos romances en pareados y cuartetos, decía: «Si se quiere decir que sean pareados ó cuartetos con unísono cambiante y vario (entiendo con esto tan sólo pareados unidos estróficamente conforme al tipo de la poesía popular, y no tiradas monorrimas, sino rimas alternadas ó limitadas, unidas poco artísticamente, como en las estrofas redondillas), no conocemos ni un solo romance épico antiguo que lleve *la menor* huella de semejante forma, que ya por su carácter artístico (?) es improbableísimo sea primitiva.»

Aún hay más, y es que hasta nuestros días se han conservado huellas de eso. Así es que el Sr. E. Boehmer, en su ensayo acerca de la poesía popular española en el *Archiv für das Studium der neueren Sprachen*, tomo XXIV, 1858, pág. 167 á 184, publica un romance dramático: «Pelar la pava», de Iradier, el compositor español de cantares populares más aplaudido al presente, romance que está compuesto en cuartetos y pareados. Por el contrario, pueden citarse en apoyo de la opinión de Huber de que los romances constaban primitivamente de tiradas monorrimas de versos octosílabos los muy notables romances publicados por D. J. M. Quadrado en los «*Recuerdos y Bellezas de España, Asturias y León*». (Madrid, 1856; 4, páginas 236-237), romances que aún se perpetúan entre el pueblo asturiano y en los cuales, apartándose de todos los restantes, están unidos entre sí aun los versos impares (que suelen ser libres) mediante *una* rima

Puédese, además, considerar como huella de esto el que en los romances que se nos han conservado por completo y precisamente en los antiguos juglarescos, á pesar de que han pasado por el mencionado proceso de trans-

*diferente* de la de los pares, mientras los versos pares no hacen otra cosa que repetir *literalmente* el contenido de los impares, de tal modo que estos romances parecen constar propiamente de *dos versiones entrelazadas*, y cada una de las cuales forma una *tirada monorrima*. Voy á insertarlas aquí porque no se hallan en ninguna de las colecciones conocidas, y son además de grande interés por su asunto. El primero es el romance popular más favorito en Asturias, y que anda aún hoy en boca de jóvenes y viejos. Dice así :

«Ay un galán de esta villa,  
 ay un galán de esta casa;  
 ay él por aquí venía,  
 ay él por aquí llegaba.  
 —Ay diga lo que él quería,  
 ay diga lo que él buscaba.  
 —Ay busco la blanca niña,  
 ay busco la niña blanca;  
 la que el cabello tejía,  
 la que el cabello trenzaba;  
 que tiene voz delgadita,  
 que tiene la voz delgada.  
 —Ay que no la hay n'esta villa,  
 ay que no la hay n'esta casa;  
 si no era una mi prima,  
 si no era una mi hermana,  
 ay del marido perdida,  
 ay del marido velada.  
 Ay la tiene allá en Sevilla,  
 ay la tiene allá en Granada,  
 ay bien qu'ora ¡la castiga,  
 ay bien que la castigaba,  
 ay con varillas de oliva,  
 ay con varillas de malva.  
 —Ay que su amigo la cita,  
 ay que su amigo l'aguarda,  
 ay el que le dió la cinta,  
 ay el que le dió la saya,

formación, faltan á las veces los versos intermedios libres, de donde nacen verdaderos pareados (véase la colección de Praga, nota á la pág. 165, entre las erratas y en las adiciones al final), y que esto *no* ha sucedido *siempre* de

al pie de una fuente fría,  
 al pie de una fuente clara,  
 que por el oro corría,  
 que por el oro manaba.  
 Ya su buen amor venía,  
 ya su buen amor llegaba.  
 Por donde ora el sol salía,  
 por donde ora el sol rayaba,  
 y celos le despedía  
 y celos le demandaba.»

El Sr. Quadrado hace observar respecto á esto, que: «La estructura de él (este romance), demuestra que fué hecho para cantarse á dos coros, pues los versos se repiten variando sólo el asonante con una palabra casi sinónima, formando así en cierto modo *dos romances entrelazados*. Dámoslo tan completo como nos ha sido dable recogerlo de *viva voz*, omitiendo algunos versos sueltos y sin sentido, indicios de la mayor extensión que tuvo antiguamente el romance.»

El segundo romance, construido del mismo modo, es todavía más incompleto:

«¡Ay Juana, cuerpo garrido!  
 ¡Ay Juana, cuerpo galano!  
 ¿Dónde le dejas á tu buen amigo?  
 ¿Dónde le dejas á tu buen amado?  
 —Muerto le dejo á la orilla del río,  
 déjole muerto á la orilla del vado.  
 —¿Cuánto me das, y volvértete he vivo?  
 ¿Cuánto me das y volvértete he sano?  
 —Doyte las armas y doyte el rocino,  
 doyte las armas y doyte el caballo.»

Por lo demás, que esta especie de repetición del mismo pensamiento, sin más que cambiar las palabras de la rima, y ocasionadas por las alternativas del canto, es cosa muy *tradicional*, lo prueba lo á menudo que nos presenta en las poesías del rey Dom Diniz de Portugal.

una manera *casual*, por pérdida de renglones, lo prueba no sólo el que no se altera el sentido por ello, sino también la frecuencia con que ocurre la misma pérdida en los romances populares portugueses, lo cual ha dado motivo á que Almeida-Garrett («Romancero», tom. III, pág. 80) haga la siguiente observación:

«Este é un dos muitos exemplos de ser faltar de vez en quando á forçada lei da redondilla augmentando a com dois versos no mesmo requisado consonante ou toante obrigado (1).»

Al hallar en estos ejemplos del empleo de los pareados cortos ó de las estrofas cortas monorrimas en tan antiguos poemas populares y de forma romanceada fundamento positivo para concluir de él la existencia de una forma análoga en los romances primitivos, podría citar como fundamento negativo en apoyo de la misma tesis el que precisamente con la introducción de la conocida forma de romance los pareados cortos quedaron fuera de uso, no sólo en los romances, sino en la poesía española en general, puesto que si se explica el fenómeno tan chocante de que los pareados cortos tan corrientes en todas las naciones germánicas y románicas y, sobre todo en los poemas narrativos de toda la Edad Media, no se empleen *como tales* (esto es, en su forma pura y no mezclados en estrofas con estribillos, refranes, etc.), sino muy rara vez entre los españoles ya desde fines del siglo XIII, se ha de

---

(1) No quiero citar en pro de mi opinión lo que dice Durán (l. c., tom. I, pág. IX) de que: «Hay sin embargo algunos (romances) en versos cortos *pareados*, que se usaban ya en el siglo XV», y que ha recogido y reunido en el apéndice III, tomo II, pág. 639 sig.), bajo el título de: «Romances de varias clases, hechos en versos *pareados*; anacreónticos ó de ocho sílabas», y no quiero citarlos en apoyo de mi tesis, porque estos romances, procedentes en su mayoría de poetas artísticos de los siglos XV y XVI, fueron hechos según la manera de las *novas provenzales*, no teniendo, por lo tanto, esta forma de romances *pareados* origen popular, por lo menos en España.

explicarlo por el alargamiento de los pareados cortos mediante los versos libres intermediarios. Parece que queda corroborado y documentado por los más antiguos monumentos de la conocida forma de romance que hasta nosotros han llegado, el que ya desde aquel tiempo quedaron fuera de uso y fueron poco á poco desterrados del todo los pareados cortos sucediéndoles estos alargados (reduplicados con relación al ritmo fundamental), que es muy probable, como lo he indicado, sirvieran en un principio á los españoles como sustitución de los versos largos épicos que les faltaban.

Ya Bellermann (l. c., pág. 14 y sig., y Schak, tomo 1, pág. 218 de la traducción española), han hecho notar que de las «Cantigas» del rey Alfonso X, escritas en lenguaje gallego, precisamente las compuestas en tono popular más épico son, no sólo por su asunto, sino también por su forma, verdaderos «romances espirituales». (V. ejemplos de ello en Ortiz y Zúñiga, «Anales de Sevilla», I, págs. 94, 113, 283, 289, sobre todo, 301, 314; Bellermann, l. c., págs. 17, 60, 62.) Si se les quitan los estribillos—que se les añadieron naturalmente como canciones populares espirituales que eran al modo de las de la Iglesia—constan de redondillos octosílabos en estrofas de cuatro versos con *rima alternada* (los impares libres), y cada estrofa con *otra* rima (el género de la rima permanece el mismo por todo el poema; los más la tienen sonora, pero hay entre ellos alguno, en Bellermann, página 61, que la tienen sorda). También constan de tales estrofas octosílabas, sólo que la mayor parte con rima sorda, y cada estrofa con *otra* del muy viejo romance, si no procedente del mismo Alfonso, atribuido por lo menos á él desde época remota, que he publicado íntegro en la primera sección, núm. 4, siguiendo á Alonso de Fuentes (1). (A la

---

(1) Voy á hacer notar ahora á modo de suplemento que también Garibay en su «Compendio historial», que apareció por vez primera en 1571,



primera estrofa le faltan probablemente los dos primeros versos, pues no tiene más que seis líneas y empieza de un modo bastante abrupto; las rimas son propiamente consonantes y sólo á las veces se hacen, como en todas las canciones populares, asonantes por su rudeza. Sólo la tercera estrofa tiene una especie de rima sonora en *ía*, y sólo las dos últimas, y esto por casualidad, tienen una misma rima.)

Vemos, pues, por este romance alfonsino, que ya hacia fines del siglo XIII (1) se había producido una forma semejante á la actual de los romances, que, sin embargo, se diferencia de la posterior en algunos puntos no esenciales, acostándose más, precisamente en éstos, á la primitiva, tal como la he supuesto, á saber, en la *validez de la rima como tal* y en la *variación estrófica* de la misma (2).

---

mucho después, por lo tanto, que el «libro de los quarenta cantos» (primera edición, Sevilla, 1550), en el lib. XIII, cap. 13, publica este romance, atribuyéndolo al mismo Alfonso X. Por lo menos, no conozco romance alguno que denuncie mayor antigüedad por su lenguaje, y, lo que es más decisivo y más seguro aún, por su forma.

(1) Es muy dudoso que este romance, que seguramente no es de Alfonso el Sabio, tenga la remota antigüedad que se le asigna.—(M. M. P.).

(2) En las «Cantigas» gallegas, ya más artísticas, las rimas son puras; en los romances castellanos mucho más rudos son también las rimas mucho más rudas, y por lo tanto, asonantadas.—Pero el que las muy marcadas estrofas de ocho versos se dejen todavía reconocer como tales en los romances por la alteración de la rima, parece indicar la influencia de la cuarteta alejandrina monorrima bastante conocida en la poesía artística española en tiempos ya de Alfonso, ó la de las estrofas constituidas de la misma manera en los poemas medio-latinos y románicos, sobre todo los espirituales y las leyendas (v. Diez *Althron. Sprachdenkm.*, pág. 88 89.)—Y así podía haberse efectuado la transformación de la primitiva forma romancesca en la secundaria, quizá precisamente por estos romances espirituales de Alfonso; volviendo, sin embargo, á serlo por la *influencia de la poesía eclesiástica medio-latina popular*, y de la misma manera que como he supuesto se efectuó en la poesía juglaresca. En Alfonso es el uso de las dobles redondillas tanto más notable cuanto que en sus otras canciones gallegas, pero totalmente artísticas, empleó el verso provenzal decasílabo,

Se puede también mostrar con documentos que estas dos diferencias críticas de la actual forma de romance persistieron por algún espacio de tiempo y que hasta mucho más tarde no se transformaron tal y como hoy son, haciéndolo por el abandono *consciente* de aquellas diferencias. Y lo cierto es que se hallan todavía muchos ejemplos de la *variación* de la rima y hasta de la asonancia, como los romances de Fernán González (Canc. de rom.); «Primavera» núm. 16: «Castellanos y Leoneses», en parte con rima sorda en *o*, en parte con sonora en *a-o*, que muchas veces pasa á asonancia). Esto ha llamado también la atención de Depping y Alcalá-Galiano, haciendo observar el último, I, 77, que: «esto [el variar del asonante] no nos causaría maravilla, estando este romance compuesto con gran desaliño, que da muestra de su ancianidad». A estos pertenece el romance que le sigue inmediatamente en el «Canc. de rom.» y en la «Primavera»: «Buen conde Fernan Gonzalez» que es evidente forma *uno solo* con aquel, y tiene rima sorda en *o*, pero del cual dice equivo-

---

de tal modo que aquí es muy claro que las melodías populares escogidas de intento para estos romances le determinarían y hasta obligarían á elegir los redondillos populares, únicos que correspondían á aquéllas. Por lo demás, la mención que hace Alfonso de los «cantares de los juglares» en la «Crónica general» que compuso, y precisamente en los pasajes en que se trata de la excursión de Carlo Magno á España, prueba que le eran conocidos los romances juglarescos, y en particular los del ciclo de leyendas carolingias. Pero ahora bien; atribúyase á Alfonso ó á los juglares la invención de aquella transformación de la forma de romance, ó formárase por ambas vías independientes una de otra, siempre se llega á las mismas causas y por lo tanto á los mismos resultados: á los esfuerzos por imitar las estrofas de versos largos monorrimos de las tiradas de las poesías latino-elesiásticas y de las epopeyas románicas; á la falta de versos largos indígenas que correspondan á aquéllos, y por lo tanto, á la necesidad, subida de punto por los aires populares, de redoblar los ritmos fundamentales de los cantares populares indígenas, haciéndolos semejantes á los versos largos por la traslación de la rima. Donde más evidentemente se muestran la causa y efecto es en las «Cantigas» de Alfonso.

cadamente Depping que es de Lorenzo de Sepúlveda) (1). Además, en el romance de los Carvajales (en el «Canc. de rom.» y «Primavera» núm. 64: «Válasme, nuestra Señora», las cinco primeras estrofas con la asonancia en *e-a*, las restantes en *a-o*); de Lanzarote («Canc. de rom.», «Primavera» núm. 147: «Tres hijuelos había el rey» con asonancia en *a*, *a-o* é *i-a*); de Calainos («Canc. de rom.» «Primavera» núm. 193. «Ya cabalga Calainos», con asonancia en *i-a*, *a-a* y *a*);—de Nuño Vero («Canc. de rom.» «Primav.» núm. 168: «Nuño Vero, Nuño Vero», con asonancia en *a-o*, *a-a* y de nuevo *a-o*);—del Conde Alemán («Canc. de rom.» «Primav.» núm. 170: «A tan alta va la luna» con asonancia en *i-a*, *i-o* y *a*);—de la reina Elena («Primavera» núm. 109, la una mitad en *a-o*, la otra sorda en *a*);—de Galiarda («Primav.» núm. 138: que varía conforme al sentido, en *a-a*, *eis*, y *o* sorda, mientras que el fragmento publicado allí mismo de romances juglarescos es *uniforme*, en *a* sorda);—en el romance del Cid: «Rey don Sancho, rey don Sancho» («Primav.» núm. 33, en *o* sorda, y después en *a-o*, v. las notas á la colección de Praga, pág. 36-37);—hasta en el más posterior romance

---

(1) Es notable, que en el viejo romance: «Castellanos y Leoneses» los dos versos:

Vos venís en gruesa mula,  
Yo en un ligero caballo,

que concuerdan casi literalmente y hasta en su asonancia con el pasaje en que se narra la misma historia en la «Crónica rimada del Cid» verso 16: «Vos estades sobre buena mula gruesa, e yo sobre buen caballo», v. también Dozy, l. c., pág. 636 y 662.—También el romance de Fernán González: *Preso está Fernán González, el buen conde castellano*, está en la «Silva» de 1550 con asonancia que varía, mientras que en el texto que de él se da en Timoneda y en el «Canc. de rom.» ed. de Medina 1570, está ya *uniforme*; v. «Primavera» núm. 18

juglaresco de Floriseo, hecho según un libro impreso de caballerías (Colección de Praga, pág. 102, primero en *a* sorda, después antes del paso á la sonora en *-ado* un enlace asonantado: *matalle* y antes del retorno á la rima sorda en *a* otro enlace asonantado: *descanso*, v. el mismo lugar, pág. 108);—en el romance de la infanta y de Don Galván («Primavera» núm. 159, en *i-a* é *i-o*, y en las adiciones á las ediciones posteriores del («Canc de rom.» en *o* sorda y en *a-o*), sobre lo cual hace notar Durán (I, pág. 181): «La construcción imperfecta de este romance y su variación intempestiva del asonante, indica que se ha tomado en la tradición oral, que es muy antiguo, y casi puede asegurarse que de los primitivos... Corrobora esta última conjetura el hecho que presentan algunos romances que tradicionalmente y sin imprimirse se conservan entre la gente rústica de Andalucía, los cuales, cada uno de ellos suele contener á saltos, sin conexión, sin verdadero enlace, y sin observar la misma rima, trozos ó fragmentos de los juglarescos y de los de trovadores.» El mismo da en el núm. 372 (I, pág. 242) un romance semejante tomado de *boca del pueblo*, de Don Roldán: «Salió Roldán á cazar» en que la asonancia varía (*u-a* y *o-e*). Compárese también lo que dice en sus notas sobre la variación de la rima ó de la asonancia en los antiguos romances y en los que se perpetúan sobreviviendo en boca del pueblo, tomo I, y páginas 218, 224, 229, etc.—Igualmente ocurre muy á menudo esta variación en los romances portugueses recogidos de viva voz por Almeida Garrett, v. por ejemplo en su «Romanceiro» los romances: «*O conde d' Allemanha*» (como su original castellano citado más arriba) *Dom Aleixo*; *Silvaninha*;—*Reginaldo*;—*Donzella que vai a guerra*.—*O captivo*;—por lo cual también Garrett halla motivo para esta observación (tomo II, pág 81):»... *cuyas* (do assoante o toante) *severas leis* nao permittemque se «mude senao en espaços

«regulares, e nunca mais de duas ou tres vezes em todo o «curso do mais extenso d'elles» (1).

Estos romances—todos de las más antiguas coleccio-

(1) De propósito deliberado no he citado aquí los dos muy antiguos y muy notables romances de los Siete Infantes de Lara: «A Calatrava la vieja» (en el «Canc. de rom.») y; «Ay Dios, que buen caballero» (en la «Silva de var. rom.»);—los dos también en la «Primavera» números 19 y 20) y no he querido citarlos aunque Alcalá Galiano y Du Méril (*Essai, etc.*, página 108) han notado la variación de la rima ó asonancia que se presenta en ambos. Y he procedido así porque los tengo por versiones de un sólo romance más antiguo que ellos, con rima sorda en *a* y *a-a*, en la «Primavera» núm. 25 (comp. las notas de la Colección de Praga, páginas 32-33), del cual hallamos conservados en ambos fragmentos precisamente los pasajes rimados ó asonantados en *a* ó *a-a*, que son nuevas adiciones que se le han hecho; en el primero los versos de introducción evidentemente más modernos hasta: «Ya se trata casamiento» que tienen una asonancia más desarrollada en *a-o*, y el pasaje desde el verso: «Yo me estaba en Barbado» hasta el fin, con asonancia sorda en *a*, está por lo menos en las asonancias más á modo de rima menos arreglado, y se halla como romance separado en el «Cancionero de Medina». (V. la primera parte, número 5.) La otra versión: «Ay Dios, qué buen caballero», da el romance más antiguo hasta el verso; «Ya se trataban las bodas» casi con las mismas palabras y poco interpolado (pues en el del «Canc. de rom.» los versos: «Desde que todos han comido—Van á bohardar á la plaza» turban el sentido, están en contradicción con el paréntesis que les sigue, y la cuarteta que empieza «mataronme un cocinero», anticipa una afrenta que Doña Lambra sufrió después del casamiento); pero desde: «Callede vos, Doña Sancha», donde empieza la asonancia sorda en *a* hasta el fin está menos arreglado. De la misma manera tampoco pueden citarse como ejemplos de variación de rima los romances de Bernardo del Carpio («Primavera» núm. 13 a) y del Conde Claros (núm. 191), puesto que la variación tan sólo se presenta en las introducciones evidentemente añadidas más tarde á ellos (la «Silva» de 1550 da una versión del primero, «Primavera» número 13 con rima sorda en *a* por todo él). Menos aún se han de citar aquí los romances del Cid, como han sido dados por Depping, I, núm. 109 y 117, según el «Romancero del Cid»: «Apenas era el rey muerto» y «Ya cabalga Diego Ordoñez» aun cuando tengan una asonancia variante; pues esto, reposa tan sólo en una errónea separación y unión de romances independientes por falta de crítica de Escobar y editores posteriores (v. estos romances en su forma legítima en la «Primavera», núm. 36, 37, 47 y 53).—Por el contrario, pueden citarse todavía romances de cantores de feria del siglo xvii en que la primera cuarteta tiene asonancia *diferente* de la del resto. (Depping, II, pág. 471 y 473.)

nes, los más con predominante carácter épico y todos genuinamente populares—bastan para probar que el unísono ó acorde persistente no ha sido una nota ni primitiva ni esencial de la forma de romance (1). Los juglares, que por la fusión de muchos romances en conjuntos mayores se vieron movidos á estos medios externos de enlace, debieron de ser los primeros que introdujeran la monorrimia intencionada y la hicieran habitual, abriendo así el camino á la asonancia general que se desarrolló más tarde artísticamente y llegó á hacerse la regla (2). Puesto que, como ya se ha dicho, puede demostrarse con documentos

(1) Tiene, por lo tanto, completa razón el revistero de la edición londinense del «Romancero» de Depping en los «Ocios de Españoles emigrados» (tomo iv, páginas 8-9), cuando hablando del «Poema del Cid» prosigue: «Esta misma mezcla de asonantes y consonantes se ve en muchos de los romances antiguos, y aun en algunos se halla cambiado varias veces el eco ó sonido final, contra la regla adoptada en tiempos posteriores, de conservar la identidad de dicho sonido de un cabo al otro del romance en versos alternos, pero evitando siempre la consonancia.» Pero á lo que dice de hallar probable el que los romances hubieran imitado «de modelos arábigos» el corte del romance con versos alternos con rima y sin ella», debo repetir que me parece de mucha mayor verosimilitud la derivación aquí expuesta, sacando esta forma de rima del canto popular eclesiástico y más próximamente de las *tirades monorimes* de las epopeyas románicas, y comparada con la derivación del arábigo incondicionalmente preferible puesto que semejantes cantos rimados eclesiásticos eran conocidos en España mucho antes de su conquista por los moros, siendo en ella tan populares como en todas las naciones románicas, y por lo tanto, esta forma de rima renovada en las *tirades monorimes* pudo hallar acogida é imitación entre ellos tanto más fáciles cuanto que juntamente con los asuntos venía de nuevo á los juglares españoles de sus compañeros transpirenaicos. Además de esto, como ya lo he probado, la única nota precisamente por la cual se haga plausible el origen arábigo, la uniformidad de rima, ni es primitiva ni esencial, habiendo llegado á ser la regla largo tiempo después de la evolución de la forma romancesca secundaria.

(2) Parece que los juglares seguían también en esto á sus modelos, los poetas de las *Chansons de geste*, que en un principio empleaban tiradas más cortas, que correspondían á las secciones ó períodos de la narración, pero que más tarde se alargaron extraordinariamente, y que por fin fueron dilatadas por todo lo hizo el poema como el autor de *Parise-la-Duchesse*.

así como por testimonios expresos y con muchos y característicos ejemplos que mucho después de la introducción del enlace alternado y hasta del general se había tenido en cuenta en los romances á la *rima como tal*, que la asonancia quedó siendo todavía por largo tiempo no más que una rima *casual, imperfecta*, brotada de necesidad y rudeza, y que desde mediados del siglo xvi fué cuando se elevó á regla bajo el influjo de la poesía artística el *mero* asonante empleado con conciencia, á diferencia del acorde.

Testimonios expresos del uso y validez de la rima

(Véase Díez, *Altrom. Sprachdenkm.* páginas 86-87.) Así es que como ya lo he mostrado, todavía tienen algunos de los más antiguos romances un acorde ó unísono estrófico variante, que la mayor parte de las veces corresponde á las secciones del relato ó á los períodos del discurso, sobre todo en el discurso alternante del diálogo (como, por ejemplo, en *Nuño Vero* y en *Galiarda*), después hallamos persistente el mismo unísono ó acorde lo más comúnmente por todo el romance, si bien siendo este pequeño (correspondiendo á las tiradas largas); y finalmente unieron los juglares muchos de tales romances, lo mismo en cuanto á su contenido que en cuanto á su forma, en conjuntos mayores con una misma rima ó con una asonancia general, ya apareciendo como tales en las colecciones ó en las impresiones separadas (como la mayor parte de los romances del ciclo de leyendas carolingias, que se diferencian clarísimamente de los romances propiamente populares como productos de la poesía juglaresca), ya separados y entremezclados con otros, pero caracterizándose bastante, no sólo por el asunto y colorido, sino también precisamente por el mismo acorde ó unísono como partes que se completan de un gran todo. Así los romances de Bernardo del Carpio, números 1, 2, 3, que Timoneda da separados en su «Rosa de romances» páginas 7-11 en la «Silva» de 1550, y en un pliego suelto de la Colección de Praga se hallan fundidos en uno, como también están unidos los números 5 y 6 en otro pliego suelto de la misma Colección. También pueden considerarse como partes complementarias de un tal arreglo cíclico, por ejemplo, los romances rimados precisamente en *a sorda* ó *a-a* entre los de «Los siete Infantes de Lara», de «Isabel de Liar» y de «Mariana» (en el «Canc. de rom.» en la «Silva» y en Timoneda). Así los romances del Cid referentes al sitio de Zamora con asonancia en *a-o*, en realidad *fundidos en uno* con título especial (en el cual el «nuevamente hecho» designa bastante el arreglo) se hallan así en un pliego suelto, en el «Canc. de rom.», en la «Silva» de 1550 y en el «Canc. de Medina (V. «Primavera», núm. 53) mencionando de manera notable la «Crónica general» y la «Crónica del Cid» precisamente al narrar el sitio de Zamora

como tal en los más antiguos romances los dan: Encina en el precitado pasaje, en que dice: «Y aun los romances suelen yr de quatro en quatro pies, aunque no van en consonante, sino en el segundo y el quarto pie, y aun los del tiempo viejo no van por verdaderos consonantes» etc., (de donde se saca indudablemente que todavía en tiempo de Encina el enlace de los romances por rima propiamente tal, á diferencia de la mera asonancia (1), pasaba como regla hasta para los poetas artísticos, pues los romances propios de Encina están todos rimados, y que la conso-

los «Cantares de los juglares» (cf. la Introducción de Huber, pág. LXIV) Es, por lo tanto, muy importante en una edición crítica de los romances el agrupar juntos de entre los coetáneos y pertenecientes al mismo círculo sobre todos los del mismo unísono ó acorde. Los romances del Cid que en Depping, I, llevan los números 110, 111 y 115 (todos tres del «Romanero del Cid» y los dos primeros unidos allí en uno) forman un grupo semejante que se caracteriza por el lenguaje, el colorido, el tono y la igual asonancia (en *i-a*). Hasta entre los romances del ciclo de leyendas carolingias se hallan como romances aislados tales fragmentos separados de un todo anteriormente fundido, pero que se reconocen y conexionan todavía como partes del mismo, sobre todo por la rima igual; como los pertenecientes á la leyenda de Montesinos, Durandarte y Belerma, asonantados en *a-a*, en Depping, números 32, 35, 36 y 37 (de la «Floresta»; una versión más antiguo del 35 y 36 es el 34 del «Canc. de rom.» V. «Primavera» núm. 181 y otra versión del 36, algo divergente, se halla en Timoneda, V. «Primavera», núm. 182) que, como ya lo muestran las versiones, más ó menos enlazadas, formaban un gran romance juglaresco; y como los de Gaiferos, «Primavera», números 171, 172, 173, todos con rima sorda en *a*.

(1) Que Encina, sin embargo, conoció la diferencia entre consonancia y asonancia, lo prueba otro pasaje de su poética en que trata *ex professo* de ello, «Cap. vi.» De los consonantes y asonantes y de la examinación dellos. Dice en él de los asonantes: «Ay tambien otros que se llaman asonantes: y cuentanse por los mismos acentos de los consonantes. Mas difiere el un asonante del otro en alguna letra de las consonantes que no de las vocales: y llamanse asonantes porque es a semejança del consonante aunque no con todas las mismas letras. Assi como Juan de Mena dixo en la Coronación que acabó un pié en *proverbios* y otro en: *soberbios*. Adonde passa una *v.* por una *b.* y este suélese hazer en defecto de consonante» etc.



nancia imperfecta de los antiguos y sobre todo de los populares de ningún modo pasaba por un artificio buscado, sino por una tosquedad, una falta que debía evitar la poesía artística);—Alonso de Fuentes (V. la primera parte, núm. 4) que en sus propios romances empleaba adrede, como él mismo dice, *rima imperfecta* para imitar «assi estos cantos a los de nuestros antiguos, aquella rusticidad de vocablos y consonantes mal dotados», de modo que de ningún modo lo tuvo por asonancia intencionada ó artística, siendo esto á mediados del siglo XVI (la primera edición de sus «Quarenta cantos» apareció en 1550);—Fernández de Constantina en el prólogo á su «Cancionero» donde procura justificar la colección de estas «Poesías» dice: «Lo otro porque no viniessen á ser sovajadas de los rústicos, las lenguas de los quales casi siempre o siempre suelen ser corrompidores de los sonoros acentos y concordos consonantes y hermanables pies etc.;—y el mismo Rengifo dice en su «Arte poética española» (Salamanca, 1592, en 4.º, pág. 38, cap. 34: «De los Romances»): «No ay cosa mas facil que hazer un Romance, ni cosa mas dificultosa, si ha de ser qual conviene. Lo que causa la facilidad es la composición del metro, que toda es de una Redondilla multiplicada. En la qual no se guarda consonancia rigurosa, sino asonancia entre segundo y quarto verso; porque los otros dos van sueltos», etc. Esta opinión está de acuerdo con la realidad de las cosas, pues en la poesía romancesca es también valedero lo que en otro lugar (*Ueber die Lais*) páginas 15-16, he establecido como regla respecto á la rima de la poesía popular en general, y lo que Diez (*Altrom-Sprachdenkm*, páginas 83-85) ha hecho notar acerca de la rima y la asonancia en la épica románica popular más antigua, á saber: que la rima fué originariamente y siguió siéndolo hasta la segunda mitad del siglo XVI, aun en la poesía romancesca, *de intención una consonancia propiamente tal*, en lugar de la cual tan

sólo se introdujo á las veces en los cantos populares una asonancia suficiente; y que al mismo tiempo tenían los romances en un principio, como lo exige el canto popular, rima tan sólo sorda ó masculina en agudo, la cual fué la que dió precisamente ocasión á que se desarrollara la asonancia (1).

Me voy á limitar aquí para confirmar esto con ejemplos al más antiguo y más genuino romancero, al «Cancionero de romances.» En este los romances procedentes de poetas artísticos, glosados ó completados por ellos, son los más puramente rimados, y hasta cuando no hacen más

---

(1) Martínez de la Rosa ha desenvuelto muy bien esto en las notas á su «Poética», pasaje que voy á reproducir aquí por entero («Obras literarias» París, 1827. 8. tomo 1, páginas 202-203): «Desde luego salta á la vista que entre esa especie antigua de composición (los antiguos romances con rima sorda) y el romance moderno media gran semejanza, hay una sola terminación, igual en un caso y parecida en otro, en todos los versos pares desde el primero hasta el último, quedando, los otros enteramente sueltos; y la única diferencia que existe entre uno y otro género de romance, es que en el primero es más perfecta la rima que no en el segundo. Pero adviértase que como el consonante de las antiguas composiciones de que hablamos lo formaba una sílaba aguda, sólo consistía en dos letras, una de ellas la vocal acentuada; y como ésta tiene que ser la misma, bien se trate de consonante ó bien de asonante, toda la diferencia que resulte en último análisis es la de una consonante final. Mas es fácil comprender que el sonido de ésta, especialmente en el canto, queda bastante apagado por el de la vocal precedente, y mucho más en un idioma como el español en que éstas tienen un sonido tan claro y distinto y aun más estando acentuadas. Así todo parecía contribuir á que pasase sin percibirse uno ú otro descuido del poeta; pues consistiendo meramente en tan leve inexactitud, no interrumpía el placer que causaba la igualdad, real ó creída, de las terminaciones de los versos pares, hasta que al cabo se echase de ver que era indiferente para el agrado que tales composiciones producían el que fuese ó no idéntica la última consonante, siempre que lo fuese la vocal acentuada; y acabasen los poetas por evitar una molestia inútil, ostentando al fin como gala lo que principió por ser un defecto.»—Cf., por lo demás acerca de la consonancia y la asonancia en los idiomas románicos y acerca de su desenvolvimiento: Fuchs, *Die roman. Sprachen*, páginas 292-295;—Du Méril, *Mélanges archéologiques et littéraires* París, 1850, 8, página 379 y siguientes;—W. Grimm, *Zur Geschichte des Reims*, Berlín, 1852, 4. página 169 y siguientes.

que parodiar uno antiguo (*un romance antiguo contrahecho*) sustituyen sus insuficientes enlaces por otros más perfectos; así son los romances de Torres Naharro (fol. 223), Alonso de Cardona (fol. 247), del Comendador de Avila (fol. 249), de Juan de Leyva (fol. 250), el «Romance acabado» de Alonso de Cardona (fol. 251), el «Romance añadido» de Quirós (fol. 257), etc., todos ellos tan bien rimados como las demás poesías artísticas; así el «Romance contrahaziendo el de arriba» (esto es, el del Rey Ramiro, fol. 246 y 247) ha sustituido la rima inexacta del antiguo por otra más exacta (el romance antiguo forma rima sorda en *a*, como he de indicar en seguida, valedera lo mismo para *a* y *e* átona, como *vengades*, *Palomares* con *acá*, *pan* etc., mientras la *trova* en toda ella mantiene la rima en *ar*); del mismo modo el «Romance hecho por Cumillas, contrahaziendo al de: Digasme tu el hermitaño» (el conocido de Lanzarote, fol. 242, y la parodia de aquel pasaje, fol. 262) observa exactamente la rima constante en *ida*, mientras en aquel pasaje el romance antiguo (en el que varía la rima, como ya he dicho) está entremezclada con enlaces asonantados con menos exactitud (como *venida*, *vida*, etc., con *avia*, *dia*, *caballeria*, etc);—la misma relación se verifica entre el «Romance mudado por Diego de Çamora, por otro que dice: Ya desmayan los franceses» (fol. 252), el fragmento del mismo viejo romance parodiado por Diego de San Pedro (fol. 246: trocado por el que dice: «Reniego de ti, Mahoma») y el antiguo (fol. 244, que empieza: «Domingo era de Ramos.»)

FERNANDO WOLF.

(Se continuará.)

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

---

**La sociedad futura**, por JUAN GRAVE. Traducción por el Dr. Luis Marco. Un volumen (de la *Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia*) de 437 págs. 8 pts. Madrid, LA ESPAÑA MODERNA.

**C**on el anarquismo les va sucediendo á las gentes como con tantas otras cosas: al pronto les asustan, porque no ven en ellas más sino un elemento perturbador y revolucionario, algo nuevo y desconocido que, justamente por serlo, les infunde pavor; después, con el tiempo, sin saber todavía de qué se trata, se van familiarizando con los nombres y se acostumbran á oírlos pronunciar indiferentes; por último, el interés, la simple curiosidad ú otra causa les lleva á estudiar aquello que en un principio odiaban *desde lejos* y á mirarlo á corta distancia, viniendo entonces á reconocer que, al contrario de haber motivos para huir de ello, merece ser considerado con gran respeto, y quizá quizá con simpatía.

A estas horas, no creo que pueda haber persona medianamente informada de lo que pasa en el mundo que confunda, como se ha venido haciendo y hacen aún los ignorantes, anarquista con dinamitero, ni menos que juzgue que el anarquismo significa pura y sencillamente crimen y destrucción. El anarquismo es, ó tiende á ser (porque aún no parece claramente definido), un sistema filosófico-social, una doctrina que concibe la vida humana en todas sus manifestaciones como el resultado del libre juego y funcionamiento de las energías natu-

rales; una doctrina para la cual todo constreñimiento, toda imposición coactiva debe ser rechazada y proscrita por antinatural y violenta; una doctrina que ve la única garantía sólidamente eficaz del cumplimiento de los deberes, y por consecuencia del «verdadero» orden, en la recta voluntad de los individuos, quienes sólo se determinan á obrar bien cuando se hacen cargo, mediante la experiencia y la cultura, de que en obrar bien consiste su mayor interés, y de que buscando el bienestar colectivo es como se encuentra el provecho individual. Por eso los anarquistas lo esperan todo *de adentro*, de los vínculos éticos, de aquellos que tienen su base en lo íntimo de la conciencia, y se rebelan contra las leyes, contra las autoridades, contra el Estado, contra todo lo que signifique trabas exteriores que impidan el normal desarrollo de las actividades humanas.

Este movimiento, el anarquista, es ya hoy muy considerable, pudiendo acaso decirse que están dentro de él ó simpatizan con él, de manera más ó menos declarada, todos los espíritus independientes, todos cuantos tienen levantado en su alma un altar á la sinceridad, á la verdad franca y desnuda, y protestan contra la serie interminable de dobleces, de hipocresías, de «mentiras convencionales» que constituyen la pútrida y enervadora atmósfera envolvente de la vida social de nuestro tiempo.

Dos fracciones pueden distinguirse en el anarquismo, igual que en todo partido y escuela: la fracción militante, la de los que consagran toda su actividad al cultivo y á la propaganda del ideal, y la fracción de la gran masa, en la cual forman, así los admiradores y amantes que podemos decir platónicos de la doctrina, pero que no descienden á la lucha, como los que tienen muchas afinidades con ella, mas no la hacen suya en todas sus partes, como un buen número de apocados que apenas si se atreven á *manifestarse*, como otros mil á quienes su escasez de luces, ó la necesidad de hallar medios de subsistencia, ú otros motivos, les obliga á permanecer mudos.

Sólo la primera de estas fracciones representa ya en los presentes momentos una fuerza intelectual de mucha consideración, y eso que apenas si acaba de salir á escena. Hoy la literatura anarquista, libros, folletos, revistas, periódicos de todas clases, de todos los países y en todos los idiomas, constituye una parte no pequeña de la literatura en general, y no es lícito desconocerla.

A esa fracción militante pertenece Juan Grave, el autor de *La sociedad futura*, de *La sociedad agonizante* y de otros muchos escritos; Juan Grave, una de las figuras más salientes del actual anarquismo; Juan Grave, cuyos trabajos, cualquiera que sea el juicio que se forme acerca de su valor, no debe desconocer quien pretenda hallarse al tanto de lo que sea la doctrina anarquista, ora como adversario, ora como secuaz más ó menos ardiente.

No siéndonos posible hacer un análisis del libro á que esta nota se refiere (el último del autor), porque habría de resultar excesivamente larga, nos contentaremos con copiar el epígrafe general de cada uno de los veintiséis capítulos que la componen, que son: *Después de la revolución; La revolución y el darwinismo; La lucha contra la naturaleza y el auxilio mutuo; La revolución y el internacionalismo; La revolución es hija de la evolución; Las herramientas mecánicas; Fatalidad de la revolución; Del período transitorio; Influencia moral de la revolución; Del individuo dentro de la sociedad; La igualdad social y las desigualdades naturales; Egoísmo y altruismo; Autoridad y organización; El valor; La medida del valor y las comisiones de estadística; La dictadura de clase; Los servicios públicos; Los holgazanes; La libre elección de los trabajos; Comunismo y anarquía; Armonía y solidaridad; La mujer y el matrimonio; El niño en la nueva sociedad; El arte y los artistas; La tradición y la costumbre; La autonomía según la ciencia.*

P. DORADO.

**La superstición socialista**, por el barón R. GAROFALO, trad. española por el Dr. Luis Marco, 1 vol., 248 págs.—Madrid: LA ESPAÑA MODERNA.—1896.

El barón R. Garofalo era conocido hasta ahora entre nosotros como criminalista (1). Formaba con César Lombroso y Enrique Ferri la trinidad primitiva ó iniciadora de la escuela positivista penal italiana. A las obras de los tres criminólogos se referían la mayoría de los trabajos de exposición y de crítica que sobre la *nueva escuela*, se escribían hace ocho ó diez años. Ahora el señor Garofalo se presenta como publicista, estudiando en esfera científica distinta de aquella en que logró un renombre tan merecido; y el Sr. Garofalo, atraído como sus dos antiguos colegas, por el interés grandísimo, que en toda persona culta despierta, lo que se ha dado en llamar *cuestión social*, se ha lanzado á la lucha y ha escrito el libro cuyo título va al frente de esta nota. Cosa análoga hicieron Lombroso y Ferri: tiempo ha que estos dos criminalistas dedican su pluma á tratar en libros y revistas de la gran preocupación de nuestros tiempos. Hay, sin embargo, una diferencia en cuanto á la actitud tomada por los antiguos jefes del positivismo penal. Lombroso y Ferri se fueron hacia el socialismo. El segundo, Ferri, se ha propuesto nada menos que demostrar que el socialismo—por supuesto, el suyo—es una consecuencia necesaria, lógica, inevitable de la sociología y del darwinismo (2), sin que el ejemplo de Spencer, y de no pocos anarquistas, sirva de nada. En

(1) V. *La Criminología y la Indemnización á las víctimas del delito*. (trad. Dorado). LA ESPAÑA MODERNA.

(2) De lo que llaman pomposamente *ciencia positiva*.

cambio el B. de Garofalo se ha ido, no diremos que hacia el individualismo, sino, y es la fija en sus ideas, *contra el socialismo*.

En efecto, el libro en que el Sr. Garofalo expresa su actitud científica y personal, ante las cuestiones que el socialismo contemporáneo suscita, es un ataque de frente, claro, sin atenuaciones, sin distingos, con pasión, al socialismo, que como el título del libro indica, es para el autor una mera *superstición*. El Sr. Garofalo representa fielmente el *burgués* convencido, el burgués que se cree bien enterado de los resortes que mueven la vida, que no encuentra tan mala ésta como se dice, y que estima una locura pensar en transformaciones radicales, violentas de la sociedad: su libro está escrito, como él mismo dice, para los llamados «burgueses» y con un propósito de utilidad inmediata; quiere convencerles de que no debe verse en el movimiento socialista, un movimiento irresistible é inevitable, y mucho menos un movimiento científico y respetable. El socialismo no es para el Sr. Garofalo, y no debe ser «para los burgueses», almas cándidas, un ideal, una aspiración al reinado de la justicia y de la felicidad universal.

El socialismo contra quien más inquina revela el Sr. Garofalo es el socialismo revolucionario. Si los burgueses, afirma, que ven en el socialismo un ensueño, pero un ensueño hermoso, se enteraran de lo que es el socialismo para los revolucionarios, es probable que en vez de ensueño vieran en él una pesadilla. Y para que la vean clara y desnuda es para lo que Garofalo escribe el libro de que hablo.

Según Garofalo, se llama hoy socialismo á muchas cosas que no lo son. Sin duda es cierto: cuando se habla de movimiento *socialista*, es miope y precipitado quien lo contenga en los programas, siempre incompletos, limitados, egositas y estrechos, de clase, de los partidos socialistas organizados. El movimiento socialista, que no representan ni el *marxismo*, ni el *guesdismo*, ni el *bebelismo*... ni, claro está ¡Pablo Iglesias!, comprende en confusa é indeterminada amalgama, todas las



aspiraciones generosas de regeneración social, de difusión del bienestar, de amor al pobre, al desvalido, y así comprendido hay que abarcar en el movimiento socialista, antes de diferenciarlo y definirlo y atacarlo, el anarquismo soñador, el tolstoísmo cristiano, la misma reacción cristiana de los espíritus sinceramente religiosos, que entienden la religión como una gran fuente de amor y como un ideal de fraternidad universal, que ha de imperar sin auxilio del Estado con su función coactiva.

¡Cuánto hubiera ganado el libro de Garofalo en imparcialidad y en valor positivo, para los burgueses sobre todo, si las poquísimas palabras que dedica en las páginas 16 y 17 á definir *su socialismo*, es decir, el socialismo que quiere combatir, hubieran sido muchas más, y en ellas, hubiera separado el grano de la paja, poniendo á un lado lo que se atribuye indeterminadamente al movimiento socialista, y á otro las fórmulas concretas de los socialismos militantes organizados es, en partido, desde el socialismo de Estado para uso de los conservadores y católicos, hasta el socialismo *de los nuevos socialistas revolucionarios!*

Pero el Sr. Garofalo tenía, se conoce, mucha prisa por llegar á su asunto, y así llega ya en la página 32, y desde ella hasta el final, no cesa un instante de fustigar con verdadero encarnizamiento al socialismo revolucionario: esto es, al socialismo revolucionario marxista, ó mejor el socialismo posterior á Marx, que ve en este el gran definidor de los dogmas salvadores, que ha dejado de ser sentimental, que huye de las construcciones *a priori* y que á todo trance quiere ser *científico*.

Ahora bien; lo primero que examina el autor es esta palabra para negarle al socialismo revolucionario el derecho á llamarse científico: y ¡cosa singular! el escritor socialista (de ayer casi) contra quien en primer término arremete el señor Garofalo, es el Sr. Ferri, el autor como socialista de un librito muy leído y muy superficial, titulado *Socialismo y ciencia positiva*. Preciso es reconocer que el Sr. Garofalo pone de oro y

azul, y con justicia, á su antiguo colega en criminología positiva. El socialismo del Sr. Ferri, no es, tiene razón el barón de Garofalo, científico, aunque se las dé de tal. Pero el Sr. Garofalo generaliza, y á partir de las afirmaciones del Sr. Ferri llega á sostener que el socialismo colectivista no tiene nada de *científico*, y así dice: 1.º, que por el concepto de la evolución que tienen los socialistas es aquel anti-científico; 2.º, que es falso su concepto de la humanidad, y 3.º que es inútil su tentativa para conciliar su doctrina con la de Darwin. A lo que parece para el Sr. Garofalo, como para el Sr. Ferri, el ser ó no ser científico depende mucho de saber ó no saber interpretar bien los principios capitales de la llamada ciencia positiva, la evolución, la tesis darwinista, etc., etc.

Después de esta crítica del socialismo—*anticientífico*—estudia el Sr. Garofalo en los otros cuatro capítulos los puntos siguientes: 1.º *La Lógica del socialismo*.—Su tesis es que el socialismo implica una contradicción: la justicia que se invoca en apoyo de la más grande de las injusticias. 2.º *La moral del socialismo*.—El socialismo no tiene ideal. 3.º *La civilización y el socialismo*.—El socialismo implica para Garofalo una tendencia antisocial; y 4.º *La defensa de la sociedad*.—En donde el autor hace algunas indicaciones del aspecto positivo de sus ideas acerca de la verdad de las conclusiones fundamentales de la economía política, clásica y liberal.

Por lo demás, el libro del Sr. Garofalo se recomienda á quienes quieran ver una manera fuerte, calurosa de argumentar contra el socialismo, por su vasta erudición y por una gran originalidad en no pocos puntos.

ADOLFO POSADA.

**Une Faculté des sciences sociales**, por RENÉ WORMS, secretario general del Instituto internacional de sociología: 1 foll. 16 pág. Paris, Giard y Briere, editores, 1895.

El autor de este folleto recoge los diferentes datos que revelan el creciente interés que en todas partes despiertan las ciencias sociales, y razona la legitimidad de la gran importancia que su estudio tiene, todo como antecedente necesario para defender la conveniencia de organizar en Francia la enseñanza completa, verdaderamente enciclopédica, de las referidas ciencias. En la actualidad, hay sin duda no pocas enseñanzas relativas á las ciencias sociales, pero en estado fragmentario, dispersas en las facultades de medicina, de letras y aun en las de derecho: no forman un cuerpo organizado y sistemático. El señor Worms, que no desconoce ciertas tentativas llevadas á cabo para ordenar estos estudios, como conjunto de enseñanzas, cree que es preciso invertir en ellas, y sobre todo cree que ha llegado el momento de que el Estado se dé cuenta de la necesidad de organizar los estudios sociales. con aquella amplitud é independencia que su objeto requiere. La tesis del Sr. Worms se resume en definitiva en que, aun cuando no para obtener ahora de resultado apetecible, los esfuerzos deben encaminarse á tener una *facultad de ciencias sociales en cada una de las Universidades francesas*. A continuación expone con algún detalle el programa de estas facultades, y los medios con que en Francia se cuenta para fundarlas. Desde luego reconoce que no puede pensarse en establecer de golpe las diez y seis facultades que los centros académicos exigirían; pero sí cree que puede pensarse en organizar una inmediatamente en París, transformando, al efecto, el Colegio de Francia.

A. POSADA.

**El Porvenir de las naciones Ibero-americanas**, por D. LEOPOLDO BARRIOS CARRIÓN, teniente coronel de E. M., jefe de administración civil de primera clase y ex gobernador civil de provincia. Un foll.

Aun cuando por el título de este folleto podría juzgarse otra cosa, en rigor su contenido, tanto se refiere á la raza ibera como á la anglosajona, principales grupos étnicos á que el autor reduce la población del Nuevo Mundo.

Para conjeturar cuál podrá ser la suerte que lo por venir les tiene reservada, pensando el Sr. Barrios Carrión que, como Leibnitz dijo en la conocidísima frase «lo presente es hijo de lo pasado y está lleno de lo futuro», recuerda brevemente el origen y desenvolvimiento histórico de las naciones del continente americano, traza luego el cuadro que en la actualidad ofrecen, procurando inducir mediante la consideración de los factores y fuerzas sociales, que bien obran ya ó bien apuntan sólo en aquéllas, su destino en lo venidero, más ó menos lejano, pero seguro en concepto del autor. La conclusión adonde llega, es en extremo favorable á los pueblos de nuestra raza, y favorable y halagüeña había de ser también forzosamente para nuestra patria, llamada á ejercer, por títulos históricos tan indiscutibles como los suyos, la preponderante influencia moral en la gran concentración de pueblos hispano-americanos que el Sr. Barrios Carrión entrevé en lo por venir.

En el desarrollo de las materias, cuya indicación antecede, se contienen apreciaciones más ó menos discutibles, más ó menos exactas, pero acerca de las cuales ni es posible detenerse aquí á rectificarlas, ni aunque lo fuera, sería oportuno hacerlo en momentos como los presentes, que son de tanta exaltación del sentimiento patrio, herido en recientes y dolorosos acaecimientos.

J. A. DE VELASCO.

## OBRAS NUEVAS

---

- Academia de Buenas Letras de Barcelona. Tomo v. En 4.º, 481 páginas: 15 pesetas.
- Araujo (C.)—Cuentos y anécdotas en verso. En 4.º, 80 páginas: 0,75 pesetas.
- Arcos (A. M.)—Catecismo católico de la doctrina cristiana. En 16.º, 162 páginas: 0,25 pesetas.
- Balaguer (V.)—Historias y tradiciones; libro de excursiones y recuerdos. En 8.º, xv-299 páginas: 6 pesetas.
- Baró (C.)—Aventuras y coscorrones. En 4.º, 39 páginas: 0,30 pesetas.
- Idem.—Flores y frutas; cuentos para niños. En 4.º, 32 páginas: 0,30 pesetas.
- Benito Corredera (G.)—Elementos fundamentales comparados en las lenguas clásicas griega y latina. En 4.º, 79 páginas: 2 pesetas.
- Boletín de la Real Academia de la Historia. Tomo XVIII, cuaderno IV, Abril 1896 (páginas 273 á 352). Cada cuaderno 1,25 pesetas.
- Burgos (J. de)—Colección de cuentos, cantares y chascarrillos. En 12.º, 178 páginas: 0,50 pesetas.
- Cadalso (F.)—Principios de la colonización y colonias penales. En 4.º, iv-207 páginas: 4 pesetas.
- Cancionero catalán (El) de la Universidad de Zaragoza, exhumado y anotado, por el Dr. D. Mariano Baselga. En 4.º, 421 páginas: 15 pesetas.
- Causas célebres. El testamento falso. En 4.º, 333 páginas: 6 pesetas.
- Memorias de la vida del Excelentísimo Sr. D. José García de León y Pizarro. Tomo II. En 8.º, 421 páginas: 5 pesetas.
- Corujo (A.)—Las dos rosas (poema). En 8.º, 171 páginas: 2 pesetas.
- Dicenta (J.)—De la batalla. En 8.º, 267 páginas: 3 pesetas.
- España y Cuba. Estado político y administrativo de la Gran Antilla bajo la dominación española. En 8.º, 204 páginas: 3 pesetas.
- Espinosa y Capo (A.)—Catorce años de clínica en Panticosa. En 8.º mayor, 204 páginas.
- Estepa (F. de)—Los Jesuitas y el Padre Mir; cartas á un académico de la Española. En 8.º, 203 páginas: 2 pesetas.
- Flavio (C.)—Vade-mecum del estudiante de Derecho. En 8.º mayor, 381 páginas: 7 pesetas.
- Frontaura (C.)—Anita la ingeniosa. En 4.º, 32 páginas con grabados: 0,30 pesetas.
- Idem.—El sueño de Navidad. En 4.º, 30 páginas: 0,30 pesetas.
- Gómez (G.)—Cómo se vive y cómo se muere en Bilbao; reseña demográfica de la ilustre villa. En folio, 214 páginas y 2 cuadros estadísticos: 5 pesetas.

- Gutiérrez (M.)—El Corazón de María y el corazón humano. En 4.º, 173 páginas: 2 pesetas.
- Juego de pelota (El).—Historia.—Definición.—Juego de quiniela.—Able.—Reglamento. En 12.º, iv-84 páginas: 0,50 pesetas.
- Larrubiera (A.)—Historias madrileñas. En 12.º, 187 páginas: 0,50 pesetas.
- Lastres (F.)—Procedimientos civiles, criminales, canónicos y contencioso-administrativos, según las leyes y demás disposiciones vigentes, seguidos de un manual de formularios. Dédima edición, corregida y aumentada. Tomo II (fin). En 4.º, 506 páginas: los dos tomos 12 pesetas.
- Lessona (C.)—Génesis histórica del artículo 737 del Código civil español. En 8.º, 91 páginas: 1,50 ptas.
- López Tuero (F.)—El pesimismo autonomista de las Antillas. En 8.º, 55 páginas: 1 peseta.
- Idem.—Estado moral de los factores de la producción en Cuba y Puerto-Rico. En 8.º, 57 páginas: 1 peseta.
- Lozano Monzón (R.)—Los grandes procesos. En 4.º, 98 páginas: 2 pesetas.
- Martín y Costea (A.)—La causalidad del delito. En 8.º, xxiii-134 páginas: 2 pesetas.
- Massó Torrents (J.)—Manuscrits catalans, de la Biblioteca Nacional de Madrid. En 8.º, 217 páginas: 4 pesetas.—Tirada de 200 ejemplares.
- Mhartin y Guix (E.)—Instrucciones administrativas para los delegados y comisionados contra los ayuntamientos. En 8.º, vii-164 páginas: 1 peseta.
- Molina Sáez (J.)—Bocetos literarios; tres novelas filosóficas. En 8.º, 76 páginas: 1,50 pesetas.
- Moneva y Puyol (J.)—Derecho obrero. En 8.º, xxi-384 páginas: 4 pesetas.
- Morales (G.)—De mi huerto. En 4.º, 193 páginas: 3 pesetas.
- Moreno Torrado (L.)—En busca de la igualdad (poema). En 8.º, 79 páginas: 1 peseta.
- Navarro (V.)—Arroz á la valenciana; exposición de las 24 maneras de guisarlo. En 8.º, 79 páginas: 0,50 pesetas.
- Oriol (R.)—Anuario de la minería, metalurgia y electricidad en España. Año tercero. 1896. 375 páginas: 10 pesetas.
- Ossorio y Bernard (M.)—El año infantil. En 4.º, 63 páginas: 0,75 pesetas.
- Idem.—Fábulas y moralejas (verso y prosa). En 4.º, 72 páginas: 0,75 pesetas.
- Pardo Bazán (E.)—Vida contemporánea (costumbres). En 12.º, 491 páginas.
- Parellada (P.)—«The patent London superfin González Melitón.» En 8.º, 284 páginas: 3 pesetas.
- Pérez Nieva (A.)—Las panochas de oro. En 4.º, 38 páginas con grabados: 0,30 pesetas.
- Pidal y Mon (A.)—Real Academia de Jurisprudencia y Legislación; discurso. En 8.º, 91 páginas.
- Retana (W. E.)—Archivo del bibliófilo filipino; recopilación de documentos históricos, científicos, literarios y políticos, y estudios bibliográficos. Tomo II. En 8.º, lvi-511 páginas: 6 pesetas.
- Ribera (J.)—Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana. En 8.º, 34 páginas.
- Rios (R. A. de los)—Las ruinas del Monasterio de San Pedro de Arlanza en la provincia de Burgos; estudio histórico-arqueológico. En 4.º mayor, 25 páginas: 3 pesetas.
- Rodríguez Marín (F.)—Los refranes del almanaque, recogidos, explicados y concordados con los de varios países románicos. En 8.º, viii-189 páginas: 2 pesetas.
- Idem.—Madrigales. En 8.º, 35 páginas: 1 peseta.
- Rodríguez Pinilla (H.)—Costumbres balnearias; bosquejo de un estudio médico social. En 8.º, 46 páginas: 1 peseta.
- Romero Torrado (A.)—El problema de Cuba. En 8.º mayor, 65 páginas: 1 peseta.
- Salillas (R.)—El delincuente espa-

- ñol; el lenguaje (estudio filosófico, psicológico y sociológico), con dos vocabularios jergales. En 8.º, 343 páginas: 5 pesetas.
- Santini (E. N.)—La fotografía á través de los cuerpos opacos por los rayos eléctricos catódicos y de Roentgen. En 8.º, 92 páginas: 2 pesetas.
- Siles (J. de)—Los mil y un cuentos; mentiras. En 8.º, 32 páginas: 0,25 pesetas.
- Solance (A.)—Poesias y artículos. En 4.º, 288 páginas: 3 pesetas.
- Soler (F.)—Dotzena de frare. En 8.º, 201 páginas: 2 pesetas.
- Soto y Calvo (F.)—Aires de Montaña. En 8.º mayor, VIII-343 páginas: 5 pesetas.
- Terry y Rivas (A.)—Diccionario marítimo inglés español y vocabulario marítimo español inglés. En 8.º mayor, VIII-373 páginas: 8 pesetas.
- Urrecha (F.)—Veinte días en Italia. Sumario: La peregrinación.—Roma.—Nápoles.—El Vesubio.—Pompeya.—Florenca.—Venecia.—Turin.—La Cornisa. En 8.º, 234 páginas: 3 pesetas.
- Van Trich (V.)—Obras amenas. En 8.º, 61 páginas: 2,50 pesetas.
- Vergara de Prado (A.)—Cuentos. En 12, 45 páginas: 0,25 pesetas.
- Vesteiro Torres (T.)—Recuerdos de Galicia. En 8.º, xv-143 páginas: 3 pesetas.
- Vidart (L.)—El descubrimiento de Oceania por los portugueses; apuntes históricos. En 4.º, 64 páginas: 2 pesetas.
- Wilson (B. de).—Del cielo á la tierra. En 4.º, 39 páginas con grabados: 0,30 pesetas.

## INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>La novela sociológica</i> , por Adolfo A. Builla y Alegre.....	5
<i>Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja</i> , por un Soldado viejo.....	27
<i>Nueva biografía del abate Marchena</i> , por M. Menéndez y Pelayo.	59
<i>La evolución de los partidos políticos en España</i> , por Rafael Sa- lillas. ....	85
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	102
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	119
<i>La Prensa internacional</i> , por el Licenciado Pero Pérez.....	133
<i>Sobre la poesía de los romances de los españoles</i> , por Fernando Wolf, con notas de M. Menéndez y Pelayo.....	179
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado y A. Posada.....	196
<i>Obras nuevas</i> .....	205